



Una confortadora alegría

Índice

Este número	3
Retiro	5
Formación	9
Comunicación	20
Vida salesiana	28
Pastoral Juvenil	34
La Solana	48
Familia	59
Lectio divina	83
El Anaquel	95
La levedad de los días	99

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura, Xulio César Iglesias e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Este número



Estamos en la recta final del mes de enero y tras la celebración de la fiesta de Don Bosco, la Iglesia nos propone la Jornada de la Vida Consagrada el 2 de febrero, en el día de la Presentación del Señor. Una de las expresiones de la vocación a la vida religiosa es la alegría y el agradecimiento que producen por el encuentro con Jesús y su invitación a recorrer con y como Él el camino de la vida. En palabras del papa Francisco, podríamos decir, “la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús” (*Evangelii Gaudium* 1). Más aún, la alegría del evangelio, que late en el fondo de la vida religiosa, nos urge a comunicar y compartir con la Buena Noticia del Reino con la consiguiente “dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas” (*Evangelii Gaudium* 10).

La alegría y la consagración tocan todos los aspectos de nuestra existencia. Así, en clave de misión, en la sección de “**Pastoral juvenil**” ofrecemos la conferencia de la religiosa Marisa Moresco Cossi sobre la “Significatividad de la Pastoral Juvenil Vocacional en el ámbito de la afectividad-sexualidad”.

En el apartado de “**Formación**” presentamos una reflexión mariana, con una de las ponencias del último congreso internacional de María

Auxiliadora. Lleva el título: “De generación en generación: de la casa de Valdocco a nuestras casas”.

En la sección de “**Comunicación**” ofrecemos, un mes más, una reflexión desde la clave más carismática de la comunicación. Es una presentación de la implicación mutua entre teología y comunicación que han hecho los salesianos Julian Fox y Horacio López

En el “**Retiro**” de este mes se nos ofrecen pistas para una relectura de algunas actitudes de nuestra misión propuestas en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* por el papa Francisco.

Una confortadora alegría aporta serenidad en los momentos más insólitos de la ancianidad. En “**La solana**” traemos este mes unos materiales de trabajo sobre las tareas que conlleva asumir la vejez en los consagrados.

La sección “**Familia**” de este número, en el año en que esta protagonista el Aguinaldo, ofrecemos un artículo del actual obispo de Santander sobre la desinstitucionalización de la familia y la pastoral familiar.

Por su parte, la “**Lectio Divina**”, de Juan José Bartolomé sigue ofreciéndonos claves para la oración y contemplación a partir de las indicaciones que Jesús da a los suyos sobre como rezar en el sermón de la montaña.

No faltan, en una entrega más de nuestro subsidio formativo, las reflexiones sobre la “**Vida salesiana**” de Carlos Rey y las anotaciones cotidianas de Isidro Lozano en la “**Levedad de los días**”, que cierran Forum.com.

En el “**Anaquelel**” recogemos algunos textos que pueden suscitar interés o reflexión en nuestros lectores. En este caso una entrevista de la prensa diaria nos ayuda a hacer una mirada profunda a nuestra sociedad.

Evangelizadores con Espíritu (EG 259-283)

Manuel Fernando García Sánchez, SDB

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello, una orientación decisiva»¹.

Esta es la motivación fundamental que nos lleva cada cierto tiempo a parar el ajetreo de nuestra vida, hecha de rutinas, hábitos, relaciones, costumbres, cansancios, desgastes... para tomar conciencia, experimentar, el encuentro con el Señor de nuestra vida. Estamos invitados continuamente, sea cual sea la situación en la que nosotros estemos, a renovar nuestro encuentro personal con Jesucristo (EG 3). Ese encuentro que se ha ido manteniendo a lo largo de las situaciones de nuestra vida y que habrá tenido fases de mayor intensidad y de mayor fragilidad, pero un encuentro vital que nos sigue llamando a vivir con los mismos sentimientos de Jesús, a mirar a las personas con su misma mirada, a pasar por la vida como él haciendo el bien.

Este retiro comunitario puede ser una oportunidad para parar durante un tiempo nuestras tareas y nuestras rutinas. Buscar un espacio para encontrarnos con aquel que nos conoce por nuestro nombre y que nos prometió que nunca nos dejaría huérfanos. Buscar un tiempo para mirarnos por dentro, para poner delante de él nuestra vida y pedirle su gracia.

Los textos y los fragmentos de la Palabra que a continuación se ofrecen pretenden ser una ayuda para ese encuentro personal con Dios al que estamos llamados, para desde la oración iluminar nuestra vida.

El protagonismo del Espíritu en nuestras vidas

«Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Sin momentos

¹ Deus caritas est 21, citado en Evangelii Gaudium 7

detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración» (EG 262)

Rezar con la Palabra

Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos pues de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo revestíos del amor que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos. (Col 3, 12-15)

Una renovación de la vida consagrada requiere creer con profundidad en que el Espíritu es el protagonista de nuestra vida. Creer en la gracia y en el regalo de sus siete dones para poder llevar una vida como la que Pablo describía a su comunidad cristiana. Recuperar la dimensión espiritual de la vida cristiana supone superar ciertas lógicas de un modelo de sociedad que nos parecen muy normales pero que no encajan con una persona que intenta vivir desde una lectura creyente de la vida.

Salir de la monotonía para vivir la alegría del Evangelio

«Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera. ¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar a una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa! Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora» (EG 261)

Rezar con la Palabra

Por nuestra parte no podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído. Me refiero a Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con el Espíritu Santo y poder. El pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de lo que hizo en el país de los judíos y en Jerusalén. A él, a quien mataron colgándolo de un madero, Dios los resucitó y le concedió que se manifestara a nosotros, que comimos y bebimos con él después que resucitó entre los muertos. (Hch 10, 38-42)

Estamos llamados a testimoniar con nuestra vida que merece la pena aquello en lo que creemos. Estamos llamados a hacer creíble nuestra fraternidad, nuestras convicciones de vida, a salir del lamento, de la rutina, de ese gris pragmatismo que

acaba convirtiendo a algunos cristianos en momias de museo. Nuestra vida merece la pena y por ello no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído. Esa es nuestra función profética: proponer una cultura inspirada en el Evangelio (CG27 37).

Vivir la vida como vocación

«La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero, ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. (...) No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie» (EG 264.266)

Rezar con la Palabra

Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús que pasaba por allí y dijo: Este es el Cordero de Dios. Los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y viendo que lo seguían les preguntó: - ¿Qué buscáis? Ellos contestaron: - Rabí, ¿dónde vives? Él les respondió:

- Venid y lo veréis. Se fueron con él, vieron donde vivía y pasaron aquel día con él. Eran como las cuatro de la tarde.

Uno de los que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan, era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Encontró Andrés en primer lugar a su propio hermano Simón, y le dijo:

- Hemos encontrado al Mesías. Y lo llevó a Jesús. Jesús al verlo, le dijo: Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas. (Jn 1 35-42)

¿Cuándo fueron tus cuatro de la tarde? ¿Quiénes han sido los Andrés de tu vida? ¿Dónde has encontrado la casa de Jesús? ¿Y tú qué dices de Jesús? ¿Qué ha cambiado de tu vida el Maestro?

Crear en la Resurrección

«Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Verdad que muchas veces parece

que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo» (EG 276)

Rezar con la Palabra

Ocho días después, se hallaban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: - La paz esté con vosotros. Después dijo a Tomás: - Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente. Tomás contestó: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: ¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto. (Jn 26-29)

¿Cuáles son tus miedos que te hacen cerrar puertas? ¿Cuáles son tus dudas que te dificultan creer? ¿Qué experiencias sostienen tu esperanza? ¿Cuál es tu oración creyente ante el crucificado-resucitado?

De generación en generación: de la casa de Valdocco a nuestras casas²...

Piera Ruffinatto

Premisa

La *familia* es el lugar natural en el que la vida es esperada, acogida y dada a luz. ¡La familia es el gran SÍ a la vida!

Hace doscientos años, en un caserío de I Becchi, pequeño e insignificante barrio de Castelnuovo d’Asti, nació en pobreza, Juan Bosco acogido amorosamente por sus padres Francisco y Margarita. La experiencia familiar vivida por Juan, aunque entristecida por la temprana falta del padre, fue la piedra miliar sobre la que él construyó el edificio de su vida personal, que se convertiría posteriormente en el paradigma del estilo educativo de sus obras a las que siempre llamó “casas” y no institutos o internados. En ellas, en efecto, se respiraba el “espíritu de familia”, es decir, un estilo de relaciones caracterizado por la acogida, el respeto, la confianza, la intimidad, la solicitud, el acompañamiento y la ayuda, el amor gratuito, el perdón dado y recibido.

En esta breve intervención queremos entrar en la casa de Don Bosco y dejar que sea él mismo quien nos revele algo de este espíritu, tal como él lo vivió y las fuentes nos lo trasmiten, para sentir su viva fascinación y dejar que esta ejemplaridad toque, como carbón ardiente, nuestros corazones y los encienda en renovada pasión, por nuestra vocación educativa.

Los desafíos a los que las familias de hoy han de responder son distintos de los que encontraron las del siglo XIX, oprimidas por la miseria y abandonadas a sí mismas por un Estado que aún no existía, aunque, coincidan ambas, sin embargo, en la misma llamada, en el mismo deber y responsabilidad: acoger la vida y educarla en el aquí y ahora del propio tiempo.

² Ponencia del VII Congreso Internacional de María Auxiliadora.

En la escuela de Mamá Margarita, maestra de sistema preventivo

Los objetivos del Congreso auspician una relectura del trinomio *razón, religión y amor* en clave familiar. En efecto, como el mismo Don Bosco hubo de decir, él aprendió el método preventivo en el regazo de su madre. Así, a la pregunta insistente sobre el secreto de su método, el santo turinés respondía: “Quieren que exponga mi método. ¡Pero... si yo mismo no lo sé! ¡Yo trato a los muchachos como mi madre me trataba a mí³! Fácilmente nos llamaría a engaño esta afirmación, si no conociésemos la figura y la acción de esta madre, excelente educadora, a la que todos nosotros –de un modo o de otro– somos deudores.

Margarita: la madre

Margarita, antes que otra cosa, fue para sus hijos una verdadera madre. Paradójicamente puede decirse que en ella la vocación a la maternidad superó en conocimiento y duración a la de los desposorios. La opción de unirse en matrimonio con Francisco, en efecto, comportaba la acogida de Antonio como hijo adoptivo. Hacia este niño, marcado por la precoz carencia de la madre natural, ella se empeñó en ser una “segunda madre”, rodeándolo de afecto materno y aceptando paciente y sabiamente las inevitables dificultades de relación que se vinieron a crear sin discriminar nunca, antes por el contrario, tratando de mediar en favor del hijo que, según las circunstancias, tenía más necesidad.

Luego, al quedar viuda a la edad de 29 años, Margarita unificó toda su existencia alrededor de la conciencia de la tarea materna que de ahora en adelante la esperaba. A la propuesta de los parientes de volverse a casar, no dudó en justificar así su rechazo: «Dios me dio un marido y me lo quitó; al morir me dejó tres hijos y sería una madre cruel si los abandonase en el momento en que más me necesitan”. Y como le respondieran que los hijos serían confiados a un buen tutor que se ocuparía cuidadosamente de ellos, respondió: “El tutor es un amigo; yo soy la madre. No los abandonaré nunca, aunque me ofrezcan todo el oro del mundo”⁴.

La suya era una maternidad libre de las deformaciones y degeneraciones del materialismo. En las *Memorias Biográficas* la describe así Lemoyne: “Margarita no rebajó nunca su majestad de madre con caricias exageradas, ni compadeciendo o tolerando cuanto pudiera tener sombra de defecto; mas no por ello usó jamás con él modos ásperos ni tratos violentos que lo irritaran o pudieran motivar enfriamiento en su amor filial”⁵. En efecto, dice Don Bosco que, entre él y la madre se estableció

³ CERIA Eugenio, *Memorie Biografiche di don Giovanni Bosco* vol. XVIII, Torino, SEI 1939, p 217 (de ahora en adelante MB).

⁴ BOSCO Giovanni, *Memorie dell’Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*, in ISTITUTO STORICO SALESIANO, *Fonti Salesiane 1. Don Bosco e la sua opera. Raccolta antologica*, Roma, LAS 2014, 1175 (de ahora en adelante MO).

⁵ MB I 42.

una relación intensa y profunda, caracterizada por intimidad y confianza: “Mi madre me quería mucho y yo le tenía una confianza tan ilimitada, que no me hubiera atrevido a mover un pie sin su consentimiento. Ella lo sabía todo, lo observaba y me dejaba hacer. Es más, si necesitaba alguna cosa, me la proporcionaba con gusto”⁶.

Margarita fue, pues, una verdadera madre, pero también maestra de un método que muchas madres coetáneas suyas aplicaban, una práctica educativa que brotaba de la sabiduría campesina hecha de fe auténtica, espíritu de sacrificio, sentido común y entrega total. Además, el que nosotros llamamos “preventivo” es un sistema que hunde sus raíces en el Evangelio y se inspira en el comportamiento del Hijo de Dios: manso y humilde y, al mismo tiempo, firme y exigente, capaz de unir la verdad con la caridad, la justicia con el amor. ¡Es el método de quien sabe imitar la Providencia de Dios, que se levanta siempre antes que el sol! Se inspira también y sobre todo, como veremos, en María Santísima, por lo que puede afirmarse que el Sistema preventivo es un método totalmente mariano.

Margarita: maestra de Sistema preventivo

A través de la acción formadora de la madre, Juan experimentó en su propia persona, los benéficos efectos de la educación preventiva, difícil arte que armoniza seriedad y dulzura, amor y temor, firmeza en exigir y respetar los tiempos.

En su praxis materna, Margarita vivía el principio del **amor correspondido**, fundamento del Sistema preventivo: “Quien sabe que es amado, ama y quien es amado consigue todo, especialmente de los jóvenes”⁷. Y en efecto, el amor que tenía al hijo era correspondido por él con la confianza, la apertura total del corazón. El amor es el medio privilegiado para abrir los corazones y provocar el movimiento espontáneo de la confianza, de la intimidad y del reconocimiento que crece con la consideración de la percepción de la bondad de la propia existencia, del propio ser y del propio ser amables, y madura en la capacidad de reconocer al otro la misma bondad existencial.

En su estilo se fundían la legitimada fuerza de la **razón** y la del **corazón**, que engendra correspondencia, confianza, entrega de sí. En efecto, solo de la verdadera autoridad, brota la reciprocidad de la relación educativa que se expresa con la correspondencia sincera y leal en la acción educativa. Es decir, los hijos no solo *son amados*, sino que *comprenden que lo son*, y este conocimiento engendra una respuesta de reconocimiento y de empeño.

Así, a Juan, todavía niño, Margarita le hacía responsable en el funcionamiento familiar, y en los límites de sus posibilidades, contribuía con pequeñas tareas, como

⁶ MO 1180.

⁷ BOSCO Giovanni, *Lettera alla comunità salesiana dell’Oratorio di Torino-Valdocco*, Roma, 10 maggio 1884, in BRAIDO Pietro (a cura di), *Don Bosco educatore. Scritti e testimonianze*, Roma, LAS 1992, 385.

por ejemplo, preparar las varas de cáñamo para hacer cestos y canastas. Entre tanto, observaba las acciones de la madre y de su comportamiento aprendía a ser generoso y solidario con todos, especialmente con los pobres. En efecto, a Juan no le pasaban desapercibidos los gestos de humilde y exquisita caridad de la madre que, aunque pobre, reservaba siempre un plato de menestra para quien era más desafortunado; y más aún, viendo que la hospitalidad de la madre no estaba condicionada por los méritos del visitante acogido en casa, aprendía que la caridad debe superar siempre a la justicia humana, por ser solo Dios el verdadero juez de todos⁸.

El ejemplo de Margarita fue, pues, la escuela que contribuyó a cultivar en Juan un corazón sensible y generoso, atento a los demás antes que a sí mismo, dispuesto a compartir con todos, aquello poco que poseía. Aunque pobre, en efecto, encontraba el modo de dar su pan blanco cambiándolo con el negro de su amigo⁹; aunque en busca de los medios económicos para estudiar, renunció sin tardanza al dinero que le dejaba don Juan Calosso, consignándolo en manos de sus herederos¹⁰; y, en fin, aun padeciendo grandes estrecheces en su condición de estudiante en Chieri, renunció a dejar en la calle al saltimbanqui que había vencido en el desafío¹¹. Juan había aprendido que, en la medida en que se recibe, hay que dar, porque este es el modo más hermoso de demostrar el reconocimiento al donante, que en última instancia es Dios de quien todo don procede.

Margarita, en fin, fue maestra de **oración** y catequista de los hijos. Su fe robusta estaba fundada en la certeza de que Dios es el principio y fin de todas las cosas, el Creador que ha impreso en el mundo un rayo de su belleza y de su bondad y que por esto merece que se le honre y se le dé gracias. Los estupendos escenarios naturales en los que la familia de los Becchi estaba inmersa se convertían en sus principales mediadores catequísticos.

«Con los espectáculos de la naturaleza reavivaba continuamente la memoria de su Creador. En una hermosa noche estrellada, saliendo al caer de la tarde, mostrábales el cielo y les decía: “Es Dios quien ha creado el mundo y ha puesto allá arriba tantas estrellas.

Si tan bello es el firmamento, ¿qué será el paraíso?” Al llegar la bella estación, ante una extensa campiña, o un prado lleno de flores, ante una aurora serena, o ante el espectáculo de una especial puesta de sol exclamaba: “¡Cuántas cosas bellas ha hecho el Señor para nosotros!”»¹².

La naturaleza, a través de la sabia mediación de la madre, desvelaba a Juan su identidad profunda de don salido gratuitamente de las manos de Dios para alegría de

⁸ Cfr. MB I 149-158.

⁹ Cfr. *ibi* 89.

¹⁰ Cfr. MO 1186.

¹¹ Cfr. *ibi* 1208.

¹² LEMOYNE Giovanni Battista, *Scene morali e di famiglia esposte nella vita di Margherita Bosco. Racconto ameno ed edificante*, Torino, Libreria Editrice Internazionale 1886, 28-30.

sus hijos, convirtiéndose así en la primera vía de educación para la gratuidad. De aquí la percepción de ser creaturas amadas de Dios, sobre las que Él hace llover tantos dones, y el descubrimiento de su paternidad creadora que hace de la persona humana, culmen de la creación, su interlocutor privilegiado, hijo amado y bendito.

Margarita poseía un arte mistagógica, o sea, la capacidad de introducir a los hijos en la relación justa con Dios percibido como Creador que da vida a todo cuanto existe, el Padre providente, el Dios bueno y fiel, Aquel que ha dejado huella de sí en el mundo y espera la respuesta reconocida de sus creaturas. Sus breves reclamos llegaban siempre oportunamente y ayudaban a los hijos a tomar conciencia de la presencia de Dios: «¡Cuántas gracias hemos de dar al Señor que nos provee de todo lo necesario! ¡Dios es verdaderamente Padre!»¹³.

Al mismo tiempo, su lectura de la realidad era concreta y sabia. Margarita no idealizaba, ni escondía el dolor, sino que ofrecía a sus hijos la posibilidad de relaborarlo en un marco de sentido más amplio. De este modo, incluso lo que humanamente era incomprensible –como la muerte del marido o la granizada en la viña– se convertía en motivo de confianza y de abandono, o sea, de agradecimiento: «Cuando una granizada demoledora destruía las cosechas, yendo con los hijos a comprobar los destrozos, decía: “El Señor nos lo había dado, el Señor nos lo ha quitado. Él es el dueño. Todo es para bien”»¹⁴.

Los resultados de esta educación no se hicieron esperar y Juan, dice su biógrafo: «aprendió a estar siempre en la presencia de Dios y a recibir todas las cosas, buenas o dolorosas, como provenientes de la mano de Dios; y hablando frecuentemente de su madre, se mostró siempre agradecidísimo por la educación eminentemente cristiana de ella recibida y por los grandes sacrificios que había tenido que soportar por él»¹⁵. Así aprendió Juan a afrontar también la realidad con optimismo y esperanza, sin dejarse desanimar por las dificultades, antes, considerándolas como preciosas oportunidades de crecimiento. En todo acontecimiento, al igual que en toda persona, en efecto, siempre se oculta algo bueno. Esta convicción sostendrá a Don Bosco en su obra educativa convirtiéndose en una especie de axioma del Sistema preventivo expresado así por el Santo: «Todo joven, por desgraciado que sea, tiene un punto sensible al bien y es el primer deber del educador descubrir ese punto y sacar provecho de él»¹⁶.

¹³ MB I 46.

¹⁴ *L. cit.*

¹⁵ *L. cit.*

¹⁶ MB V 367.

De la experiencia de la filiación a la paternidad/maternidad educativa. La experiencia de la filiación

Toda relación, pero especialmente aquella que nos une a nuestros padres, pide reciprocidad. La actitud de filiación, en efecto, es aquello que más que otra cosa caracteriza nuestra condición humana. Todos, en efecto, somos hijos, mientras que no todos, o al menos no todos en el mismo grado, tenemos la experiencia de la paternidad/maternidad. Así fue para Don Bosco, que en la escuela de Margarita aprendió la actitud de filiación con ella, pero también en relación con Dios y con María Santísima de la que él siempre se sintió hijo amado y predilecto.

Sentirse hijo de María, significó para Juan Bosco hacer experiencia de una profundísima y total confianza en Ella. También en este caso, el ejemplo de Margarita fue el *humus* en el que germinó su actitud filial para con la Madre de Dios y de todos los cristianos. En el ámbito de una religiosidad popular, sencilla y afectuosa, pero sobria y esencial, Margarita inculcó a Juan la devoción mariana característica de su tiempo: triduos, novenas, oraciones cotidianas del Ángelus, del Rosario, festividades marianas. Así aprendió el amor tierno y espontáneo a esta madre, consoladora, y sostén del pueblo cristiano. Escribe Don Bosco: «apenas fui capaz de unirme a mis hermanos, me arrodillaba con ellos por la mañana y por la noche y, juntos, recitábamos las oraciones y la tercera parte del Rosario»¹⁷.

Días antes de su ingreso en el Seminario, la madre se dirigió al hijo con estas palabras: «Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; al iniciar los estudios te recomendé la devoción a esta nuestra Madre; ahora te aconsejo ser todo suyo: ama a los compañeros devotos de María y, si llegas a ser sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María»¹⁸.

En efecto, la presencia de María en la vida de Juan se hizo palpable de muchas maneras, no en último lugar en los sueños en los que Ella se convertía con frecuencia, ya desde el sueño de los nueve años, en la clave interpretativa de su vocación y de su misión. Don Bosco, pues, consideró siempre a María como madre recurriendo a Ella confiadamente en toda dificultad y recibiendo ayuda, consuelo y protección. Y esta experiencia quiso que la vivieran también sus jóvenes y sus educadores. Al concluir la carta a la comunidad salesiana de Valdocco de 1884, el interlocutor de Don Bosco –José Buzzetti– glosa su larga instrucción con estas palabras: «Predica a todos, mayores y pequeños, que recuerden siempre que son hijos de María Santísima Auxiliadora»¹⁹.

Ser hijos de María debía ser ante todo y para todos –jóvenes y adultos– la experiencia vital de encontrarse bajo su manto, defendidos del mal y del pecado, y

¹⁷ MO 1175.

¹⁸ MB V 103-104.

¹⁹ BOSCO, *Lettera alla comunità salesiana dell' Oratorio di Torino-Valdocco*, Roma, 10 maggio 1884, in BRAIDO (a cura di), *Don Bosco educatore* 388.

ayudados en toda circunstancia material o espiritual. María, en el Oratorio, era y ha sido siempre la Madre que ayuda, que anima, que intercede y acompaña en el camino de la vida.

Afirma Don Bosco: «En mis condiciones, sin medios, sin personal, me habría sido imposible trabajar en favor de la juventud, si María Auxiliadora no hubiera acudido en su ayuda con luces especiales y abundantes auxilios, no solo en el orden material, sino también en el espiritual»²⁰. Toda la historia de la Congregación, según él, es una prueba irrefutable de la presencia y del auxilio de María que «quiere que pongamos en Ella toda nuestra confianza»²¹.

La experiencia de la filiación mariana, pues, es para todo miembro de la Familia salesiana, el presupuesto necesario para asumir y vivir el estilo de paternidad/maternidad educativa del Sistema preventivo. La acción educativa –que es siempre generativa– no puede, en efecto, surgir en el educador si antes él no ha tenido la experiencia profunda de sentirse hijo/a de María, del mismo modo que no se es buen padre o madre si no se ha tenido una experiencia de filiación natural. Por tanto, del “sentirse hijos” de María nace para todos, educadores y educandos, la propia identidad constitutiva: hijos de Dios e hijos de María, la madre de todos los cristianos.

De la filiación a la paternidad/maternidad

Todos los educadores –con diversas modalidades según sus vocaciones específicas– están llamados a generar, custodiar, promover y hacer que crezca la vida de los jóvenes. La acción educativa, en efecto, tiene necesidad de una función paterna y materna, de una buena relación mediante la cual la persona pueda ser despertada al conocimiento de sí mismo, y pueda ser «generada a la altura de su humanidad»²².

Nos detenemos aquí brevemente a describir, con sencillas pinceladas, las características de la paternidad de Don Bosco y la maternidad de Madre Mazzarello. Ellos, en efecto, encarnan de modo ejemplar el modelo salesiano en el que todos nosotros nos podemos inspirar en nuestra misión educativa.

Don Bosco hizo de la paternidad una experiencia profundísima, inspirado en la paternidad del Padre celestial, del que revelaba de modo tangible a los jóvenes la ternura sin límites. La de Don Bosco, pues, fue una paternidad totalmente asimilada, capaz de transformar íntimamente no solo su corazón, sino hasta su aspecto exterior, los gestos y las miradas, el modo de pensar y de proyectar. ¡Cuántos jóvenes, afirman las *Memorias Biográficas*, «no supieron qué fuese el amor de un

²⁰ MB XI 257.

²¹ MB III 32.

²² COMITATO PER IL PROGETTO CULTURALE DELLA CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *La sfida educativa. Rapporto-proposta sull'educazione*, Roma-Bari, Laterza 2009, 11.

padre hasta encontrarse con Don Bosco! [...] Y aunque muchos de ellos eran pobres huérfanos, a todos les parecía, sin embargo, gozar de las alegrías de la familia»²³.

Su paternidad estaba hecha de bondad, ternura y acogida, comprensiva, sí, pero al mismo tiempo «capaz de explicar, proponer y exigir lo que ha de permanecer a largo plazo. No es, pues, solo aceite que suaviza momentáneamente, sino energía que orienta en los aspectos más arduos de la existencia, suave y exigente al tiempo, que no solo perdona, sino que guía en el esfuerzo [...], una paternidad que se dirige a todo el joven, que se preocupa de toda su vida, y que es sobre todo, una paternidad espiritual que engendra al conocimiento de Dios a través de la palabra y el gesto, y a la gracia a través de una propuesta de conversión»²⁴.

Era una paternidad de amplios horizontes, porque veía a cada uno, pero no perdía de vista al conjunto, siendo así «capaz de transmitir paz y felicidad al conjunto, valorando a cada uno de sus componentes, abriendo amplios espacios a la espontaneidad, suscitando esperanzas, inspirando ideales, proponiendo programas audaces, cerrando un ojo, olvidando desplantes, estimulando, siempre con la sonrisa, la palabra y el gesto»²⁵.

La misma experiencia –vivida en clave femenina– hacían las primeras Hijas de María Auxiliadora y las jóvenes del Colegio de Mornese con María Mazzarello. Ella, con su maternidad espiritual, expresaba atención a la vida y a su crecimiento. Ella demostraba que había comprendido plenamente y puesto en práctica el “procura hacerte amar” con el que Don Bosco animaba a don Miguel Rua y a todo director salesiano²⁶. Era, en efecto, una madre que *amaba* y *se hacía querer*, por lo que era también *muy amada* por las hermanas y las muchachas.

Los testimonios recogidos por Fernando Maccono confirman que María Mazzarello «no se centraba a lo exterior de las niñas, en la gracia del rostro o del trato, en el nacimiento o en el aspecto señorial, sino que penetraba en el interior, y en todas, ricas y pobres, veía un alma sencilla e inmortal, imagen de Dios redimida por la sangre preciosísima de nuestro Señor»²⁷. Su actitud ante las hermanas y las muchachas no era de superioridad, ni de dominio, sino que «todas podían acercarse a ella y libremente ninguna iba a acostarse con un secreto o una amargura en el corazón»²⁸.

²³ MB III 361.

²⁴ VECCHI Juan, “Volgiamoci a Lui con amore di figli, per essere con i giovani costruttori di fraterna solidarietà. Strenna per il 1999”, in *L'esperienza di Dio Padre nella spiritualità salesiana*. Giornate di spiritualità per la Famiglia Salesiana, Barcelona – Martí-Codolar 15-17 gennaio 1999, 30.

²⁵ *Ibi*. 29.

²⁶ BOSCO Giovanni, *Ricordi confidenziali ai Direttori* (1863/1886), in BRAIDO (a cura di), *Don Bosco educatore* 179.

²⁷ MACCONO Ferdinando, *Santa Maria Domenica Mazzarello. Cofondatrice e prima Superiora generale delle Figlie di Maria Ausiliatrice II*, Torino, Istituto FMA 1960, 102.

²⁸ Cfr. *ibi* I 289.

Con tacto femenino e intuición materna, sabía asumir las alegrías y dolores de sus hermanas y de las jóvenes, hasta poder ofrecer a todas el consuelo oportuno y la palabra persuasiva y tranquilizadora que bastaba, con frecuencia, para apaciguar un alma²⁹.

Imitando la actitud de María Santísima en Caná, la Madre se daba cuenta de todo y para todo buscaba remedio, con tal de ganarse a cada una de sus hijas y muchachas. Narra una testigo:

«En 1880, mi hermana debía recibir un premio y yo no. En aquel tiempo yo cantaba muy bien y en la velada, para la distribución de los premios en la que estaban presentes mis padres, muchos señores, y pienso que también Don Bosco, las maestras me hicieron subir al escenario y cantar mucho. Al acabar los cantos, mis compañeras se bajaron, pero como yo no era de las premiadas, me escondí avergonzada, detrás de un bastidor. Nadie pensó en mí, pero de repente oigo que me llaman por la ventana. Me vuelvo: era la Madre que me hacía señas de que me acercara a ella. Corro y ella me entrega un precioso libro con las pastas doradas, diciéndome que era mi premio. ¿Qué había sucedido? La madre, que observaba siempre todo, había adivinado mi apuro; muy rápida había salido a buscar un libro y me lo había llevado, para que también yo, que tanto había cantado, pudiera bajar a unirme con mis padres con el premio, como tenía mi hermana»³⁰.

Así, uniendo a la fuerza de carácter la dulzura de la caridad, se hacía *amable* convirtiéndose en garante del espíritu del Fundador, vigilando para que la convivencia no revistiese nada de rigidez, o peor aún, de resentimiento, sino que estuviese impregnada de dulzura, de amabilidad, de alegría y gozo³¹.

Un amor así, concreto y personal, era comprendido por hermanas y muchachas, y correspondido plenamente: «Recuerdo aún los gritos de júbilo que brotaban espontáneamente de nuestros corazones cuando la asistente nos anunciaba que la Madre Superiora vendría con nosotras al recreo: había que verlas correr y empujarse para estar más cerca de ella. No solo se empujaban para estar junto a ella, sino que la llevaban, sin más, triunfalmente y ella las dejaba hacer, con tal de ver contentas a sus hijitas»³².

De Valdocco a nuestras casas

Después de haber estado brevemente entre los muros de las casas de I Becchi, de Valdocco y de Mornese y haber escuchado los testimonios de quienes vivieron en

²⁹ Cfr. ibi 362.

³⁰ Ibi II 112-113.

³¹ Cfr. ibi I 289.

³² Ibi 109.

ellos relaciones filiales, paternas o maternas, bajo la mirada de Dios y de María, fijemos la atención en el hoy, en nuestras casas.

La casa tiene multitud de significados estrechamente unidos a lo que nos distingue de las demás criaturas vivientes y como personas. En efecto, desde el principio de su vida sobre la tierra, el hombre se ha preocupado de construirse una casa en la que hacer brotar la vida, custodiarla y hacerla crecer. La casa, pues, más que cualquier otra realidad, nos transporta a nuestros orígenes, a los lazos fundamentales de la vida. En la casa se aprende *qué somos* y *a dónde vamos* porque alguien, en un acto de amor, ha querido que nosotros existiésemos. En la casa descubrimos nuestra identidad de hijos e hijas porque recibimos la vida de un padre y de una madre que nos engendraron. Es la primera palestra de relaciones humanas, un microcosmos que nos prepara para las futuras y más amplias relaciones sociales

El paradigma, sin embargo, podría ocultar algunas trampas. Algunos sociólogos hablan del riesgo de contraponer la “cálida” comunidad local a la “fría” sociedad, o bien, a nivel psicológico, existe el peligro de pensar en la comunidad como el lugar de las relaciones afectivas que promueve el bienestar y la salud psicosocial, pero no lleva más allá, hacia un *I care* que se concrete en interés por los demás³³. El peligro no es hipotético; a pesar de todo, son mucho más numerosas las razones que confirman la necesidad de los seres humanos de vivir relaciones organizadas en contextos comunitarios favorables que hagan de mediadores culturales, de puentes que pongan en relación con el mundo. La comunidad doméstica: familia o comunidad local.

La *casa*, pues, no es solamente el lugar donde se engendra la vida y se la promueve, sino también y sobre todo, la primera célula de la Iglesia que acoge la presencia de Dios y la hace resplandecer a través del amor conyugal, fraterno y filial.

El “espíritu de Valdocco”, como el “espíritu de Mornese”, son hoy para nosotros una invitación incesante a examinar nuestro personal estilo de vida y el de nuestras familias y comunidades.

Es una invitación a redescubrir el estilo de vida sobria de la casa de I Becchi, pobre de cosas, pero rica en amor, realidad que cuenta mucho más que los bienes materiales; a revalorizar y a vivir virtudes como la honestidad, la laboriosidad, la entrega, el espíritu de sacrificio, la hospitalidad, la tolerancia, la solidaridad, valores indispensables para reconstruir el frágil tejido moral de nuestra sociedad. Significa también comprometerse en construir una familia y comunidad, una iglesia doméstica en la que los padres descubran su rol de primeros maestros en la fe y catequistas de sus propios hijos, que les enseñen a rezar, rezando juntos.

³³ Cf MARIANI Anna Marina, *Scuola comunità di pensiero e di apprendiment*. Convegno nazionale di pastorale della scuola, Roma, Salesianum 11-14 febbraio 2009.

Es una llamada a hacer experiencia de sentir que María es aquella que hace todo *en* nosotros y *para* nosotros y, por tanto, de sentirse como sus verdaderos hijos. Es una llamada a tener plena confianza en Ella, la “pastorcita” del sueño que indicó a Juan el “campo” en el que trabajar y se puso después al frente de sus jóvenes para conducirlos hasta la meta. Confiar a ella nuestros jóvenes, confiar en ella para que les ayude a crecer sanos y santos. Hacer experiencia de la filiación mariana permite que nuestras comunidades familiares y educativas crezcan en la experiencia de la paternidad/maternidad con el estilo razonable y de amabilidad del Sistema preventivo.

Quiero concluir con la síntesis metodológica de Pietro Gianola que traducía el trinomio en estas tres indicaciones: **quererse bien, querer el bien, quererlo bien.**

Quererse bien, en la lógica del Sistema preventivo, significa saber demostrar el amor porque si el amor es auténtico es concreto y visible. Como afirmaba el Papa Francisco, el quererse bien comienza por utilizar más frecuentemente en la familia, y en la comunidad, expresiones como: *por favor, perdona, gracias*. Significa saber renunciar a lo que nos agrada para hacer aquello que agrada al otro, apagar la televisión para tener tiempo de compartir juntos nuestra jornada, prestar atención a nuestros hijos demostrando sincero interés por sus relatos infantiles. Quererse bien es prestarse recíprocamente escucha y atención, confianza y amor, redescubriendo la teología de los gestos: porque, como asegura Madre Yvonne, «el espíritu de familia se alimenta de pequeñas cosas –palabras de bondad, de confianza, encuentros ocasionales y formales, sencillez de relaciones, palabrita al oído– y de grandes ideales: la presencia de Jesús que da sentido a nuestro pensar y obrar»³⁴.

Querer el bien. El bien objetivo coincide con el bien en sí antes y más aun que el bien para mí. Solo un amor basado en este bien hace crecer, porque sabe indicar la meta, muy conscientes de que para alcanzarla habrá que trabajar; sabe suscitar recursos y energías para conquistar grandes metas y no baja el listón por complacencia o comodidad; tiene el valor de corregir y poner limitaciones; sabe humildemente ponerse en camino sin creer que ya se ha llegado. Querer el bien, en efecto, es ir juntos hacia Dios, sumo Bien y eterna felicidad.

Quererlo bien. El amor renueva todas las cosas y cada gesto impregnado de amor se colorea de belleza y es atrayente. El bien hecho bien: concienzuda, generosa y fielmente construye las familias y comunidades haciendo estables sus fundamentos. Hacer experiencia de recibir un bien “hecho” bien, hace a nuestros hijos *resilientes* y fuertes, flexibles y creativos, pone las bases para la construcción de personalidades sólidas, de buenos cristianos y honrados ciudadanos del mañana.

³⁴ REUNGOAT Yvonne, *Il tesoro prezioso*, Lettera Circolare n° 928.

🎯 Comunicación

Teología y comunicación

Julian Fox y Hopracio López

¿Podemos afirmar tan ligeramente que existe una íntima relación entre la teología y la comunicación? ¿Puede existir el carisma salesiano, “don del Espíritu”, sin esta dimensión de la comunicación? ¿La comunicación es todavía una asignatura pendiente en nuestro contexto salesiano?, ¿y específicamente a qué nivel o niveles? Asumiendo que tenga un lugar entre los estudios de teología, ¿dónde encaja más apropiadamente? ¿Quizás en la teología Moral? ¿O en la Fundamental? ¿O en la Cristología? Ciertamente podemos recurrir a la Ratio, al SSCS y a otros documentos para responder estas preguntas, pero se trata de preguntas, al menos algunas de ellas, que apuntan mucho más allá de nuestro contexto salesiano ¡y tampoco estamos muy seguros de tener la respuestas adecuadas! Cuanto sigue intenta clarificar el asunto para nosotros mismos y, si bien no pretende responder las cuestiones surgidas aquí y otras que se pudieran hacer, al menos sí intenta proporcionar alguna orientación para el diálogo. Se ofrecen pautas para reorientar algunos aspectos de la formación a la luz de algunas intuiciones de Marshall McLuhan o de las disciplinas emergentes llamadas “ciencias digitales”. Hay algunas pistas sobre cómo ubicar estos elementos en el currículo formativo. Se recomienda especialmente que evitemos subsumir la comunicación dentro de alguna noción general del contexto salesiano actual, y que reciba una mayor atención y orientaciones claras de parte de los responsables del gobierno y animación de la Congregación.

1. Introducción

Estamos apenas a 50 años del Concilio Vaticano II, aquel singular evento eclesial del Siglo XX, y ya caminamos plenamente en el Siglo XXI. El Cardenal Avery Dulles, prominente teólogo y comentarista de aquel período, era del parecer que la teología del Siglo XX fue en buena medida reacciona de la influencia de la cultura de la imprenta sobre la fe de la Iglesia y sostuvo que la Iglesia “no puede encerrarse a sí misma en un gueto cultural al tiempo en que la humanidad en su conjunto está entrando en la era electrónica.”³⁵ En *Models of the Church*, una de sus obras más

³⁵ Avery Dulles, “The Church and the Media,” *Catholic Mind*, 69/1256 (October 1971): 6-16.

conocidas en algunos ambientes del estudio de la teología, Dulles incluyó una mirada al Siglo XIX y recordó la teoría implícita del Vaticano I sobre la comunicación como un preocuparse ante todo de las relaciones institucionales el interno de la Iglesia, donde la jerarquía enseña con autoridad en cuanto *ecclesia docens* y los fieles aceptan y aprenden en cuanto *ecclesia discens*.³⁶

Hoy se hace bastante evidente que ya no es la cultura de la imprenta la que influye sobre la fe, sino la cultura digital, y que a pesar de todos los enredos que a veces se dan como parte de las relaciones internas de la Iglesia, lo concreto es que todos estamos situados en un contexto de comunicaciones globales y nos enfrentamos al formidable desafío que nos llega desde las comunicaciones que todo lo abarcan y penetran, dentro y fuera de la Iglesia. Estamos experimentando un cambio a nivel antropológico que afecta nuestro modo de percibir la realidad y nuestras relaciones, y esto está muy ligado al cambio tecnológico en el ámbito de las comunicaciones.

Esta es una manera en que se puede la ver la mutua relación entre la teología y las comunicaciones. ¿Pero queremos que la teología sea simplemente una reacción a la comunicación, incluso si le damos el más agradable nombre de ‘reflexión sobre la comunicación? Hay suficiente evidencia en la reflexión de la Iglesia durante estos 50 años (donde la figura dominante que nos llama constantemente a esta reflexión fue el Beato Juan Pablo II) acerca de que, como Dulles dijo una vez, “la Iglesia es comunicación”³⁷ (y él estaba haciendo una afirmación teológica más que sugiriendo que la Iglesia había adoptado las tecnologías de la comunicación en modo significativo). Casi cincuenta años de mensajes papales sobre la comunicación, lo cual incluye al Papa Benedicto XVI, quien no se queda atrás en la reflexión teológica en este campo, también nos dejan sin dudas de que la teología y la comunicación tienen más que una importancia superficial para la fe y la vida de hoy.

El Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales (en adelante PCCS, como también es usado en la dirección web) ha promovido y alentado la reflexión teológica sobre la comunicación desde el llamado del Vaticano II en *Inter Mirifica*. Para tales consideraciones, un primer esfuerzo sistemático fue emprendido en la *Comunio et Progressio* en 1971 y continuó con la *Aetatis Novae*, aunque este último fue un documento orientado más a la pastoral. Estamos esperando ansiosamente una nueva reflexión que está prometida y que al momento probablemente se encuentre en fase de borrador avanzado.

En 2011 el PCCS organizó un simposio en la Universidad de Santa Clara, California, EEUU, sobre cómo los teólogos podrían reflexionar acerca de la comunicación, las tecnologías de la información y la nueva cultura por ellas generada. Se centraron en la eclesiología, la teología de la historia y una comprensión teológica de la cultura digital. El simposio profundizó una serie de cuestiones que ya han sido exploradas por los Salesianos en varias partes del mundo y por el Dicasterio para la

³⁶ Avery Dulles, *Models of the Church*, (Garden City, N.Y.: Image Books, 1987).

³⁷ Avery Dulles, “The Church Is Communications,” *Catholic Mind* 69 (1971): p. 13.

Comunicación Social en Roma. Temas referidos a la aproximación a la ecología de los medios; una mirada valorativa de la “ética hacker”; diversos enfoques sobre la virtud que podemos encontrar en Aristóteles y posteriormente en Tomás de Aquino; en fin, temas que no son desconocidos para nosotros en la ayuda que damos a los Delegados inspeccionales de Comunicación Social para entender y llevar a cabo su servicio.³⁸ Entonces podemos ver cómo la Iglesia, y la Congregación Salesiana dentro de ella, quieren realmente afrontar decididamente los temas en cuestión. El Simposio de Santa Clara, por cierto, ha tenido la presencia salesiana del P. Frank Lever, al momento decano de la Facultad de Ciencias de la Comunicación Social en la UPS de Roma.

El *Sistema Salesiano de Comunicación Social (SSCS)*, en su segunda edición, comienza con un prefacio del P. Filiberto González, Consejero General para la Comunicación Social, donde se hace una afirmación teológica sobre la comunicación: hablando del ‘continente digital’ dice que “este ‘continente’ requiere de la manifestación del amor de Dios... [y] de un salesiano comunicador con hondura espiritual testigo de Dios entre los jóvenes de la era digital.”³⁹ Entender la comunicación salesiana como una ocasión para el encuentro con Dios es de particular importancia en el contexto de la evangelización y la educación. El SSCS luego añade una nueva e importante sección llamada simplemente ‘Comunicación’ donde se afirma explícitamente que partiendo del principio de la Encarnación, “Jesús, el Comunicador Perfecto”, es la base de nuestra comprensión teológica de la comunicación.

Las preguntas, no obstante permanecen. ¿Podemos afirmar tan ligeramente que hay una íntima relación entre la teología y la comunicación? ¿Puede existir el carisma salesiano, “don del Espíritu”, sin esta dimensión de la comunicación? ¿La comunicación es todavía una asignatura pendiente en nuestro contexto salesiano?, ¿y específicamente a qué nivel o niveles? Asumiendo que tenga un lugar entre los estudios de teología, ¿dónde encaja más apropiadamente? ¿Quizás en la teología Moral? ¿O en la Fundamental? ¿O en la Cristología? Ciertamente podemos recurrir a la Ratio, al SSCS y a otros documentos para responder estas preguntas, pero se trata de preguntas, al menos algunas de ellas, que apuntan mucho más allá de nuestro contexto salesiano ¡y tampoco estamos muy seguros de tener las respuestas adecuadas! Cuanto sigue intenta clarificar el asunto para nosotros mismos y, si bien no pretende responder las cuestiones surgidas aquí y otras que se pudieran hacer, al menos sí quiere proporcionar alguna orientación para el diálogo.

³⁸ En este sentido podríamos mencionar los libros de Julian Fox, *Digital Virtues* (Lulu, 2007), y *Hacking the Way to Heaven* (Lulu, 2009) ambos publicados en Inglés y en Español y posteriormente publicados por entregas en *Divyadaan*, “Journal of Philosophy and Education”, 2009-2011. Hay también un trabajo todavía inédito sobre estas cuestiones: *Trekking the Digital Continent*.

³⁹ Filiberto González, *Sistema Salesiano de Comunicación Social, Prefacio*. 2da edición (Roma, 2011).

2. Teología, comunicación

El lenguaje importa. Hay alguna diferencia entre ‘teología de la comunicación’ y teología de la comunicación. Franz-Josef Eilers, SVD, es un destacado analista en este ámbito de la comunicación y su relación con la teología (o viceversa). Él está decididamente en contra del término ‘teología de la comunicación’, porque, dice, que suena como “un intento para ‘bautizar’ a los Medios de comunicación y a la comunicación de masas a fin de ponerlas dentro del rebaño de la fe cristiana”.⁴⁰ Necesitamos limpiar un poco el terreno y al menos saber de qué estamos hablando.

A modo de resumen de los artículos sobre comunicación y teología encargados en los últimos años por la Organización Mundial para la Comunicación Cristiana (WACC, por sus siglas en Inglés), Paul Soukup, SJ, explora los varios modos en los que ‘teología’ y ‘comunicación’ pueden reunirse:⁴¹

- ‘teología de las comunicaciones’: la reflexión teológica sobre la comunicación;
- ‘teología comunicativa’: el encuentro con Dios desde una perspectiva de las comunicaciones humanas;
- teología de la comunicación: las comunicaciones como un principio hermenéutico de la teología;
- ‘comunicación teológica: el comunicar el contenido teológico, quizás como en la evangelización.

Él va a decir que finalmente lo mejor sería sólo usar un simple conjuntivo y hablar de ‘teología y comunicación’, y añade que, si bien en el pasado la teología fue la reina de las ciencias (y sabemos que la filosofía era considerada su sierva), hoy en el mundo académico no se tendría esa opinión. En cambio, la comunicación y los medios juegan el papel de la mediación en general, incluso entre nuestra experiencia de vida y nuestra acción de creer; ellos hoy son más conocidos y apreciados en términos académicos, por lo cual finalmente es oportuno y sensato considerar la comunicación como una mediación en nuestro esfuerzo (teológico) de la *Fides quaerens intellectum*.

Soukup pertenece al enfoque de la ‘ecología de los medios’, un mirada que reconoce que vivimos en dos contextos que están constantemente entrelazados e interconectados: uno es el contexto de los medios y, especialmente hoy, el de la cultura digital; el otro, para el creyente, es el contexto de la fe. En vez de partir

⁴⁰ Franz-Josef Eilers, *Communicating in Ministry and Mission* 3rd edition (Logos Publications, Manila, 2009).

⁴¹ Este y otros analistas mencionados aquí se pueden encontrar en <http://www.pccs.va/index.php/en/news2/contributi/item/735-theology-and-communication-in-dialogue>.

desde una perspectiva que considere el conflicto potencial entre dichos contextos, la ecología de los medios reconoce que están ligados entre sí. Entonces, si aceptamos este enfoque ecológico podemos movernos más fácilmente entre ambos contextos. Se puede ver cómo nuestro propio SSCS 2.0 ofrece el mismo punto de vista, con al menos doce referencias sobre un ‘ecosistema de las comunicaciones’, y en un cierto punto asume el término ‘sistema’ tan apreciado por el mismo Don Bosco y dice “Hoy en día no podemos vacilar en describir esto como un ecosistema”.⁴²

De las aproximaciones terminológicas sobre la teología y las comunicaciones mencionadas anteriormente, sólo teología de la comunicación parece sugerir que la comunicación interesa intrínsecamente a la teología. Una cosa es recomendar diversos procesos comunicacionales que puedan ser útiles en la reflexión teológica, o reflexionar en términos teológicos sobre dichos procesos, y otra muy distinta es ver dichos procesos, o al menos algunos de ellos, como fuente de inspiración sobre nuestra comprensión de Dios. Lucio Ruiz, escribiendo para la misma colección encargada por la WACC, hace una declaración de fundamental importancia cuando dice:

No es la tecnología la que crea estas dinámicas comunicacionales, ya que la comunicación pertenece a la realidad humana más profunda. Es por eso que nuestra reflexión debe partir de una comprensión de la ontología del ser personal en cuanto un ‘ser comunicativo’, porque Dios nos hizo a su imagen y semejanza, y como tal, somos creaturas capaces de mantener un diálogo con otros (Cf. Gen. 1:26), capaces de establecer relaciones y por lo tanto capaces de comunicarnos con Dios y con los demás.⁴³

La realidad original de la comunicación, entonces, es teológica porque, en primera instancia, es una acción que puede ser aplicada a Dios, que es lo que hacemos. Eilers, en su ya citada obra *Communicating in ministry and Mission* demuestra la diferencia entre el documento *Inter Mirifica* (1963) del Vaticano II, que afirma el derecho de la Iglesia a utilizar los medios de comunicación contemporáneos, y el enfoque de *Communio et Progressio* (1971) que ha comenzado a estudiar el rol de la comunicación social en la sociedad humana. Entonces, de una perspectiva de ‘la teología que mira desde arriba a la comunicación’ se llega a considerar ‘la comunicación como un principio teológico’, donde toda la teología es considerada desde la perspectiva de la comunicación.⁴⁴

⁴² SSCS, núm. 33.

⁴³ Lucio Adrian Ruiz, “Finding a theological base for communications”, *Media Development* 3/2011.

⁴⁴ *Communicating in Ministry and Mission*, pp. 19-21.

3. Buscando ayuda en peritos de la comunicación

Si estamos dispuestos a sostener la importancia teológica *per se* de las comunicaciones entonces tiene sentido buscar referentes apropiados que estén a la vez bien informados, sean agudos en su mirada sobre la comunicación y abiertos a las posibilidades intrínsecas de la *fides querens intellectum*. Podemos comenzar con Marshall McLuhan, canadiense, convertido al catolicismo (después de haber entrado en contacto con los escritos de gente como Chesterton, Lewis, etc.) y un extraordinario ‘gurú’ de las comunicaciones en el siglo XX. Conocía Aristóteles y Tomás de Aquino mejor que muchos de los eruditos eclesiásticos de su época, y aplicaba aquellas nociones a sus nuevas intuiciones acerca de lo que realmente estaba pasando con los procesos de las comunicaciones contemporáneas. El conocimiento de McLuhan sobre la comunicación no puede ser apreciado sin valorar primero su fe católica. Él tenía una particular concepción sobre los sacramentos católicos: ante todo, en primer lugar, los sacramentos del bautismo y la eucaristía, y luego él creía que además Dios usa las cosas tangibles de este mundo como medio de su Gracia. Por supuesto, de aquí concluía que la ‘comunicación electrónica’, como él la llamaba, era anti-sacramental y así, al teléfono, por ejemplo, nos convertimos en cuerpos desencarnados (hoy una idea muy reforzada por toda nuestra experiencia ‘virtual’). La importancia de McLuhan para el presente siglo se encuentra en este tipo de aportes. Además propone que reafirmemos nuestra fe en un Dios personal, encarnado en Jesucristo, como el único camino real para la verdadera comunicación. La frase más conocida de McLuhan es “el medio es el mensaje” (“the medium is the message”). Pero los comentaristas no suelen citar que lo que él dijo verdaderamente en esa frase al menos en dos ocasiones fue: (1) “*En Cristo, el medio se hace mensaje. Cristo vino a manifestar el amor de Dios por el hombre y a llamar a todos hacia Dios a través sí mismo como Mediador y Medio . Y, al hacerlo, se convirtió en el anuncio de su Iglesia, el mensaje de Dios para el hombre. El medio de Dios se convirtió en el mensaje de Dios*” (2) “*En Jesucristo, no hay distancia o separación entre el medio y el mensaje*”.⁴⁵

En otras palabras, sin recurrir inicialmente a los teólogos, ya tenemos indicios dados por buenos peritos de las comunicaciones que podrían ubicar la teología de la comunicación con los tratados de teología que ponen una atención especial en Jesucristo y en Revelación: la teología fundamental y la Cristología.

Encontramos algo de atractivo en las ideas de McLuhan una vez que entendemos el lugar que ocupan en ellas sus convicciones religiosas. Y nosotros, salesianos, podemos aprender mucho de él para ahondar en la exhortación del Consejero General acerca de ser signos válidos del amor de Dios. ¡Tener esta habilidad verdaderamente como Cristo! Pero también a esta altura debe ser obvio que si

⁴⁵ El primero se registró en una nota al pie en W. Terrence Gordon’s *Marshall McLuhan: Escape into Understanding*. Viene de Raymer B. Matson’s “The Christian and McLuhan”, un artículo publicado en una edición de 1968 de *Dialog: A Journal of Theology*. El último era lo que McLuhan dijo en 1977 a Pierre Babin, un analista católico francés de los medios, que fue incluido en *The Medium and the Light: Reflections on Religion* publicado en 1999.

queremos ganar algo de conocimiento acerca de McLuhan y de otros estudiosos en el área de las comunicaciones, y que si queremos salesianos en formación que valoren la importancia de la comunicación en su trabajo de evangelización y educación, entonces necesitamos encontrar espacios adecuados para que efectivamente esto suceda, e incluso necesitamos orientación de parte de nuestros propios organismos de animación y gobierno (ya sean sectores, dicasterios o lo que fueren) de cómo lograr esto del mejor modo.

La comunicación social “es un campo de acción significativo, que figura entre las prioridades apostólicas de la misión salesiana” (C. 43), es un factor carismático de relevancia como para permitir que venga subsumido bajo alguna noción general, sea de la pastoral juvenil, de la formación teológica, de servicios generales, o de otro tipo. Podría estar en el corazón de la formación teológica de hoy día, así como se encuentra en el corazón de prácticamente todo lo que hacemos los salesianos, especialmente en nuestros emprendimientos catequísticos, considerando que nuestra Sociedad “comenzó siendo una simple catequesis”.⁴⁶

4. Estableciendo algunas orientaciones para nosotros mismos

Si se estuviera dando el equivalente a una ‘revolución copernicana’ (estamos demasiado cerca como para ser capaces de discernir mucho más allá o sostener que la revolución ya ha terminado), con profundas consecuencias antropológicas, hay que reconocer que gran parte de nuestros documentos salesianos posiblemente representa un punto de vista anterior, que las nuevas ideas, nuevas posiciones, nuevas realizaciones todavía no encuentran sustancialmente su lugar en dichos documentos. Esto es una realidad, no un lamento. Todo lleva su tiempo. Pero nos ayuda a ser más conscientes de que sería necesario un cambio.

La imprenta ya no es el medio exclusivo ni normativo con el cual se produce y se comunica el conocimiento. La teología no debería tener dificultad con esto, ¡a pesar de haber estado fuertemente ligada a la imprenta por seiscientos años! Pero si nuestro modo de enseñar teología hoy está, de hecho, ligado principalmente a lo impreso, entonces estamos de frente a un problema.

Nuestra *Ratio*, por su misma naturaleza, se fundamenta en los principios tradicionales, algunos quizás ya desgastados por el tiempo, y deja en gran medida para la documentación complementaria su aplicación a los rápidos cambios de circunstancias y a las diferentes situaciones culturales. Pero eso no significa que no debamos hacer una revisión muy cuidada de dichos principios, ‘desgastados por el tiempo’, a la luz de enseñanzas más recientes (como las de gente como McLuhan que, por ejemplo, refuerza la importancia de la formación de los sentidos, un concepto

⁴⁶ MBe IX, 68.

que en la *Ratio* apenas se encuentra esbozado una vez y en relación a “la custodia de los sentidos” (núm. 65).

Seguramente tendríamos que estudiar la posibilidad de un conjunto de disciplinas transversales en nuestro currículo de formación, sobre todo en las etapas iniciales antes de la formación específica (teología y formación específica de los hermanos coadjutores). Estos podrían ser cursos enteros (o al menos unidades de contenidos) provenientes de las ‘ciencias digitales’, un área emergente del conocimiento que presenta una variedad de prácticas convergentes y entrelazadas, capaces de vincular historia, filosofía, lingüística, teología... con miras de integrar tecnología, estudio, investigación, docencia, etc. Las ciencias digitales tienen también una preferencia clara por los estándares abiertos, el conocimiento compartido, y no son, en absoluto, enfoques propios del paradigma de la imprenta. Cuando los salesianos logremos formarnos tomando en cuenta las ciencias digitales, probablemente estaremos interesados en la preservación de los materiales originados en formato digital (cosa que ordinariamente no es praxis entre nosotros por el momento); estaremos interesados en una verdadera colaboración entre pares (lo que se ajusta perfectamente con el creciente uso de los conceptos de ‘familia’, ‘trabajo en red’, etc. en nuestros documentos); estaremos más alertas a la cultura popular que se expresa en modo multimedial, juegos interactivos y otros medios audiovisuales, que ya no consideraremos como un mero entretenimiento.

Si la cultura digital es una nueva cultura emergente, resultado de los avances tecnológicos, entonces, ella se convierte en un modo de vivir. Nuestra consagración religiosa salesiana también es un modo de vivir. Existe un choque potencial entre los dos. La clave es la integración. En *Vita Consecrata* Juan Pablo II afirmó que la formación “debe abarcar todos los ámbitos de la vida cristiana y de la vida consagrada. Se ha de prever, por tanto, una preparación humana, cultural, espiritual y pastoral, poniendo sumo cuidado en facilitar la integración armónica de los diferentes aspectos.”⁴⁷

Finalmente, este campo es tan complejo y se desarrolla tan vertiginosamente como parte de la naturaleza misma de los avances tecnológicos de hoy (y la cultura que crea también se desarrolla a esa velocidad) que nos parece imposible que podamos afrontar las cosas sin una orientación específica y regular de parte del Centro de la Congregación. De qué modo se hará es una pregunta abierta, pero esta realidad es una condición *sine qua non* de nuestra presencia constante y eficaz en el mundo de hoy.

⁴⁷ Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 65, (Roma, Libreria Editrice Vaticana, 1996).

🎯 Vida salesiana

Beber de la fuente... y derramarse

Carlos Rey Estremera⁴⁸



Beber de quien bebió Don Bosco

“Dime con quién andas y te diré quién eres”, reza el refrán; y en la misma línea van sus variantes: “Dime con quién andas, o paces, y te diré de qué hablas, cuáles son tus mañas, qué haces y qué harás”, a lo que añadimos: “Dime cómo ocupas tu tiempo libre y te diré cuál es tu fuente y qué tipo de vida comunicas”.

“¿Vas de refranes?”, me preguntará alguno. No exactamente. Podría haber empezado este articulito con una clásica expresión salesiana: “La parolina all’orecchio”, pero he preferido innovar.

Voy de José Cafasso, director espiritual de Don Bosco y todavía un gran desconocido. Sabemos por las MO que Juan lo encontró a la puerta de la Iglesia, que atendía a los condenados a muerte, que fue su formador en el Convitto y que le apoyó inicio de su obra, pero poco más. Y sin embargo, quien lee los Ejercicios Espirituales que predicaba a los sacerdotes, atisba lo que movía a D. Bosco por dentro. Este articulito es una *muestra gratis* de ello.

¿Qué está por detrás de la tan conocida “Parolina all’orecchio”? Según Cafasso, *la fuente de la que uno bebe y que se derrama* a todo momento, en cada gesto, expresión, palabra o manifestación. ¡No es cualquier cosa!

Es legítimo pensar que Don Bosco, en sus 30 años de relación con Cafasso⁴⁹, 20 de ellos como su director espiritual⁵⁰, haya escuchado de sus labios lo que escribe sobre los diversos modos del sacerdote descansar, distraerse y divertirse.

⁴⁸ Texto inédito para Forum.com.

⁴⁹ VALENTINI, E., S. *Giuseppe Cafasso. Memorie pubblicate nel 1860 da S. G. Bosco*, Torino, SEI 1960, 6.

⁵⁰ Testimonio de G. Cagliari en el proceso de beatificación de Cafasso, citado por: G. BUCCELLATO, *Tesis Doctoral*, Roma, Editrice Pontificia Università Gregoriana 2004, 124.

El lenguaje de Cafasso está lastrado, como es lógico, por la cultura y el modo de ver de su época, pero permanece tan actual y válido hoy como entonces⁵¹. Conocerlo nos acerca a Don Bosco y leer lo que él escuchó nos aproxima a su experiencia vital y nos ayuda a entenderle mejor.

Invito al lector a beber de las fuentes de las que bebió Don Bosco, a conectar con el discurso de Cafasso y actualizarlo según su conveniencia, pero evite, por favor, dos riesgos: rechazarlo, por el simple hecho de ser antiguo, y leerlo en clave moralista. No es esta la clave de Cafasso sino, abrir a los sacerdotes a nuevos y amplios horizontes, los propios de su condición. Eso es lo que yo pretendo también.

Un reflejo de que Don Bosco entendió a Cafasso es su conocida afirmación: “¡Excelencia! ¡Sepa que Don Bosco es sacerdote en el altar, en el confesionario, en medio a sus jóvenes, en Turín, en Florencia, en la casa del pobre y en el palacio del Rey y de los ministros!”⁵²

Derecho a distraerse y descansar

Habla D. Cafasso⁵³.

Me pregunto: este hombre, el sacerdote, ¿no podrá tener alguna distracción, descanso o diversión? ¿No podrá moderar un poco el ritmo de sus ocupaciones para rehacer sus fuerzas y coger nuevo aliento para retomar, después, el rigor de sus muchos trabajos? Al fin y al cabo es un hombre como cualquier otro, y como tal, necesita de reposo y alivio. ¿No podrá, insisto, ocuparse de sí mismo y gozar de la vida? ¡Claro! ¿Por qué no? Y añado que, además de ser lícito, puede ser útil y necesario.

La dificultad solo está en definir cuál y cómo deba ser este descanso o distracción. Para algunos, como S. Francisco Javier, S. Francisco de Sales y tantos otros santos sacerdotes, su reposo era tratar con Dios en la oración, conversar y entretenerse familiarmente con él. Pero para nosotros, lo más probable es que esto no nos baste.

Para otros será dejar las ocupaciones más serias y echar mano de cualquier otra cosa más ligera, como la lectura o, si queréis, ejercitarse en cualquier arte manual o liberal. Pero puede que esto tampoco nos baste a nosotros.

Hay a quienes les servirá de descanso pasear por lugares apartados o poco frecuentados, visitar a los enfermos, iniciar o gestionar algún negocio, cosa que no requiere gran virtud

⁵¹ Texto original en: CAFASSO, G., *Esercizi spirituali al clero – Istruzioni*, a cura di Lucio Casto e Alberto Piola, Vol. 2, Effatà Editrice, Cantalupa (To) 2007, p. 121-136.

⁵² A Bettino Ricasoli, Presidente del Consejo de Ministros del Reino de Italia – 12/1866.

⁵³ D. Cafasso hablaba a sacerdotes. Nosotros destinamos este artículo a salesianos, sacerdotes o no, y cristianos en general.

ni capacidad, y cualquiera puede hacerlo fácilmente. Pero para algunos, temo que esto no sea todavía suficiente.

¿Qué hacer, entonces? Puesto que estamos aquí para hablar de la vida del Sacerdote, digamos las cosas claras: a algunos nada parece descansarles ni divertirles si no dan rienda suelta a la lengua, si no encuentran alguna compañía o algún corrillo donde charlotear, reír y bromear.

¿Podrá o no un Sacerdote buscar su diversión y descanso en el juego y en la conversación intrascendente? Yo no quiero ni puedo prohibirlo ni permitirlo de golpe. Son tantos los motivos y circunstancias que pueden hacer variar su carácter, que conviene que hablemos un poco de ello.

Me refiero a ciertos tipos de encuentros en los que las personas se reúnen para pasar el rato y entretenerse en amigables y agradables coloquios, y adonde va el Sacerdote para pasar su tiempo, distraerse y descansar.

Yo distingo entre tres tipos de conversaciones: unas que, por malas y peligrosas, el sacerdote debe evitar; otras lícitas y honestas, que debe utilizar con las debidas cautelas; y por fin las más útiles y adecuadas a su condición, a las que pueden entregarse plenamente.

A evitar

Creo que el sacerdote debe evitar aquellos lugares o reuniones en los que se suele examinar, no ya la propia conciencia, sino la de los demás, como si se hiciera comparecer a este o a aquel para que cada cual diga lo que le apetezca de ellos. Estos lugares y tipo de temas no están hechos para el Sacerdote, aunque sea pariente, amigo, vecino o invitado y aunque pueda ser una descortesía no ir. Y no vale justificarse diciendo que son cosas verdaderas, públicas, que son personas sabias quienes lo dicen, que es lo que se comenta o está en boca de todos. Estos pretextos no sirven, incluso cuando no haya otro modo de pasar el tiempo, no tenga en casa nada que lo distraiga o sea este el único lugar donde pueda gozar un poquito y pasar un rato distraído.

En estos lugares se ríe, se bromea, se cuentan chistes o anécdotas en un sentido o en otro. “Son jóvenes, no son malos, se dirá. ¿Qué quieres? Necesitan un poco de libertad y no se les puede tratar como a novicios.” Se ríen o se burlan de este o de aquel; se pone en ridículo a la Iglesia o a quienes la frecuentan; se cuentan chistes o anécdotas soeces; se habla de amores, de intrigas, de relaciones y amistades mofándose de las personas, ya sea con una frase burlona, con una anécdota curiosa, con un trato mal intencionado, con una mirada lasciva... “¡Eh!, diréis, ya tenemos bastante, no hace falta que digas más.”

¿Qué hace el Sacerdote en estos ambientes? ¿Cómo tiene el coraje de estar ahí? ¿No se da cuenta de que pierde su dignidad y reputación al frecuentar tales lugares? Y, sin embargo, ahí está él, y gozando de tales corrillos y compañías.

A tener cautela

Otro tipo de conversaciones, lícitas y honestas, pero que el sacerdote debe usar con cautela, son aquellas que por sí mismas y por quienes allí se encuentran, no presentan mal o peligro alguno para él. Pero esto, que se dice fácil, no es fácil de concretar. Hay personas y lugares en los que, sin ser malos ni contrarios a la religión, predomina de tal modo la charlatanería y la mucha locuela, que es imposible que no haya excesos y se permanezca en los límites de lo conveniente, pues se está siempre en el límite de lo lícito y de lo honesto.

Pero dejemos estar porque, sean muchos o pocos los excesos, suponemos que el Sacerdote sepa situarse y tenga algunos criterios, que yo resumo en tres:

- Procure, en primer lugar, no dedicar excesivo tiempo a este tipo de lugares y conversaciones pues, aunque no lo crea ni tenga otras ocupaciones que requieran su atención, tendrán ciertas consecuencias negativas.
- Cuide que su modo de hablar o tratar a las personas no desdiga de su condición y tenga siempre palabras de paz, pureza, piedad y caridad.
- Con todo, no olvide que de ciertos lugares y coloquios saldrá siempre perdiendo. Perderá su paz y recogimiento interior, perderá prestigio ante el pueblo y sus mismos familiares. Y perderá algo de la dignidad de su estado.

Podrá parecer que exagero, pero es así: las conversaciones mundanas no pueden menos que menguar, e incluso llegar a extinguir nuestra quietud interior y unión con el Señor, debilitar nuestra voluntad y empeño de seguir adelante, despertar el apetito por las comodidades de este mundo y provocar el tedio y el rechazo de la oración. Y posiblemente más de uno de nosotros podría dar fe de ello. Y no solo perderá él, sino que perderá también en la consideración que el pueblo tenga de él, lo que le supondrá un recurso menos y una dificultad más para hacer el bien que, de otro modo, podría haber realizado.

A estimar

Y para concluir, diré algo sobre las buenas, laudables y santas conversaciones, que el sacerdote debe estimar especialmente.

Entiendo, por conversaciones buenas y santas, todas aquellas por las que el sacerdote celoso busca ponerse en contacto con el pueblo y los seglares para seles útil, alentarles, ganarlos para el Señor o confirmarlos en lo que ya viven, tanto si lo hace por los caminos, yendo a su casa, conversando, tratándoles con familiaridad, riendo o incluso jugando, no importa. Esta es la conversación del santo, del Sacerdote, del Apóstol; conversación buena, laudable y utilísima, pero al mismo tiempo difícil.

Tres son, en pocas palabras, las grandes cualidades de este Apostolado: es esencial y propio de todo Sacerdote, es de suma utilidad, pero es difícil.

ES ESENCIAL Y PROPIO DEL SACERDOTE: *el Sacerdote es luz y sal de la tierra, de modo que en cualquier lugar: en la Iglesia, en casa, por los caminos, por el campo... debe resplandecer y aderezar todo con el buen ejemplo, las palabras, los avisos o la corrección, según lo aconseje cada situación, de modo que se pueda decir de él, como se dice de Santa Catalina de Siena, que nadie se acercaba de ella sin que volviese mejor.*

ES UTILÍSIMO: *este tipo de conversación es utilísimo porque la puede utilizar continuamente y donde quiera. Las otras maneras de evangelizar se dan solo en ciertos días, lugares y horas determinadas, y no todos pueden participar de ellas. Con esta sucede todo lo contrario: todo momento, todo lugar puede ser apto para tal predicación, mucho más útil de ordinario, que aquella que se hace en el púlpito, porque se la considera propia de su oficio y se escucha muchas veces con indiferencia o incluso prevención. Esta sucede de improviso, cuando la persona no se la espera, por lo que no puede huir de ella, aunque quiera. Y al ser imprevista, no puede sino alcanzar, herir y tocar.*

ES DE GRAN DIFICULTAD:

Lo es por todo lo que exige:

- *En primer lugar prudencia, discreción y destreza para saber escoger la oportunidad, el modo de presentarse, de suscitar y llevar adelante la conversación. Porque si nuestra intención se nota o la gente se da cuenta, nuestro intento no solo fracasará sino que será, incluso, perjudicial. Pero si se hace bien, una sola palabra vale más que cien en una predicación.*
- *Fortaleza, no solo para no ceder al respeto humano o bloquearse ante las posibles situaciones, sino también para mantenerse firme ante las circunstancias difíciles o peligros que podamos encontrar.*
- *Paciencia y capacidad de sufrir para no ceder a la comodidad y ser capaz de soportar repulsas y situaciones incómodas.*
- *Pero, principalmente, un gran celo y caridad que nos lleve a ver el mejor modo de acertar, que nos mantenga siempre dispuestos y preparados para este tipo de misión, que ponga fuerza, alma y fuego en aquello que decimos... Porque no es el tiempo, las razones o la ciencia lo que nos llevará al triunfo, sino un gran amor y caridad.*

¿Y cómo hacer, me diréis, para tener todas estas virtudes? ¿Cómo habilitarse para ejercer este tipo de Apostolado tan propio del Sacerdote y tan útil? Yo os diré un medio común a todos, fácil y seguro: conversar primero con el Señor antes de conversar con los hombres (Sab 8,16); orar, continuar orando y ser hombre de oración en casa, en la Iglesia, a los pies de la cruz, y principalmente ante el Santísimo; pensar y meditar en lo

que es propio y específico de nuestro estado de Sacerdotes; considerar el valor de las personas y el modo de salvarlas; pensar y meditar en los avisos y ejemplos de nuestro Maestro...

Y cuando el corazón esté lleno y a rebosar de estas máximas, de este Espíritu, estad ciertos que se derramará. Se derramará en todo lugar, en todo momento y sobre cualquiera, de modo que cada palabra, cada rasgo, cada gesto, cada mirada será una mirada, una palabra de piedad, de pureza, de caridad; será una mirada y una palabra que tocará, vencerá y salvará a las almas, al punto de que la gente, admirada y sorprendida, no podrá menos que decir: “este es ciertamente un hombre de Dios, por el modo como nos trata, habla y conversa con nosotros.

¡Admirable la claridad y la capacidad de discernimiento de D. Cafasso!

Finalizando

En tiempos de Cafasso los encuentros y conversaciones a los que se refiere se daban en casas de familia, tascas o bodegas. Hoy las posibilidades de diversión se han multiplicado, pero como entonces muchas de ellas, si no malas, son vacías y en ellas perdemos, porque nos vacían de lo que es esencial nuestro. En este contexto, la palabra de Cafasso nos es útil para evaluar y discernir nuestro modo de ocupar el tiempo libre, distraernos, descansar y divertirnos.

El criterio no es solo ético, sino sobre todo de identidad: qué corresponde, o no, a nuestra condición; qué nos enriquece, porque nos aporta, o nos empobrece, porque nos quita; qué facilita nuestra misión, porque aumenta nuestro prestigio, o la dificulta, porque lo disminuye.

Concluimos como empezamos, apelando a refranes: “Así como hablas y te expresas, eres”, decía una madre, o “De lo que no hay, no se puede sacar”. Y la Biblia añade: “Lo que sale de la boca viene de dentro del corazón” (Mt 15,18), pues “La boca habla de lo que rebosa el corazón. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo” (Mt 12,34; Lc 6,45).

La “parolina all’orecchio”, siendo táctica pedagógica útil y práctica, es sobre todo, el derramarse de lo que nos colma y rebosa, porque sobreabunda.

¡Palabra de D. Cafasso!

🎯 Pastoral juvenil

Significatividad de la PJV en el ámbito de la afectividad-sexualidad

Marisa Moresco Cossi CCV (Equipo Ruaj)

1. Una historia que hace pensar

“Nada importa, hace mucho que lo sé. Así que no merece la pena hacer nada. Eso acabo de descubrirlo”⁵⁴

Así se expresa Pierre Anthon, el muchacho protagonista de la novela “Nada” que hace varios meses cayó en mis manos.

Según iba leyendo me acordaba también de otro libro que he leído hace poco, *El deseo esencial*⁵⁵ en la que el autor teólogo y antropólogo, comienza su reflexión afirmando:

“Somos seres atravesados de deseos. El deseo encierra una única pasión: vivir. Procedemos de la única Vida, la vida de Dios”

Y me pregunto: Si esto es así ¿qué le ha pasado a Pierre Anthon - y a tantos otros- para abandonar de repente el colegio? ¿Qué para aparcarse de vivir y subirse a un ciruelo de por vida, el día que descubre que la vida no tiene sentido? Ese día cambia de proyecto, desde entonces se dedica a exponer a gritos a cuatro palmos del suelo las razones por las que nada importa.

Toda la energía afectivo - sexual, toda su capacidad de desear y amar ha emigrado. Todo él se ha desafectivizado. Desde este momento, Pierre Anthon da la espalda a todo lo que ha configurado su mundo hasta entonces y concentra su energía en un único significado: NADA. Y así se dedica con todas sus fuerzas a gritar y gritar desde su ciruelo:

“Todo da igual. Porque todo empieza sólo para acabar.

Todo es un gran teatro que consiste sólo en fingir y en ser el mejoren ello.

⁵⁴ Teller, Janne. “Nada” Edit. SeixBarral. 2011.

⁵⁵ Melloni, Javier “*El deseo esencial*”. Edit. Sal Terrae. 2009.

Si valiera la pena enfadarse por algo también existiría algo por lo que alegrarse.

Si mereciera la pena alegrarse por algo, existiría algo que importara. ¡Y no es así!”

Me sigo preguntando: ¿Dónde están sus padres, pareja de hippies de décadas pasadas que vivían en una vieja granja venida a menos, cultivaban verduras ecológicas y practicaban religiones exotéricas?

¿Dónde sus educadores, ocupados en transmitir contenidos poco atractivos para sus alumnos sin percatarse que éstos, desde el día en que Pierre Anthon se fue de la escuela, quedaron tan impactados, que concentraron toda su energía en reunir objetos “esenciales” para demostrarle a su antiguo compañero el sentido de la existencia?

¿Qué impacto tuvo en los amigos de Pierre Anthon su decisión de aparcarse de vivir? ¿Qué temor tan grande tenían a contaminarse con su desaliento, ellos, precisamente ellos que querían ser algo y convertirse en alguien! Me impresiona cómo, movidos por el temor, deciden poner en marcha un proyecto paralelo a su asistir cotidianamente a la escuela. Un proyecto apasionante y arriesgado que consiste en reunir objetos “esenciales” con los que construir un “montón de significado” y demostrar así a su amigo que hay cosas que dan sentido a la existencia.

La autora dice al final de su novela: “escribí este libro en un intento desesperado por demostrarle a Pierre Anthon que estaba equivocado; para convencerlo a él, pero más que nada a ellos mismos, de que en la vida si hay cosas que importan” y para caer en la cuenta, como prosigue la autora que “toda mi vida había llevado un Pierre Anthon dentro de mi; lo que, si no estoy muy equivocada, le pasa a la mayoría de la gente”⁵⁶

2. Desde dónde reflexiono y qué deseo ofrecer

Ahora soy yo la que quiero poner sobre la mesa, como punto de partida, otra convicción que el paso de los años me va regalando: *que es verdad que el deseo encierra la pasión de vivir, y que la vida -toda vida- procede de la misma vida de Dios. Y también creo que esta experiencia es personal. Nadie puede hacerla por nadie. Pero para hacer esta experiencia nos necesitamos unos a otros, no podemos abandonarnos. No valen ideas preconcebidas de cómo se supone que tienen que ser las cosas. Pero sí vale - al menos esa es mi experiencia- el diálogo y el encuentro, siendo buena compañía los unos para los otros, aunque nos diferencien generaciones, gustos, creencias, cultura, etc.*

⁵⁶ Ob. Cit. P.156

A los jóvenes no les sirven nuestras decisiones y respuestas de adultos para sus preguntas, pero eso sí, las preguntas se las hacen, ¡vaya si se las hacen! Y tienen que buscar un sentido a sus vidas como base de las decisiones que van a tomar. ¿Qué podemos hacer pues? Acercarnos, crear vínculos, caminar juntos, establecer diálogo, compartir tramos de vida, compartir nuestras búsquedas y proyectos. No creo que podamos hacer muchas más cosas, ni tampoco menos. Todo ello se hace posible por la energía afectivo - sexual que nos constituye. Lo opuesto es la indiferencia, la desafección, el vacío, la nada, el abandono.

¿Cómo emprender esta aventura sin vivir conectados con lo profundo que nos constituye? Porque es verdad que en el fondo de nosotros bulle la energía afectivo - sexual y, a partir de ese caudal de energía, todo aquello que vivimos cobra significado para nosotros, pero también creo que hay más. *Me reconozco por gracia mujer creyente*. Mi convicción humilde se une a la de todos aquellos que proclaman que la vida está habitada por un Misterio acogedor, siempre vuelto hacia nosotras y nosotros y, por ello, nos es posible acceder⁵⁷. Me sorprende apasionada por el Anuncio del amor de Dios que nos precede.

Pero a veces el acceso a ese fondo luminoso no resulta fácil por tener los caminos obturados o porque la noche y las borrascas amenazan de ceguera. Y entre *el Pierre Anthon* que puede aflorar también en mí en alguno de esos momentos y la mujer creyente por gracia emerge la energía, **la fortaleza, la esperanza para anunciar y defender la vida**. Es como la palma de la mano de Dios sobre mi hombro, alentándome.

Todo esto me brota al comienzo de mi reflexión sobre el tema pedido: “Significatividad de la PJV en el ámbito afectivo - sexual”. Ya veis, yo misma me sorprende. Y me doy cuenta que en mi interior ya traduje el título de la ponencia: **¿Qué hacer para que la PJ sea verdadero ANUNCIO de la BUENA NUEVA DEL AMOR DE DIOS QUE NOS PRECEDE y ésta ser ACOGIDA DESDE LO PROFUNDO DEL CORAZÓN?** O dicho de otra manera: **¿Cómo hacer para que los anhelos profundos de nuestro corazón se desplieguen en torno al Amor y generen proyectos de amor?**

Para adentrarme en ella permitirme ofreceros algunas resonancias de **cómo percibo** yo que nos zarandean los **tiempos revueltos** que vivimos. Lo hago siempre desde el ángulo desde el que miro la vida. Desde el poso de reflexión y experiencia que me

⁵⁷ García, JA. “Ventanas que dan a Dios”. Experiencia humana y ejercicio espiritual. Edit Sal Terrae. 2011. Me gusta mucho y me identifico con la confesión de fe con la que el autor comienza su libro: “Creo en Dios como Presencia real que da razón, sostiene y alienta amorosamente la creación entera y en ella también mi vida. Me alegra profundamente tener un Dios así, amoroso y libre, cuyo mayor deseo es que el mundo sea casa, y la humanidad familia. Deseo buscarlo y hallarlo como fuente de toda realidad y Presencia acogedora e impelente en el corazón de todo ser, de toda materia. Y aunque es de noche, creo con toda mi alma que Dios acompaña nuestro éxodo hacia una tierra nueva que está ya aquí y que se prolonga en una vida más allá de toda muerte. Hacia una patria de la identidad donde la perfecta reconciliación con uno mismo, con los demás y con Dios sea finalmente posible”. P. 11 y 12.

dejan las largas horas que paso en el acompañamiento a adultos y jóvenes creyentes en el Dios de Jesús y en otros valores.

3. Cómo percibo que nos zarandean los tiempos revueltos que vivimos

Me gusta la expresión “tiempos revueltos”. La novela de la TV que lleva ese nombre alude a otros tiempos atrás. Lo curioso es que la expresión nos sirve décadas más tarde.

Pero tiempos revueltos ¿referido a qué? A todo, es verdad, porque la convergencia de las crisis que nos aquejan lo revuelve todo. Una primera consecuencia es que **la imagen de Dios desaparece** del horizonte de sus vidas o existe de manera muy deformada. Y no sólo la imagen de Dios, también la de cada cual.

Los que nos reunimos aquí seguimos siendo creyentes y damos a Dios por supuesto; ¡cosa nefasta dar a Dios por supuesto! Pero la mayoría de los jóvenes no, ya lo dicen las encuestas. Es más, la palabra “Dios” les suena a muchos de ellos a algo pasado de moda, trasnochado. Una expresión que no significa nada. Para otros la expresión “Dios” les suena a magia, un soluciona-problemas, ¿para qué preocuparse de la vida? Otros tienen malas experiencias. Y otros, si de veras se sienten movidos por el Misterio, se ruborizan al decirlo amenazados de pánico por lo que les puede caer encima si algunos de sus compañeros más bromistas llegan a enterarse. Unos mantienen la búsqueda, otros se muestran absolutamente indiferentes.

Zarandeados por los tiempos de crisis que les ha tocado vivir, muchos jóvenes se debaten en el día a día, como dice Bauman con una **identidad flotante** con tres rasgos que tienen mucho que ver con lo afectivo - sexual:

- Un primer rasgo es la **inseguridad** de un yo flotante que vive sin anclajes, **sin raíces profundas**, donde ya no es posible recurrir a marcos de significación externos.
- Una **libertad** que se expresa y alimenta a base de “**coleccionar experiencias**”.
- Y, cuando se encuentran mal, recurrir a **expertos** que les ayuden a descubrirse a sí mismos, crecer en estima, en habilidades y competencias, como si todo tuviera que ser adquirido **desde el exterior** y todos estuvieran necesitados de ayudas de salud.

¿Dónde quedan los **padres**? ¿Dónde los **educadores**? ¿Dónde los **pastoralistas**? ¿Dónde, en este mundo de calidad y crisis, que parece tener todo previsto de antemano -y nos lo ofrece como productos a que se pueden adquirir- pero en el que **cada vez se hace más difícil el acceso a los bienes profundos**?

No podemos permitir que nos secuestren la vida. Los tiempos revueltos nos zarandean a todos, es verdad, pero los problemas de nuestros jóvenes para forjar su identidad, para desarrollar valores, para amar, son problemas de todos, es la tarea misma del crecer, **el quehacer de “quehacerse” cada día** (como decía Ortega y Gasset) y esa tarea **nos implica a todos nosotros**: padres, educadores, pastoralistas, comunidades, sociedad, Iglesia. Todos hacemos falta.

¿Dónde quedamos nosotros, las generaciones siguientes *por arriba* de nuestros jóvenes, con la orden de la vida de *darles la mano*? ¿Cómo pueden zarandearnos y contaminarnos estos tiempos *también a nosotros*?

En este zarandeo nosotros podemos quedar INVISIBILIZADOS como los padres de Anthon. El vínculo relacional no existe. Estamos cerca pero no estamos vinculados. La lejanía, casi la **ausencia** es lo que marca la relación.

Y cuando la ausencia es el modo vincular en una relación hace mucho frío en ella. Crea vacío de identidad, refuerza la inseguridad y la desconfianza. Quien no ha sentido nunca la confianza de otros más mayores, ¿cómo va a desarrollar la propia? La experiencia de *abandono a su suerte* se hace sentir con fuerza. De la ausencia nace el sentimiento de orfandad. La dificultad para confiar, para apasionarse, estimularle, etc.

Podemos trabajar y trabajar IGNORANDO a fondo lo que ocurre a nuestro alrededor como los profesores de Anthon. ¡Cuántas actividades para ellos, con ellos, cuantos desvelos! Pero ¿sabemos realmente cuáles son sus intereses? ¿Qué les hace vibrar? Podemos incluirnos en sus vidas? Si no escuchamos, con acogida, con atención y empatía.

Si ellos no llegan a sentir nuestra *empatía*, esa actitud que nos permite ver y sentir una situación de la misma manera en la que el otro la vive, ponernos en su pellejo, nada de nada. Sólo con *empatía* se puede desarrollar auténtica intimidad. Sin experimentar la empatía que supone atención y aprecio dejando al otro ser el que es y sentirse reconocido, no podemos desarrollar auténtica intimidad. Además, sentirse ignorado es la experiencia más lesionante que podemos vivir. Nos daña profundamente, más que la riña, la ridiculización e incluso la agresión. “Hace muchas cosas por mi, pero a mi no me quiere” decía un chavalín de 9 años refiriéndose a su profe más querido.

Podemos DESVIVIRNOS por demostrar que hay sentido con el desasosiego de quien teme, con la belicosidad de quien se empeña, con la compulsión pasional de quien no piensa como lo hacen los compañeros de Anthon, pero esto no tiene buen fin. Intentando convencer se puede ganar o perder, pero nunca se llega a la victoria. En el terreno del amor y del sentido, ya lo dijo Pascal, *el corazón tiene razones que la razón no entiende*.

Los tiempos revueltos no pueden **descorazonarnos**. Cuidar el corazón es, creo, una de las tareas más importantes, por no decir la principal, para que nuestra Pastoral sea un verdadero anuncio del Amor que Dios nos tiene y la vida que ha venido a traernos.

4. De qué hablamos cuando hablamos del ámbito afectivo-sexual en nuestra vida

Me adentro más. ¿De qué hablamos cuando hablamos del **ámbito afectivo - sexual** en nuestra vida? ¡Qué difícil nos resulta acotar nociones humanas!. Cuanto más fundamentales son más nos cuesta delimitarlas suficientemente.

El ámbito afectivo sexual alude a toda nuestra capacidad de desear, vincularnos, amar. En cada situación que vivimos entra en juego el dinamismo afectivo - sexual. En cada proyecto que realizamos se invierte energía. Hablar de la afectividad, de la sexualidad y del amor es hablar de la **vida - viva** y de la **vida - toda**. Todo está atravesado por esa energía que nos constituye en todos nuestros niveles y dimensiones: el cuerpo, el psiquismo y hasta lo profundo del corazón. La historia de nuestra dimensión afectiva y sexual es la historia misma de nuestras relaciones y apasionamientos con las cosas, las personas, los proyectos. También de nuestra relación con Dios.

Los psicólogos nos enseñan que la dimensión afectivo - sexual es **la más primaria** de todas las dimensiones que nos constituyen. Desarrollarla a fondo desemboca en la **capacidad de amar**, el sentimiento más universal de todos los que existen. Lo aprendemos desde pequeños. Está muy asociado al instinto de sobrevivencia. Nuestra capacidad de amar se gesta y alimenta desde las primeras relaciones que establecemos con todos los que nos rodean.

En estos intercambios, y según la calidad de los mismos, aprendemos un **modo de entender el amor**, por lo que anhelamos caricias, besos, abrazos, cercanía e interés de otros. Pero aprendemos igualmente una **idea de nosotros mismos, de los otros, de las cosas, de la vida, de Dios**. Aprendemos **códigos de significación** para relacionarnos y deducimos -casi sin darnos cuenta- si la vida merece ser vivida, si los demás son dignos de nuestra confianza y qué cosas son realmente valiosas como para tenerlas en cuenta a la hora de buscar la felicidad y el amor, ese anhelo indescriptible que todos llevamos dentro.

Según estos aprendizajes, los significados con los que procesamos cada realidad y la idea que tenemos de nosotros mismos por las múltiples influencias recibidas, iremos desarrollando diferentes formas de amar. Nuestra energía afectiva y sexual **se pega y adhiere** a contenidos muy diversos (cosas, personas, proyectos) -como si de **un negocio** se tratara- y, poco a poco, se va **expandiendo y configurando** la singular historia de amor de cada uno con sus diferentes constelaciones⁸.

Así va escribiéndose la historia de amor de cada uno. Así van perfilándose las aficiones, los hobbies, los amigos, los valores e intereses de cada cual. Así va surgiendo la experiencia de enamorarse, las relaciones de pareja, la vivencia o ausencia de Dios, los proyectos, las opciones vocacionales, las vitales, es decir, **nuestra particular forma de amar.** Y en este vivir desplegándose en amor vamos gastando y desgastando nuestra energía con un saldo muy diferente según experimentemos al final de cada tramo que *nos salen o no nos salen las cuentas.* Las *cuentas* ¿de qué? De lo que nosotros hemos convenido en llamar felicidad según el imaginario de cada uno, de lo que nos parece que merece o no merece la pena (valores e intereses) según la forma de pensar y los anhelos profundos que nos alientan. Así se gesta la historia de amor o desamor de cada cual, así se recorre el camino hacia la felicidad o hacia el vacío de sentido.

Todo ello se recoge y expresa en los tres dinamismos o dimensiones del amor: **pasión, intimidad, decisión/compromiso**⁵⁸. Y todos los compuestos que desde ellos vivimos en la vida cotidiana según como se desarrollen: confianza o desconfianza, respeto o abuso, comunicación o fantasía, compañía o aislamiento, entrega o egocentrismo, comprensión o incomprensión, dar en gratuidad o dar con interés, perdonar u odiar y un largo etc.

En todo modo de amor profundamente humano es deseable que se den cita los tres dinamismos en la forma y proporciones ajustadas al objeto mismo del amor y al proyecto de vida de cada cual. La **pasión** suele ir por delante, por aquello de que *la pasión es pasión* y no soporta ninguna barrera, pero qué bien nos viene su caudal de energía para nuestros *negocios amorosos*. La **intimidad** crece de manera más lenta, pero es indispensable para que el amor sea profundamente humano, para que haya encuentro. Y la **decisión** y el **compromiso** ¿cómo pueden faltar? Esta dimensión es la que salva al amor de quedarse en espejismo, también crece con lentitud, es verdad, pero tiene un valor incalculable, sobre todo en los momentos en los que el amor mismo está amenazado.

Pero digamos una palabra sobre cada uno de ellos para entenderlos bien.

Pasión

En la pasión se agolpan intensamente todas las necesidades genitales y sexuales. La pasión se despierta con el deseo imparable de fusión con el otro. La cabeza (pensar) y

⁵⁸ Moresco, M y Arrieta, L (2008) “*Acompañar en la vivencia del Amor*”. Apuntes del Programa Monte Carmelo. Programa de Formación de Pastoralistas en Acompañamiento. Ruaj - Vedruna. Valladolid. Lo que expreso aquí de los dinamismos del amor lo recogemos en nuestros apuntes del programa citado. Lo que más me anima a seguir basándome en ellos es lo mucho que llega a los pastoralistas. Nos inspiramos en: Sternberg, RJ. “*El triángulo del amor. Intimidad, pasión, compromiso*”. Edit Paidós. Buenos Aires. 1989. También Lola Arrieta recoge estas ideas en su libro “*Sus heridas nos han curado*”. Conflictiva afectivo sexual en la opción de amor célibe”. Frontera - Hegian. N° 33. Vitoria. 2001.

el cuerpo (sentir) se asocian para conseguir lo que se siente como imprescindible. En la pasión aflora toda la fuerza del instinto y del deseo, afecta a la genitalidad y a la totalidad del cuerpo sexuado que somos.

La pasión tiene fuerza, mucha fuerza. La pasión es pasión, nada más. Deseo pulsional intenso que no soporta ninguna barrera. No sabe -ni quiere saber- nada de límites. Se mueve por la gratificación, por el placer. Con el dinamismo de la pasión, la sensibilidad se hiperactiva. Hay otro tipo de necesidades, además de las sexuales, que se sienten y experimentan por el dinamismo de la pasión: necesidad de afiliación, dominio, sumisión, autoestima. Todas estas necesidades juegan un papel muy importante en la experiencia de la pasión. El que actúen de una forma más virulenta o más integrada depende en gran parte de la historia de cada uno, de la educación represiva o falta de límites, o de la educación integradora y positiva que se haya recibido.

El dinamismo de la pasión no puede faltar en el amor. Lo importante es poder llegar a vivirla de forma positiva y humanizadora, así como asociada a las otras dimensiones.

Intimidad

La Intimidad hace referencia a *“los sentimientos que en una relación amorosa promueven la proximidad, la vinculación, la capacidad de conectar y de relacionarse”*. Un aspecto importante de la intimidad es el desarrollo del *vínculo* en la relación amorosa (es la complicidad o ausencia de ella que captamos en un golpe de vista entre dos personas que se tienen).

La intimidad incluye otros comportamientos imprescindibles en el amor. Por ejemplo: sentir confianza, practicar la comunicación, buscar el bienestar de los otros, respetarlos, contar con ellos, comprender sus puntos de vista, “estar ahí” en los momentos difíciles, etc. La intimidad propicia comprensión mutua, con la intimidad se respira sinceridad, verdad, permite ser y dejar ser. Expresarse y acoger la expresión del otro. Compartir proyectos, bienes, soñar juntos.

La dimensión de intimidad es la que hace más humano al amor mismo. Más profundo, más verdadero. Son embargo puede quedarse en mera seguridad emocional, en compartir y consumir experiencias agradables y de apego si no se vive acompañado por la dimensión del compromiso.

Decisión / compromiso

La Decisión /Compromiso es el tercer dinamismo y comprende dos aspectos, uno a corto plazo y otro a largo plazo. La decisión es *“ese acto personal por el que uno decide*

amar a otro". En una relación una chispa se ha encendido, ha surgido la pasión, se pone en marcha el deseo. Pero no es lo mismo enamorarse que vivir como situación permanente el estar enamorado. La decisión y el compromiso es el dinamismo que convierte un deseo en proyecto de amor y el gusto mismo de amar se convierte en amor porque la energía se dirige e invierte en un proyecto concreto (algo) en una persona o grupo concreto (alguien) en Dios mismo (ALGUIEN).

En este dinamismo se dan cita el deseo, la conciencia y la voluntad de amar verdaderamente. La decisión y el compromiso evidencian la valoración de aquello o aquel a quien se dice amar. Propicia la disposición decidida de mantener y alimentar ese amor que nace. Generalmente el compromiso *sigue a* la decisión pero esto no implica que necesariamente tengan que ir juntos.

Este dinamismo, al igual que la intimidad, suele crecer poco a poco, de forma gradual. Y en tiempos difíciles o revueltos, como os gusta decir a vosotros, puede un "rescate" solidario y gratuito, un verdadero rescate para que el amor no se vaya al traste.

¿Cuándo podemos decir que amamos de verdad? Y ¿qué y a quién amamos cuando decimos que amamos? Porque una cosa es amar el deseo mismo de amor y otra muy distinta comprometerse con energía, pasión e intimidad en el amor mismo. Comprometer nuestras personas y nuestras vidas. La aventura del amor es apasionante pero ardua, es verdad. Y los contenidos del amor ¡son tan diferentes! Además no depende sólo de uno .

En toda historia de amor siempre hay algo que nos acerca a la eternidad y a la esencia de la vida, porque las historias de amor encierran en sí todos los secretos del mundo. Escribe Paulo Coelho.

Permitirme una **reflexión** que me va dejando la experiencia de acompañar a muchos hombres y mujeres en sus historias de amor y desamor. Creo sinceramente, también desde mi propia experiencia, que **el amor no se improvisa**, Y el amor, desde estos tres dinamismos que lo configuran, más que una meta a conseguir es una verdadera **actitud a desplegar**, una actitud de vida a alimentar y desarrollar. Un enamoramiento puede surgir de repente, pero **desplegarse en amor** es todo un arte en el que se dan cita actitudes tales como: *fuerza para amar, respeto, disposición a la entrega, dar y recibir comunicación, gusto, placer, capacidad de trascender y trascenderse en el encuentro con el otro, capacidad de perdonar y cambiar.*

Muchas veces escuchamos "el amor no existe", "no merece la pena invertir tanta energía en el amor" Pero no es verdad, lo que ocurre es que nuestras expectativas pueden jugarnos malas pasadas. Muchas veces ponemos demasiado entusiasmo en cosas que creemos son verdad y luego la vida demuestra como mentira. Así el deseo de amar se transforma en espejismo y nos despista del mismo amor.

El peligro está en que la capacidad de amor pierda fuerza o quede “*aparcada*”. Que el deseo se *desinfle o atrofié*, que la energía se *enrede o extravíe* de aquello que en un momento deseamos amar verdaderamente pero no acertamos en hacerlo o nos salió mal o nos desorientamos por el camino. Y el amor requiere un lento y lúcido aprendizaje. Escoger bien los contenidos del amor, empeñarse a fondo en ello.

Este suele ser un obstáculo frecuente, no descubrir ese *contenido preciso* (proyecto, situación, persona, Dios mismo) capaz de *arrancarnos y poner en movimiento* la energía propia de la pasión. No vivir *esa experiencia de encuentro* profundo que crea vínculo y marca un “antes y un después”, como pasa con las experiencias verdaderamente fundantes. La atracción sentida no es lo suficientemente fuerte o no produce bastante *alegría* como para concentrar todo el caudal de energía *decidiendo* darse la vuelta y *echar raíces* en la nueva aventura de amor, verdaderas raíces en torno a lo amado. Este modo de amar sí que convence.

Cuando escribo mi reflexión yo misma pienso en la *disonancia* tan grande que existe entre lo que teorizamos acerca de nuestra capacidad de amar y la calidad misma del amor con la que vivimos, no sólo los jóvenes, también nosotros mismos. Y no sólo en las relaciones entre nosotros, también en la relación con Dios.

Hoy en día el ámbito de la afectividad y sexualidad está *omnipresente* en nuestras vidas, no por propia decisión, sino por influencia del ambiente. Y además, los *significados* de cada una de las dimensiones que componen el amor y las vivencias que generan difieren muchísimo de unos a otros por razones diversas.

En torno al amor -en sentido amplio- hay mucha *ambivalencia*, muchos *sentimientos encontrados*. El modo de concebirlo, para unos es una trampa, para otros es una liberación. Pero trampa o no para ellos, están estrenando el amor.

Y si esto pasa en el terreno del amor **¿qué pasa en el amor referido a Dios mismo?** ¿Y Dios? Las actitudes ante Dios, como decíamos antes van, desde la *indiferencia* más absoluta, la fragmentación y división interna (por un lado sí, pero por otro) hasta la *búsqueda de sentido* por el vacío experimentado. En nuestras sociedades se respira un clima en el que parece que si alguien sobra es él. “*Sólo Dios sobra*”, leí hace un tiempo en una revista parafraseando a la conocida expresión de Teresa de Jesús “*Sólo Dios basta*”.

El amor de Dios también zarandea de una manera totalmente distinta. No nos transforma por arte de magia, *no nos reduce a la mera pasividad*. Incluso cuando lo acogemos de manera libre y cordial, la aventura del amor de Dios para abrirse camino en el corazón humano tiene que atravesar tensiones y luchas. Algunas vienen de nuestro interior, otras del exterior. Este *luchar con Dios* lo conocemos desde Jacob con toda su experiencia.

¿Cómo imaginar fácil adentrarse en una aventura de amor de Dios con todo lo que conlleva de intimidad honda, de pasión configurada, de decisión y compromiso?

De nuevo me acuerdo de Bauman. La característica común, en nuestra época es la primacía del “*amor líquido*”, dice. Un amor flotante, sin raíces y sin rostro en ocasiones. Y cuando el amor no echa raíces y se pierde esta dimensión de compromiso, quedan flotando la pasión y la relación, anhelando experiencias románticas o postmodernas, -como queramos llamarlas- en las que se *ama más al amor mismo que el hecho de desplegarse en amor*.

No me ahorro un par de citas literales sobre ello:⁵⁹

“En nuestro mundo de rampante “individualización”, las relaciones son una bendición a medias. Oscilan entre un dulce sueño y una pesadilla y no hay otra manera de decir en qué momento uno se convierte en la otra. Casi todo el tiempo ambos avatares cohabitan, aunque en niveles diferentes de conciencia. En un entorno de vida moderno, las relaciones suelen ser, quizá, las encarnaciones más comunes, intensas y profundas de la ambivalencia. Y, por eso, podríamos argumentar, ocupan por decreto el centro de atención de los individuos líquidos modernos, que las colocan en primer lugar de sus proyectos de vida”

*Quizá es por eso, que las redes sociales tienen tanto gancho. En ellas, adolescentes y jóvenes se internan con mucho gusto. Escribe Bauman: “Si el compromiso no tiene sentido y las relaciones ya no son confiables y difícilmente duren, nos inclinamos a cambiarla pareja por las redes”*⁶⁰

Jóvenes que viven en una sociedad en la que muchas personas a su alrededor consideran el compromiso como una trampa:

“El compromiso con otra persona u otras personas, particularmente un compromiso incondicional, y más aún un compromiso del tipo hasta que la muerte nos separe, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, se parece cada vez más a una trampa que debe evitarse a cualquier precio”⁶¹

¿Cómo *aprender* el amor? ¿Cómo *retomar experiencias* de amor verdadero cuando fallan las raíces, se recela y ansia tanto de los vínculos, no se sabe bien poner límites configuradores a la energía y a la pasión? ¿Cómo no *temer* el amor, al menos con la misma intensidad con que se desea? ¿Cómo no van a prescindir los jóvenes de muchos discursos institucionales de personas de iglesia en materia de sexualidad y amor, si ni siquiera entienden sus argumentaciones? ¿Qué hacer cuando a tantos *todo lo de Dios* les suena a algo anacrónico?

⁵⁹ Bauman, Z. “Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos” Fondo de Cultura Económica. 2007. P. 8

⁶⁰ Bauman, Z. Ob. Cit, p. 13

⁶¹ Ibidem, p. 120

5. Qué creo que podemos hacer para que los jóvenes con los que convivimos gusten del Amor verdaderamente, del Amor que Dios nos tiene

¿Qué hacer para que la PJV sea ANUNCIO DEL AMOR DE DIOS y conecte con lo profundo del corazón más allá de todas las interferencias y obstáculos que puedan existir en el camino?

Creo sinceramente que lo peor que nos puede pasar es *contaminarnos de este revuelo*, de este desánimo. De ahí la importancia de alertarnos para evitar que nos ocurra lo peor. El teólogo Metz dice: “*lo peor que le puede ocurrir al cristianismo -y a nosotros los cristianos- es que se vuelva anacrónico*”. Y “*este peligro amenaza con hacerse realidad. Muchos ateos rechazan el cristianismo y sus valores. Lo peor es que masas importantes de personas - y muy especialmente entre los jóvenes- se declaran indiferentes, sordas, insensibles*”, escribe Martín Velasco⁶².

Y continúa: No se trata de acomodar el cristianismo a los gustos del momento: “*Una buena alternativa es considerar al ser humano de nuestro tiempo (en nuestro caso a los jóvenes), sus preguntas, temores, necesidades. Para esos hombres -y esas mujeres- y para esas necesidades es el cristianismo mensaje de salvación*” (de amor, decimos con nuestras palabras).

Nada es fácil, es verdad, pero nada está perdido. Somos nosotros mismos los primeros que podemos salir del aturdimiento, sacudir espejismos, reconocer-al menos yo- que *chocamos mucho con Dios* y nos resistimos a acoger a fondo su amor porque aparentemente *nos deja mucho más tranquilos amores que controlemos*, aunque nos aten un poco.

Peter Berger dice que unas *experiencias intensas en la vida sólo pueden ser desplazadas por otras igualmente intensas*⁶³. Traducido al terreno del amor diríamos, aunque en un momento de nuestra vida podamos volcarnos en unos contenidos amorosos, podemos cambiar de objeto de amor si otros nos resultan igual o más atractivos que los anteriores. ¿No podemos leer en esta clave la parábola de la perla del Evangelio?

Y es que la afectividad, por mucho que tenga su energía *invertida en valores determinados* tiene siempre esta característica de ser movible, de poder cambiar, reavivarse, arder. De ahí que puede *desplazarse de unos contenidos a otros*. ¿Cómo no entender -entonces- el mimo y el cuidado que requiere el amor? Sólo se nos pide una cosa: creer en el Amor de Dios, nosotros mismos, que nos sentimos movidos a anunciarlo.

⁶² Martín Velasco, J “Ojalá escuchéis hoy su voz”. Edit PPC. Madrid. 2012. P.94.

⁶³ Berger y Luckman “*La construcción social de la realidad*”. Edic. Amorrortu. 1986. Madrid. Recordando también las leyes de la afectividad a las que hemos aludido en la nota 8. La 4ª ley afectiva alude a la elasticidad como característica importante. Esto capacita a la energía afectiva para desprenderse de viejos contenidos y sustituirlos por otros diferentes e incluso contrario a los anteriores.

¿Cómo no alentar nuestra esperanza sabiendo que *si echamos leña al fuego*, en el sentido benévolo de *alimentar el amor mismo*, si removemos las brasas que hay bajo las cenizas de nuestra cotidianidad podemos sorprendernos de nuevo recordando aquello que cantó el poeta: “*creí mi hogar apagado, y revolví la ceniza Me quemé la mano*”.

¿Qué podemos hacer, pues con los jóvenes? **Potenciar de manera humana y humanizadora los tres dinamismos del Amor en las relaciones con la vida y también con Dios.** Poner todo lo que esté de nuestra parte para acercarlos hacia ese Dios-Amor como *contenido* capaz de hacer arder el rescoldo que alberga cada corazón. Y hacerlo sirviéndonos de los dinamismos que configuran nuestra capacidad de amar.

- *Cultivar el dinamismo de INTIMIDAD: Cultivar presencia y vínculo.*

A. PRESENCIA. Ser buena compañía. Estar donde ellos están, salir a su encuentro, convivir con ellos. Escuchar, escuchar hasta conocer gustos e inquietudes.

B. CREAR VÍNCULO. Establecer relación en clave de DIÁLOGO. Relación que se hace ENCUENTRO.

- *Cultivar el dinamismo de la PASIÓN. Escuchar juntos y compartir proyectos*

A. ESCUCHAR Y COLABORAR JUNTOS aplicando energía y trabajo a las tareas y dificultades de cada día. Escuchar juntos las alegrías y sufrimientos de los hombres y mujeres de nuestros pueblos.

B. Compartir PROYECTOS. Compartir el trabajo conjunto y luchas comunes para resolver los problemas que aquejan a los que viven en cada lugar genera muchísima cercanía. Alejarnos de los problemas reales y construir la relación al margen de la vida no funciona, tenemos experiencia sobrada de ello.

C. Fomentar más dinámicas de Pastoral DE jóvenes que dinámicas de pastoral PARA jóvenes

- *Cultivar el dinamismo de la DECISIÓN / COMPROMISO:*

A. Ejercer de CREYENTES - TESTIGOS. Ejercer de testigos es manera privilegiada de realizar el Anuncio.

B. Explicitar abiertamente la NOVEDAD del cristianismo: la persona de Jesucristo, que revela a un Dios que ama incondicionalmente a todos los seres humanos y quiere hacer de ellos sus hijos.

C. Señalar donde está el cordero de Dios, invitar a hacer la experiencia directa de CONOCER A JESÚS. Buscarle, saber donde vive. Gustar de su PALABRA

6. El secreto para poder vivir una PJV significativa

Quiero acabar con otra historia que me llena de esperanza

El cuento del secreto

“Un monje andariego se encontró, en uno de sus viajes, una piedra preciosa y la guardó en su talega. Un día se encontró con un viajero y, al abrir su talega para compartir con él sus provisiones, el viajero vio la joya y se la pidió. El monje se la dio sin más. El viajero le dio las gracias y marchó lleno de gozo con aquel regalo inesperado de la piedra preciosa que bastaría para darle riqueza y seguridad todo el resto de sus días.

Sin embargo, pocos días después volvió en busca del monje mendicante, lo encontró, le devolvió la joya y le suplicó: “Ahora te ruego que me des algo de mucho más valor que esa joya, valiosa como es. Dame, por favor, lo que te permitió dármela a mí”

¿Podremos realizar una PJV tan significativa que sean muchos los que, por nuestro modo de hacer y vivir se sientan atraídos a preguntarnos: cuál es el secreto de tu alegría?

Envejecer en la vida consagrada. Tarea y aventura

Francisco Álvarez⁶⁴

El envejecimiento no es un proceso homogéneo. Tampoco la ancianidad. Por eso, al iniciar este tema me propongo evitar a toda costa cualquier forma de generalización. La generalización es un recurso fácil en el que descansa la pereza intelectual, una especie de vertedero de lugares comunes, una canonización de estereotipos. A menudo es incluso injusta, especialmente cuando se trata de realidades socialmente devaluadas y existencialmente problemáticas.

Propongo, en cambio, un acercamiento que sea capaz de asomarse con respeto y admiración al misterio de cada persona: que sepa leer en las arrugas de la piel y en los pliegues del alma, en la historia grabada a fuego en el cuerpo y en la memoria que evoca y agradece, en el caminar torpe y lento y en el vuelo de la esperanza, en el tiempo que se impone como pausa inevitable y en la soberanía sobre el tiempo.

Un abordaje semejante no es fácil; pero tiene, entre otras, la ventaja de rescatar a la persona -en este caso anciana- de las cadenas del biologicismo todavía imperante y de sus determinismos consiguientes. Nos ofrece asimismo la posibilidad de subrayar el carácter único de la condición humana, y que podría resumirse así: Salvo los casos de coma irreversible o de demencia total, ninguna persona, cualquiera que sea su edad, ha culminado su proyecto, alcanzado la perfección y agotado sus posibilidades. Es la ley de la libertad, inscrita como vocación, como atributo y tarea en cada ser humano.

1. ¿Un dato de la naturaleza o una experiencia?

La ancianidad, como la vida consagrada, es una experiencia personal. En ambos casos, el concepto de experiencia ha de ser tomado como lo que es: un concepto análogo (no unívoco) y, al mismo tiempo, sin la falsa pretensión de ponerle vallas al campo. Ninguna de las dos realidades se agota en esa conceptualización, pero ambas quedan reflejadas en ella.

⁶⁴ Material elaborado por el religioso camilo Francisco Álvarez, publicado por los cuadernos Frontera-Hegian con el título *Salud y ancianidad en la vida religiosa, ¿ocaso o plenitud?*

En la teología de la vida consagrada no es fácil hallar el equilibrio entre dos posturas encontradas: la de quienes cifran su identidad en los elementos que objetivamente la constituyen (carisma, consagración, misión, espiritualidad) y la de quienes sostienen que su identidad radica en una experiencia particular de vida. Es la distancia que separa a los llamados “esencialistas” de los “existencialistas”. La dificultad, a mi modo de ver, no estriba tanto en los conceptos cuanto en la misma condición humana. Siempre ha habido y habrá una delicada tensión entre lo que objetivamente nos es dado (por ejemplo la vocación, el carisma) y lo subjetivamente percibido, asumido y vivido.

Es evidente que no puede haber un religioso allí donde no haya vocación, carisma e incluso comunidad. Pero tampoco lo hay si el carisma no ha sido asumido, vivido, custodiado, profundizado y actualizado. Es decir, si no se traduce en vivencia que genera novedad de vida y se vive en la urdimbre de una serie de experiencias que, con razón, pueden llamarse fundantes. De ahí que la “*Mutuae Relationes*” defina el carisma del fundador como una experiencia del Espíritu (MR II). Con ello se subrayan, al mismo tiempo, los elementos objetivos y subjetivos de la consagración religiosa.

Lo mismo puede decirse, salvadas las distancias, de la ancianidad. También en ésta, cuando llega, cabe distinguir (y a menudo es fácil) una serie de elementos que son comunes, pues están escritos en la programación biofísica e incluso psicológica del envejecimiento y de la vejez. Si así no fuera sobrarían todos los libros de geriatría y gerontología; habría sólo biografías individuales. Son datos normalmente contundentes; llevan en su interior el peso de lo real, se imponen en buena medida a su sujeto. No pueden ser desdeñados.

Pero es igualmente cierto que la ancianidad, como el sufrimiento, se asemeja a menudo a la uva o a una piedra informe: cada uno puede sacar de ellas, respectivamente, vinagre o vino oloroso, una estatua hermosa o un monstruo deforme. Es el precio y, a veces, la tragedia de la libertad. Pero, no sólo. La vivencia de la ancianidad está hondamente modulada y condicionada por una serie de factores, objetivos y subjetivos. Veremos algunos de ellos. De momento, fijemos brevemente nuestra atención en algunos datos más o menos comunes.

Está claro que nuestra vida se desenvuelve en un espacio limitado de tiempo. Mientras que la muerte es desembocadura cierta, la vejez, en cambio, no es patrimonio asegurado. No todos llegan a ser ancianos. Sean cuales fueren las explicaciones últimas de las causas del envejecimiento, es perfectamente comprobable que dicho proceso está marcado, desde el punto de vista biofísico, por una involución corporal, caracterizada, a su vez, por signos de atrofia y de debilitamiento. Las manifestaciones son bien conocidas en geriatría.

Afectan prácticamente a toda la morfología corporal y a sus funciones. Se pierde fuerza y masa muscular, equilibrio y agilidad motora; los huesos experimentan un proceso de des- calcificación; las articulaciones sufren un desgaste progresivo; disminuyen la potencia cardíaca y la capacidad respiratoria; se producen

modificaciones en el aparato digestivo y urinario; disminuye la agudeza visual y, normalmente, también la capacidad auditiva; en el cerebro se produce una pérdida moderada pero progresiva de neuronas, etc.

Sin embargo, también desde el punto de vista biofísico, es preciso distinguir entre envejecimiento normal y patológico. Evidentemente, no todas las afecciones son debidas a la edad; hay patologías y pluripatologías asociadas a otros factores; entre ellos, el estilo de vida y las actitudes con que se encara el proceso de envejecimiento. De ahí la importancia de incluir el envejecimiento dentro de los aprendizajes elementales de la vida, y ésta dentro de un proyecto siempre inacabado.

En lo que atañe a la salud mental, las evidencias no son muchas. Sabemos que la capacidad intelectual, por lo menos en los ancianos sanos, experimenta sólo pequeñas modificaciones. Éstas afectan más a la inteligencia fluida (es decir, la capacidad de adquirir conocimientos nuevos) que a la inteligencia cristalizada (la acumulación de conocimientos y experiencias adquiridos). Puede decirse algo semejante de la memoria; aumenta la capacidad y el ejercicio (a veces terapéutico) de la evocación; disminuye la capacidad de fijación, pero la así llamada memoria primaria o inmediata no se modifica substancialmente en los ancianos sanos, aunque la memorización de hechos inmediatos resulta habitualmente más lenta.

Todo esto afecta por supuesto a la vivencia de la vejez. Pero son más importantes todavía la capacidad de adaptación y de aprendizaje y los posibles cambios de personalidad. Y es justamente en estos aspectos donde actúan algunos de los prejuicios sobre el envejecimiento. Con la llegada de la ancianidad la adaptación y el aprendizaje han de ser contemplados como una potencia más bien selectiva: Los objetivos son diferentes, y tal vez sean también nuevas las capacidades. Pero son reales, según muestran no pocas investigaciones. Tampoco es evidente que la personalidad haya de experimentar modificaciones substanciales. Cambian las experiencias de vida, surgen nuevas exigencias, se apremia la libertad; pero cada uno envejece según ha vivido.

Y ¿qué decir desde la vertiente de la salud psicológica? Es éste el terreno más sensible a los estereotipos; es, por tanto, mayor la necesidad de evitarlos. De ahí que la primera medida consista en distinguir entre actitudes y sentimientos. Nadie pone en duda que el proceso de envejecimiento va acompañado de un conjunto de pérdidas y no sólo de ganancias. Es normal que aquéllas sacudan de alguna forma la vida emocional del anciano y que produzcan a menudo tristeza e incluso abatimiento. Es normal que la aproximación de la muerte y la progresiva jubilación laboral y social despierten en el anciano nuevas sensaciones de soledad: de soledad impuesta y/o acogida. Sin embargo, lo que marca el rumbo saludable o patológico de la ancianidad no son los sentimientos, sino las actitudes que generan o con las cuales se canalizan y reconducen.

Por ser éste uno de los núcleos de nuestro tema, volveremos sobre él. Ahora, para facilitar la comprensión del curso biopsicológico de la ancianidad, transcribimos dos

tablas que ilustran los diferentes grados de capacidad e incapacidad en esta fase de la vida. Su utilidad depende en buena medida del nivel de discernimiento con se apliquen a cada persona.

Grados de incapacidad física

- 0** Se vale totalmente por sí mismo. Anda con normalidad.
- 1** Realiza suficientemente las actividades de la vida diaria. Deambula con alguna dificultad. Continencia total.
- 2** Tiene alguna dificultad en las actividades diarias, por lo que en ocasiones necesita ayuda. Deambula con la ayuda de un bastón o similar. Continencia total, o rara incontinencia.
- 3** Grave dificultad en bastantes actividades de la vida diaria. Deambula difícilmente ayudado al menos por una persona. Incontinencia ocasional.
- 4** Necesita ayuda para casi todas las actividades. Deambula ayudado con extrema dificultad (dos personas). Incontinencia habitual.
- 5** Inmovilizado en cama o sillón. Incontinencia total. Necesita cuidados continuos de enfermería.

Grados de incapacidad psíquica

- 0** Totalmente normal.
- 1** Algunas rarezas. Ligeros trastornos de desorientación en el tiempo. Se puede hablar con él “cuerdamente”.
- 2** Desorientación en el tiempo. La conversación es posible, pero no perfecta. Conoce bien a las personas, aunque a veces olvida alguna cosa. Trastornos de carácter, sobre todo si se le disgusta. Incontinencia ocasional.
- 3** Desorientación. Imposible mantener una conversación lógica. Confunde las personas. Claros trastornos del humor. Hace cosas que no parecen explicables. Frecuente incontinencia.
- 4** Desorientación. Claras alteraciones mentales, que la familia o el médico han etiquetado ya de demencia. Incontinencia habitual.
- 5** Demencia senil, con total desconocimiento de las personas. Vida vegetativa. Incontinencia total.

2. La tarea de envejecer

La vida consagrada es siempre un proyecto inacabado. Quienes la abrazan son conscientes de haber entregado a Dios no sólo los ñutos sino también el árbol. Se sitúan, pues, en las ondas largas de una biografía que va más allá de lo dado e impuesto por la naturaleza. El consagrado hace historia, no biología. Es la historia de una libertad conquistada (aunque siempre herida) por Dios y para el Reino.

Desde esta clave de lectura la vivencia del envejecimiento y de la ancianidad queda también profundamente tocada.

Esto no quiere decir que el consagrado no esté también hondamente condicionado por la programación genética inscrita en su cuerpo, por los patrones sociales impuestos a la ancianidad y por la evolución de la medicina. Sin embargo esa etapa final sigue siendo proyecto... inacabado.

No es fácil vivirla así. Las otras edades se caracterizan por ser tiempo de siembra, de producción, de proyección y de creatividad. La ancianidad, en cambio, es vista a menudo -también por los consagrados- como la estación de la cosecha: vivir de rentas y del pasado; como una etapa sufrida desde dentro, que reclama más aguante que creatividad. ¿Tal vez como una condena con cortos espacios de libertad?

Envejecer es una tarea y una aventura, que sólo termina con la muerte. Eso sí, cargada de dificultades, no exenta de riesgos. Una experiencia cuyo color depende fundamentalmente de las actitudes con que se afronta. Antes de referirnos a éstas, respondamos brevemente a dos preguntas: ¿De dónde vienen nuestros ancianos consagrados de hoy, y cuál es el espacio donde envejecen?

Quienes han superado la barrera de los 75 años (por tomar una edad de referencia) pertenecen a las generaciones de religiosos/as “venidos de lejos”. Son hijos de una fuerte selección natural, pues superaron privaciones, enfermedades, epidemias, guerras y postguerra. Crecieron, se formaron y desarrollaron sus primeros ministerios juveniles en una sociedad muy distinta y distante de la actual. Vivieron en las así llamadas “comunidades de observancia”, normalmente más numerosas que las actuales. Trabajaron mucho, y muchos en silencio. Y cuando ya se sabían todas las respuestas, el Concilio y la evolución frenética de la sociedad española, les cambiaron muchas preguntas.

Hoy esos consagrados están viviendo el coronamiento de su existencia en medio de hermanos y hermanas “venidos del cambio”, pues son mayoría los que completaron su ciclo formativo en las vísperas y, por supuesto, después Vaticano II. La distancia entre ellos y los jóvenes es en muchos casos abismal. Han llegado enriquecidos de experiencias muy variopintas, pero no siempre son valoradas, tal vez porque no se las considera útiles. Viven su vejez en un medio frecuentemente poco favorable:

comunidades reducidas, en no pocos casos sobrecargadas de trabajo, con ritmos comunitarios que tienden a la dispersión y no ayudan a la observancia de otros tiempos. El medio los aleja, incluso sin pretenderlo, del protagonismo: las riendas están en otras manos; y, sin embargo, la reducción de efectivos y la multiplicación de tareas también prolongan en no pocos de entre ellos de forma excesiva el tiempo y la cantidad de trabajo.

¿Ayudan las circunstancias actuales a acometer saludablemente la tarea de envejecer? Para que en los próximos capítulos emerja con mayor fuerza la luz, fijemos nuestra atención en algunas sombras, en tres actitudes equivocadas.

*** *La vejez negada***

También entre los consagrados abundan los que de una u otra forma se resisten a aceptar la realidad de la vejez. El fenómeno de la negación, hoy bien conocido por los psicólogos, tiene múltiples expresiones. Algunas

son poco perceptibles. Pretenden vivir y trabajar, inadecuadamente, por encima de sus límites. Asumen actitudes ambiguas con respecto al apostolado y a las responsabilidades: Se lamentan de la inactividad (que les sabe a exclusión), pero tampoco desean sinceramente implicarse. Les disgusta ser tenidos como ancianos, pero reclaman el derecho a serlo, sobre todo si les favorece. Se apegan al pasado como fuente de derechos y plataforma de autoafirmación, y al mismo tiempo reivindicar que no se les excluya del presente. Sienten la tentación de conservar y retener (uso y abuso de las pensiones), como si hubieran de suplir con el poseer lo que le falta al ser.

En el fondo de la negación, que admite muy variados matices y grados, habita uno de los más peligrosos demonios de la ancianidad: convertir en edad de declive la edad del último crecimiento, considerar la ancianidad como el “tiempo sobrante”. Tal vez sea un síntoma de otra asignatura pendiente: la aceptación de la propia muerte como el momento culminante de la libertad sanada y de la vida entregada.

*** *La vejez recluida***

El tiempo más propicio para la vivencia de la soledad fecunda y sonora, puede convertirse en el tiempo del aislamiento buscado, de la incomunicación, de la automarginación, del repliegue sobre uno mismo. Es preciso comprender que muchos ancianos, sobre todo si están enfermos o impedidos, necesitan una especial concentración de energía sobre sí mismos. Es una forma de protegerse para no morir antes del tiempo. Sin embargo, equivocan su actitud vital quienes se ensimisman de tal manera que los achaques, los medicamentos, los límites y, en definitiva, su propio cuerpo acaparan indebidamente toda su atención.

El anciano se instala en la reclusión. Desde ahí la relación con los demás se tiñe en exceso de un cierto egocentrismo. Se vuelve repetitivo, rutinario, pesado. Y, lo que

es peor, también es posible que la relación con Dios esté viciada. Es muy difícil relacionarse saludablemente con El desde un centro equivocado por acaparador.

Es, en cambio, fácil eludir el verdadero encuentro y refugiarse en la repetición de actos y prácticas religiosas. El anciano teme tal vez salir de sus casillas y seguridades. Pierde así, entre otras, la oportunidad de abrir su corazón a Dios, de gustar lo bueno que es y ha sido el Señor (1P 1,2), y de saborear su misericordia.

*** La vejez endurecida**

Con demasiada frecuencia acusamos a nuestros ancianos de ser rígidos, inflexibles, intolerantes e incluso dogmáticos. Estas actitudes no son monopolio de la vejez, ni se adquieren indefectiblemente con los años. Pero, aparte otros condicionamientos, pueden acompañar y acompañan a un afrontamiento inadecuado de la vejez. Es, en principio, un mecanismo de defensa contra la debilidad y la inseguridad. Pero corre el riesgo de convertirse en actitud de vida. En vez de asumir o enfrentarse constructivamente a los propios cambios y a las nuevas situaciones regresa a las seguridades que quedan del pasado. Es decir, se acomoda en una posición de falsa superioridad, desde la cual se exime de toda responsabilidad y atribuye las culpas a los demás. En el fondo denigra los tiempos presentes, con sus modas y sus cambios. Es como si hubiera de cantar un cántico de Sión en tierra extranjera. Vive el medio como algo hostil.

El anciano se dota a sí mismo de una especie de segunda naturaleza, barnizada de insensibilidad e indiferencia. Una dura costra recubre la piel de las emociones. La apatía, la falta de pasiones y el embotamiento de las emociones parecen gobernar su vida. No parece contento ni feliz. Sí, en cambio, un poco arisco y refunfuñón. Y aunque siga siendo un buen cumplidor de deberes e intachable en cuanto afecta a la observancia exterior, todavía no ha aprendido a ser bueno. Por donde pasa no deja huellas de bondad y ternura.

3. Sin crisis no hay crecimiento

Al marcar las tintas sobre las sombras que pueden empañar la tarea de envejecer no he pretendido dibujar un paisaje sombrío. Envejecer no es una condena, sino más bien una oportunidad nueva en el curso de la existencia. Es el tiempo que culmina el parto doloroso de la vida en plenitud.

Todas las edades poseen sus propias características y exigencias. Y todas están marcadas por una misma o parecida lógica: Para que surja algo nuevo es preciso que algo muera dentro de nosotros. El paso de la infancia a la adolescencia, de ésta a la juventud, y sucesivamente a la edad adulta y al envejecimiento es un proceso de vida y muerte, de llegada y punto de partida, de superación. Cada edad comporta su propia crisis, y sin ésta no hay crecimiento posible.

¿Cuáles son las crisis de la vejez? Haciendo abstracción de la riqueza bibliográfica vertida, desde frentes pluridisciplinarios, sobre el asunto, se podría resumirlas diciendo que el problema capital de la ancianidad consiste en la aceptación definitiva de la propia mortalidad. No es ésta una tarea exclusiva del anciano. Más aún, no aprende a envejecer quien descuida el arte de morir, aunque sea a plazos. Sin embargo, en la ancianidad todo parece concurrir a una más honda apropiación del final. La muerte se convierte en la expectativa del propio

morir más o menos inminente. No se calculan tanto los años vividos cuanto los que pueden restar por vivir. La muerte, además, viene precedida y acompañada por recordatorios diarios que la anuncian, la anticipan. Puede aceptarse el propio morir, y temer su cortejo de incertidumbres, de sufrimientos y de soledad. Quiérase o no, el anciano se encamina hacia la experiencia de la pasividad activa, de la sumisión decidida, de la aceptación urgida. Emparejamientos difíciles. En el fondo late la clave resolutoria de todas las crisis de la ancianidad: la necesidad de la integración.

Desde esta clave y teniendo siempre presente la vida consagrada, abramos un poco más el abanico de las crisis, deteniendo nuestra atención en tres, normalmente consideradas emblemáticas del atardecer de la vida.

*** Crisis de identidad**

Uno de los recursos que dan consistencia a nuestra vida consiste en que exista un yo duradero, único e intransferible que da continuidad, que se mantiene fundamentalmente intacto e idéntico a través de las fases cambiantes de la vida. El yo no se ha perdido por el camino. Sigue siendo el sujeto y protagonista de su historia, pero a costa de no pocas crisis. En la ancianidad puede ser vivida con intensidad. Apuntamos algunas causas.

En primer lugar, las pérdidas, grandes y pequeñas. Unas afectan, como se ha visto, más directamente a la biología. Así, por ejemplo, el deterioro de la salud física con todas sus disminuciones. Otras, las más graves, dicen relación directa o indirecta con la biografía del anciano: con su historia, con su tejido relacional, con su imagen y sus roles, con su dignidad y su significación comunitaria, con la muerte de sus seres queridos (tanto de la familia natural como de la religiosa) y de su propia muerte. Junto con la pérdida de relaciones y de roles significativos, también se tambalea la propia imagen. Es ésta una sacudida que afecta a la percepción cognitiva de sí mismo (verse diferente) y a la consideración afectiva de sí mismo (baja autoestima, creerse menos digno de respeto, incluso mucho más feo).

Es la experiencia -a veces muy dura- de una lenta desposesión, que pone al descubierto la estructura fundamental del hombre, su riqueza e indigencia, y que, obviamente, apremia su libertad. Es normal que el anciano se formule las últimas preguntas: ¿Quién soy aquí y ahora? ¿Qué he hecho en mi vida? ¿Qué me cabe esperar?

En segundo lugar, especialmente dentro de la vida consagrada, el anciano puede experimentar con dolor (¿tal vez con asombro o resignación fatal?) la distancia entre el yo ideal y el yo real, entre lo prometido en la profesión religiosa y lo vivido, entre los talentos recibidos y sus ñutos. Quizás confiese como el profeta: En viento y en nada he gastado mis fuerzas (Is 49, 4); o, por el contrario, se afiance su convicción de que ha valido la pena la aventura de vivir. En el tiempo del último balance la crisis de identidad no apela tanto a lo hecho en la vida cuanto a lo que uno ha sido. Es el tiempo de distinguir entre quien ha funcionado y quien ha amado.

Finalmente, la crisis de identidad tiene otra piedra importante de toque dentro de la vida consagrada. Es la que brota del cambio o conflicto de valores. Estos jugaron un papel importante en las decisiones relacionadas con la vocación y con el ministerio. Y tal vez hayan cambiado demasiado. Hay religiosos ancianos que ya no se reconocen a sí mismos dentro de su congregación, o que consideran que ésta ha subvertido su identidad de siempre. Alguna vez he escuchado de boca de algún anciano: Si volviera a nacer me haría de nuevo religioso, pero no en esta congregación. En este caso, como es obvio, la crisis afecta hondamente el último curso de la vida y es casi inevitable que tenga sus repercusiones en la vivencia de la comunión y de la pertenencia.

*** Crisis de autonomía**

Es otro de los pilares de la persona. Como atributo de la personalidad habita en todas sus dimensiones. Hay una autonomía física, que normalmente se ve alterada en la ancianidad, por razones obvias. No pocos ancianos viven, a este nivel, una nueva situación de dependencia total en las actividades de la vida diaria. Han entrado en la fase del desvalimiento. Pueden también refugiarse, infantilmente, en la más absoluta pasividad, favorecida a menudo por un tratamiento infantilizante. Se dan situaciones menos graves y más frecuentes; pero también en ellas son numerosos los signos que apuntan en la misma dirección: reducción de la capacidad de movimientos, retirada del carnet de conducir, sedentarismo etc.

Existe también la autonomía personal, es decir, psicológica y moral. En definitiva, la capacidad de autodeterminación. Es un derecho fundamental de la persona. Y es posiblemente el más conculcado -por lo menos el más sensible- dentro de la ancianidad. Muchos ancianos tienen la impresión (o la consciencia) de ser expropiados de lo más sagrado: de sus propias decisiones. Son otros quienes deciden en su lugar y, a menudo, en todos los terrenos, en cosas de menor importancia y en situaciones que los afectan seriamente. Deciden sin tenerlos en cuenta, sin información previa, y sin su consentimiento. Esta actitud, muy

extendida en la sociedad, no es infrecuente dentro de la vida consagrada. Muchas veces está matizada y atemperada por el sincero deseo de buscar el bien del interesado. Pero, también dentro de la vida consagrada, denota una clara falta de sensibilidad y una actitud excesivamente paternalista con respecto al anciano.

Estas actitudes son favorecidas, a veces, por los mismos ancianos, tal vez por un errado sentido de la obediencia, tal vez porque vienen de una historia en la que decidieron poco, o acaso porque encuentran una cierta satisfacción en aceptar de forma complaciente las decisiones tomadas por los demás. Sin embargo, la crisis de autonomía puede saldarse en estos y otros casos con un precio excesivo. Por supuesto, disminuye en el anciano la capacidad de iniciativa, da pábulo a procesos de apatía más o menos integral, y, sobre todo, puede provocar en él un lento desenganche de la vida e incluso el abandono del deseo de vivir.

*** Crisis de pertenencia y de comunión**

No es preciso esperar a la ancianidad para que ésta acontezca. Si la vocación religiosa es también convocación, la comunión de vida resulta ser de parecidas exigencias e implicaciones que aquélla. Tampoco es inevitable que dicha crisis golpee y apremie los últimos años de la vida, aunque se dan poderosas razones para ello.

El religioso se siente anciano en la medida en que se va retirando de la actividad, y en la medida en que sus hermanos lo introducen en el status de los inactivos. Es más peligroso el cese brusco de toda actividad que la disminución lenta de la misma. En todo caso, la significación humana de este cambio varía según una serie de factores. Cuenta mucho el papel que el ministerio haya desempeñado configuración de la identidad del consagrado. Quienes cifraron su valía y su autoestima en los roles, tienen mayores riesgos de sufrir la jubilación en vez de gozarla. Esta circunstancia es de hecho como un recordatorio que evoca la radical insuficiencia de cualquier actividad, por muy noble que sea. Al religioso no le basta con trabajar; el trabajo es sólo una parte de su misión. A veces, la parte menos difícil.

De ahí que, con el cese de la actividad, el consagrado se encuentre más expuesto a las verdades últimas de su vida, a la necesidad, pues, de un nuevo discernimiento. Él y sus hermanos han de evitar a toda costa que la jubilación constituya un motivo de discriminación negativa. Hay ancianos que se sienten arrinconados, por el hecho de no ser productivos, desgajados de la corriente de la vida. Este es el camino más corto para llegar a la soledad impuesta desde fuera o buscada insanamente desde dentro; una soledad que sabe a muerte anticipada y que deja sus huellas hasta en los rostros. El consagrado puede sentirse vacío internamente. Un manto alargado de tristeza envuelve su vida. Los días se hacen penosamente largos. Nos encontramos en los umbrales del tedio.

Salmo 70

Ahora los años se me van quedando atrás, y me pongo a pensar, aun sin quererlo, en los años que me quedan. La vida camina inexorablemente hacia su término, y mi mirada se fija en las nubes de la última cumbre, que parecía tan lejana, y ahora, de

repente, se asoma incómoda, a dibujar el molesto pensamiento de que los años que me quedan de vida son ya, probablemente, menos de los que he vivido. Apenas había salido de la inseguridad de la juventud cuando me encuentro de bruces con la inseguridad de la vejez. Mis fuerzas ya no son lo que eran antes, la memoria me falla, los pasos se me acortan sin sentir, y los sentidos van perdiendo la agudeza de que antes me gloriaba. Pronto necesitaré la ayuda de otros, y sólo el pensar eso me entristece.

Más aún que el debilitarse de los sentidos, siento el progresivo alargarse de la sombra de la soledad sobre mi alma. Amigos han muerto, presencias han cambiado, lazos se han roto, mentalidades han evolucionado, y me encuentro protestando a diario contra la nueva generación, sabiendo muy bien que, al hacerlo, me coloco a mí mismo en la vieja. Cada vez queda menos gente a mi lado con quien compartir ideas y expresar opiniones.

Me estoy haciendo suspicaz, no entiendo lo que otros dicen, ni siquiera oigo bien, y me refugio en un rincón cuando los demás hablan, y en el silencio cuando dicen cosas que no quiero entender. La soledad se va apoderando de mí. La enfermedad que no tiene remedio. La marea baja de la vida. El peso del largo pasado. La vecindad de la última hora. Tonos grises de paisaje final.

Me da miedo pensar que, de aquí en adelante, el camino no hará más que estrecharse y no volverá a ensancharse jamás. Tengo miedo a caer enfermo, de quedarme inválido, de enfrentarme a la soledad, de mirar cara a cara la muerte. Y me vuelvo a ti, Señor. Tú eres el único que puede ayudarme en mis temores y fortalecerme en mis achaques. (Carlos G. Vallés).

Para la reflexión...

- *Intercambiar en grupo impresiones y sensaciones acerca de la calidad de vida de los ancianos de la comunidad y/o de la provincia.*
- *En la exposición se han descrito brevemente algunas de las posturas o actitudes negativas ante el envejecimiento. ¿Se dan esas actitudes? ¿Cómo repercuten en quien las vive y en la comunidad?*
- *La ancianidad va normalmente acompañada de sus propias crisis. ¿Estáis de acuerdo con las expuestas? ¿Cuál de ellas consideráis que es la más difícil de superar y por qué?*

La desinstitucionalización de la familia y la pastoral familiar⁶⁵

Mons. Manuel Sánchez Monge (Obispo de Mondoñedo-Ferrol)

Tras recoger en breve síntesis el proceso de desinstitucionalización de la familia y sus diversas interpretaciones, el autor se detiene en el análisis de las repercusiones de dicho proceso en la pastoral familiar, tanto en el modo de entender el amor conyugal y la preparación al matrimonio, como en el modo de entender el matrimonio y, especialmente su sacramentalidad e indisolubilidad. Luego habla de las repercusiones en el modo de plantear la procreación y la convivencia familiar. Finalmente comenta algunos desafíos que este proceso plantea a la familia: respecto a la manera de comprender el ser humano, la necesidad de encaminar hacia una valoración positiva de la institución, de educar en una nueva visión de la fidelidad y de la castidad y, por fin, de recrear la familia y recuperar su valor ético.

En el curso de los siglos, sobre todo en la época moderna hasta nuestros días, la Iglesia no ha hecho faltar su constante y creciente enseñanza sobre la familia y sobre el matrimonio que la fundamenta. Una de las expresiones más altas ha sido propuesta por el Concilio Ecuménico Vaticano II, en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, la cual, refiriéndose a los problemas más urgentes, dedica un capítulo entero a la promoción de la dignidad del matrimonio y de la familia, como aparece en la descripción de su valor para la constitución de la sociedad: «Así, la familia, en la que distintas generaciones coinciden y se ayudan mutuamente a lograr una mayor sabiduría y a armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social, constituye el fundamento de la sociedad» (GS 52). De especial intensidad es el llamado a una espiritualidad Cristocéntrica para los esposos

Antes de reseñar las principales repercusiones en la pastoral familiar, es necesario analizar brevemente la incidencia del proceso general de desinstitucionalización en el ámbito concreto de la familia. Eso es lo que vamos a hacer en un primer momento. A continuación veremos también someramente las repercusiones del proceso de

⁶⁵ Revista "Familia" 47 (2013) 9-36.

‘desinstitucionalización’ en la pastoral familiar. Por último, indicaremos algunos desafíos que la situación actual plantea a la Iglesia hoy.

I. El proceso de desinstitucionalización de la familia

La “desinstitucionalización” de la sociedad ha dejado sentir fuertemente sus efectos sobre la familia y se ha convertido en una expresión común a la hora de interpretar el cambio social y familiar en la modernidad tardía. Es verdad que el término ‘desinstitucionalización’ encierra cierta confusión porque el término puede encerrar diversos significados. Pero aplicado a la familia se traduce en una relajación de las normas tradicionales, que implica una diversidad de formas de comportamiento (sexuales, matrimoniales y de relación entre generaciones) y en la emergencia de nuevos modos de convivencia, que compiten con la familia nuclear, demandando legitimidad social.

En consecuencia, los comportamientos familiares se ajustan en menor medida a determinadas normas formales y explícitas y, por tanto, se tornan menos predecibles. Hablar de desinstitucionalización de la familia equivale a constatar el establecimiento de vínculos afectivos y sexuales, de formas de vida y modos de convivencia al margen de normas o modelos dictados por instancias o circunstancias externas y en función de intereses, preferencias y voluntades individuales. A quién se ama, con quién se vive, con quién se tienen los hijos, cómo se cuidan, cómo se dispone del tiempo y del espacio, el reparto de las tareas en el hogar, quiénes son parientes o cómo son las relaciones con ellos... son cuestiones que se resuelven sin tener en cuenta las normas y roles prescritos socialmente y atendiendo más a los individuos, con los ingredientes que aportan sus contingencias biográficas (educación, trabajo, movilidad, dinero, salud) y de una forma abierta, experimentando situaciones, descubriendo nuevas obligaciones, en la incertidumbre del éxito o del fracaso, de forma provisional e insegura. Sin excluir, por supuesto, las contradicciones que contienen la búsqueda y el aprendizaje. Ni que decir tiene que la continua revalidación de los vínculos introduce vulnerabilidad y exige esfuerzo de negociación, la desinstitucionalización produce la familia indecisa, incierta o, al menos, precaria de la que hablan algunos sociólogos, en la que nada está asegurado de antemano.

La vida familiar no se plantea hoy por lo general como un camino de único trazado. El sujeto puede multiplicar experiencias, situaciones y ciclos familiares a lo largo de su vida transitando por formas de convivencia diversas: ya no hay destinos decididos de antemano o definitivos, hay entradas y salidas, reincidencias, tránsitos. Una persona puede pasar del noviazgo a la cohabitación, volver al noviazgo y casarse, tener hijos, separarse, divorciarse, vivir sólo con los hijos, volver a cohabitar con una nueva pareja y los hijos de ambos, etcétera.

El retraso de la edad de emancipación de los jóvenes y de su abandono del hogar paterno se ha convertido en una de las características más significativas de la vida familiar española. Ello es debido, en parte a cuestiones económicas, pero también al clima democrático y permisivo que impera en las familias. La situación económica de la mayoría de los jóvenes es de total dependencia fundamentalmente de los padres.

El fenómeno de la cohabitación está adquiriendo un protagonismo cada vez mayor en nuestro país: el porcentaje de cohabitaciones ha aumentado muy considerablemente, pero España está aún lejos de los porcentajes de parejas cohabitantes en países como Suecia, Finlandia y Noruega. Entre nosotros, este fenómeno parece estar más relacionado con un retraso en la edad de matrimonio que con un rechazo explícito de éste, como lo demuestra el hecho de que los hijos continúen conviviendo con su familia de origen o en pareja –en una especie de matrimonio a prueba- hasta que se casan.

A. Diversas interpretaciones del proceso

1. La desinstitucionalización de la familia interpretada por la postmodernidad

La desinstitucionalización de la familia viene afrontada por la postmodernidad de la siguiente manera: los lazos conyugales se han vuelto inestables, divorciarse y volverse a casar está a la orden del día, los niños van y vienen por varios hogares autónomos, en contacto con diferentes adultos que les transmiten como valores tantas opiniones y actitudes divergentes que ellos quedan convencidos de que todo es relativo. Asistimos, pues, a una fragmentación del núcleo familiar. El paso a esta nueva sociedad postmoderna, afirma Baudrillard, viene marcado por un giro desde un determinismo material a un determinismo cultural, en el que la realidad ha sido sustituida por un mundo de representaciones y de signos. La inflación de signos, provocada por los medios de comunicación, borra la distinción entre lo real y la apariencia, hasta que la simulación acaba con la realidad: las representaciones y los símbolos han sustituido a la realidad.

En esta sociedad postmoderna, las identidades aparecen ahora fragmentadas, múltiples y altamente mudables, sin referencia alguna a la realidad social. Esta no es sino la consecuencia del triunfo de la sociedad de consumo, donde éste adquiere una posición central en los procesos de construcción de la identidad: el consumo sirve ahora para crear una conciencia de identidad de forma activa, se trata de “producirse” y “reproducirse” a sí mismo. El individuo intenta convertirse en lo que desea ser consumiendo artículos, es decir, signos, que piensa que le ayudarán a establecer y preservar la idea que tiene de sí mismo, de su imagen y de su identidad, expresando los valores, creencias e ideas asociadas a ese estilo de vida distintivo, con el que se identifica y al que trata de llegar.

La crisis del modelo familiar tradicional procede de múltiples factores: la emancipación de la mujer, que frecuentemente trabaja fuera del hogar y no depende del marido para sustentarse; el desprestigio de la paternidad; la igualdad, no siempre bien entendida, de los derechos de las personas, el aumento de hogares unipersonales, de hogares a cargo de mujeres y de cambios en el ciclo de vida, se han comenzado a flexibilizar los roles familiares, más democráticos y compartidos, donde se negocian el cuidado de los niños y el trabajo doméstico. Los constantes avances tecnológicos y sociales, el ritmo veloz de vida, la violencia, cada vez más visible, en el seno de los hogares, la carencia de comunicación real en favor de la virtual, el impulso consumista global, la banalización de los sentimientos y la creciente indiferencia en lo religioso... todos estos factores están modificando de una manera muy notable la convivencia familiar actual.

2. La desinstitucionalización de la familia interpretada por la 'modernidad reflexiva'

Por el contrario, la llamada "modernidad reflexiva" (Beck) sostiene que las rápidas transformaciones sociales que acontecen en las sociedades industriales avanzadas no representan una tendencia a la desestructuración del antiguo orden moderno y la entrada en una nueva etapa postmoderna de la sociedad. Para Giddens y Beck, nos encontramos en un periodo de transición, en el que la reflexividad aplicada a todos los ámbitos de la vida social implica una ruptura respecto a las tradiciones de la vida cotidiana, incluyendo el género y la familia. La modernidad reflexiva subraya que los individuos se han ido liberando progresivamente de las tradiciones (o de la estructura), y tienen que redefinir de nuevo la sociedad y sus instituciones. Sin embargo, se matiza que, aunque es cierto que "la costumbre y la tradición no estructuran nuestras vidas de manera tan clara" como antes, las reglas siguen existiendo y determinando nuestras acciones. En este sentido, se cuestiona el uso del prefijo "pos" para designar al mundo contemporáneo: este término connota el final de algo cuando tan importante para comprender el mundo actual es el análisis de lo nuevo como de lo que persiste.

El socavamiento de lo normativo se puede inscribir en el marco de una "reconstrucción racional de la familia", es decir, sería el resultado del sometimiento de las pautas de conducta a una continua revisión a la luz de la razón. Para el profesor Salustiano del Campo, este marco interpretativo de la "reconstrucción racional de la familia" permitiría explicar los cambios que afectan a la familia desde la revolución industrial hasta nuestros días. Ahora los individuos disfrutan de un mayor grado de libertad en la conformación de sus proyectos de vida y en la organización de la vida en pareja y familiar, disminuyendo el control de la sociedad sobre los fenómenos que acompañan al proceso de vida familiar. Esta opcionalidad sobre la trayectoria familiar se manifiesta en los siguientes aspectos: una pluralización de los modos de entrada, transición y salida de la vida familiar, que

abre paso a una mayor variabilidad de las formas de convivencia y a una flexibilización de las biografías familiares, sin que esto haya supuesto una renuncia a la vida en pareja; un nuevo pacto conyugal, que implica la búsqueda del consenso en las decisiones conyugales con un mayor respeto hacia los derechos y aspiraciones individuales, donde la mujer alcanza un mayor peso en el proceso de toma de decisiones y de responsabilidades familiares, mientras que el hombre se va incorporando lentamente a las tareas de cuidado doméstico y familiar; un incremento del divorcio, resultado de su legitimación como salida de un proyecto que no satisface; y una disociación entre sexualidad, matrimonio y procreación, que pretende que no vayan necesariamente unidos. Ahora, la intimidad en la esfera de la familia se fundamenta en la pura relación: las relaciones familiares ya no vienen necesariamente prefiguradas por la existencia de unos lazos de sangre o afinidad y quieren convertirse en fruto de una decisión personal de los directamente implicados que pueden estructurarla de acuerdo con sus circunstancias particulares o sus deseos.

En ambas corrientes, la construcción activa de la identidad y la individualización de la sociedad aparecen como elementos claves para la comprensión de la nueva realidad que vivimos. Sin embargo, la forma de entender ambos procesos difiere entre unos y otros.

3. La 'desinstitucionalización de la familia', objeto de contestación

Con todo, no podemos olvidar que, en medio de los cambios, permanece lo que Bourdieu denomina “el espíritu de la familia” o “sentimiento familiar” que entra dentro de ese *habitus*, que es aprehendido de forma intuitiva y semiinconsciente desde la más tierna infancia, mediante la experiencia práctica, en la interacción con nuestra familia. El espíritu de la familia actúa como un “principio de cohesión, de adhesión vital al grupo familiar”, convirtiendo a los miembros en “integrantes” de una unidad, mediante una identidad grupal, que es construida y reconstruida en la interacción cotidiana. La identificación con “nuestra familia” nos orienta a actuar para el grupo a través del sentimiento familiar contribuyendo, a través de las prácticas que genera, a su reproducción social -integrando a los individuos en familias- y simbólica -transmitiendo el ideal de familia-. En otras palabras, la familia contribuye a configurar la identidad de los individuos como grupo, orientando sus conductas, y proporcionando un modelo de evaluación y justificación del comportamiento social. Desde esta perspectiva, la tesis de la desinstitucionalización de la familia parece más cuestionable: es cierto que asistimos a la disolución de las normas rígidas y estables que tradicionalmente regulaban el comportamiento familiar, pero también perviven una serie de valores que condicionan el comportamiento de sus miembros.

4. ¿Una ‘familia incierta’?

Como vemos, hoy coexisten una pluralidad de formas de convivencia familiar. Por esto precisamente Roussel habla de la ‘familia incierta’. La familia en la actualidad se ve muy afectada por los procesos de desinstitucionalización y privatización que dan origen a lo que podríamos denominar cuatro modelos de matrimonio y, en consecuencia, de familia:

En el *matrimonio ‘tradicional’*, la unión de los esposos se reconoce como indisoluble. Y se da gran importancia a lo económico, característico de las sociedades patriarcales.

En el *matrimonio de ‘alianza’*, adquiere gran relevancia el tema de la felicidad. El matrimonio no es un contrato, sino una institución que implica que la sociedad puede imponer a los cónyuges unos derechos y unas obligaciones. Este modelo es propio de las sociedades industriales. Se permite el divorcio, pero es mal visto socialmente el que se divorcia.

El llamado *matrimonio de ‘fusión’* se basa en la solidaridad afectiva. Este matrimonio de carácter civil ha perdido gran peso institucional, al considerarse una especie de contrato basado en el amor de los cónyuges y que, por tanto, se puede romper si desaparece el amor. El divorcio es aceptado y no se sanciona.

El así llamado *matrimonio de ‘razón’*, huye de toda exaltación amorosa y se fundamenta en la mera cohabitación y en el valor de la independencia de cada miembro de la pareja. Es reconocido socialmente como una unión estable y consolidada, que puede quebrarse en virtud de las partes, si esa unión no les satisface.

Con el debilitamiento de la normatividad estamos llegando a una sociedad ingenuamente tolerante, sin normas, que acepta la coexistencia de varios tipos de organización social y de conductas culturales, que dejan la vida matrimonial y familiar arrinconada en lo que pertenece a la intimidad de los individuos.

a) ¿Decadencia de la familia o redefinición en profundidad?

Ante este panorama, hay quien proclama la crisis y la decadencia de la familia, que puede llevar incluso a su desaparición y, por otra parte, hay quienes entienden que la familia está en un momento de transición, que supone una redefinición en profundidad de la misma.

Desde el Foro Español de la Familia aseguran que no existen nuevas formas de familia. “Lo que es nuevo -asegura Benigno Blanco- es el prejuicio ideológico de valorar como igualmente valiosas todas las formas de organizar la vida afectiva y sexual. La humanidad siempre ha sabido que hay personas que intentan hacer

familia y otras que no; pero siempre, hasta nuestros días, ha sabido distinguir que los primeros aportan mucho a la sociedad y los segundos no. Por eso siempre se ha protegido a quienes hacen familia como de alto interés social”. “Lo que incide negativamente en la familia -continúa asegurando B. Blanco- es la legislación y la mentalidad que reducen la familia a afecto y sexo, equiparando todas las formas de afectividad a la familia, desconociendo que la familia es esencialmente apertura a la vida, es decir, ‘chico-chica-niño’”.

Precisamente, en estas sociedades en cambio, con ciclos vitales inciertos, es donde los sujetos necesitan encontrar identidades que les proporcionen seguridad y confianza, como ocurre en la familia. La familia proporciona un sentimiento de permanencia y seguridad, que contrasta con el sentido de cambio y transitoriedad característicos de las instituciones en las que nos vemos abocados a movernos en las sociedades modernas. La familia constituye un espacio de identidad que, en un entorno de desorientación, refuerza su papel simbólico como fuente de estabilidad emocional y de creación de la identidad.

“Las crisis y dificultades sociales, económicas y demográficas de las últimas décadas han hecho redescubrir que la familia representa un valiosísimo potencial para el amortiguamiento de los efectos dramáticos de los problemas como el paro, las enfermedades, la vivienda, las drogodependencias o la marginalidad. La familia es considerada hoy como el primer núcleo de solidaridad dentro de la sociedad, siendo mucho más que una unidad jurídica, social y económica es, ante todo, una comunidad de amor y de solidaridad”.

b) La desinstitucionalización desde la historia de la familia

La historia de la familia permite ver que Occidente siempre se ha caracterizado por la diversidad de sistemas familiares. Salustiano del Campo ha advertido que algunas de las formas que hoy analizamos como nuevas, ya estaban presentes en las sociedades tradicionales, resultando novedosas sólo en lo que respecta a su mayor incidencia, derivada de su aceptación social. En esta línea, podríamos pensar que el debilitamiento de las reglas de comportamiento a la que aluden los teóricos de la “modernidad reflexiva” implica que se acepten, potenciándose, la extensión de formas que, aunque ya se encontraban en las sociedades tradicionales, sin embargo, no alcanzaban la legitimidad de la correspondiente “familia tradicional”: uniones de hecho, familias monoparentales, madres solteras, relaciones sexuales extramatrimoniales, etcétera.

El profesor Del Campo -de obligada referencia en el estudio de la familia en España- sostiene también que, lo que muchos autores se empeñan en interpretar como alternativas a la familia, lo son únicamente al matrimonio: es el caso de la cohabitación o uniones consensuadas o los hogares solitarios y las familias monoparentales que resultan después del divorcio, y que, en realidad, constituyen

derivaciones o prolongaciones de la familia nuclear que forman parte de un ciclo vital de la familia cada vez más complejo. En una línea claramente continuista a la que ya hemos hecho referencia anteriormente, este sociólogo defiende la centralidad de la familia conyugal como el tipo básico e ideal de familia, a partir del cual se forman todos los otros tipos de familia.

Como conclusión de esta interpretación de los procesos de cambio y continuidad que experimenta la familia, se puede descubrir un proceso de individualización que deriva, en un primer momento, en una privatización de la vida familiar, y posteriormente favorece la individualización de la vida en el hogar. Lo cual no significa que la familia vaya a desaparecer: en las sociedades actuales la familia continúa siendo un referente fundamental, pero no normativo, como forma de convivencia de los individuos en las sociedades avanzadas.

B. Continuidades y rupturas en el proceso de modernización familiar

En el proceso de modernización que ha dejado sentir hondamente sus efectos en la familia, advertimos transformaciones, pero también continuidades que no pueden ser preteridas a la hora de comprender la realidad de la familia en la actualidad. Nos desenvolvemos ahora en el nivel preferentemente sociológico.

La llamada “*primera revolución familiar*” se asocia a una privatización de la vida familiar: la familia se va replegando sobre sí misma, centrándose en aspectos emotivos y psicológicos, que los sociólogos funcionalistas señalaron como las principales funciones en las que se especializa la familia moderna. La separación de la residencia familiar del espacio del trabajo -y el consiguiente incremento de la intimidad familiar-, la emergencia del amor como base del matrimonio, el afecto y familiaridad en el trato entre padres e hijos, etc..., son algunas de las manifestaciones más evidentes de esa transformación paulatina del ámbito familiar. El avance del Estado de bienestar, el desarrollo de los planes de pensiones para los trabajadores, la extensión de los trabajadores asalariados, favorecen este proceso de cambio familiar extendiéndolo al conjunto de la población. La desvinculación relativa de las redes de parentesco, asociada al trabajo por un salario, fomentará la aparición de la llamada ‘familia nuclear’ donde la convivencia se reduce a padres e hijos y va desapareciendo la convivencia multigeneracional. Estas profundas transformaciones en la familia se harán evidentes para los sociólogos de mediados del siglo XX.

El proceso de modernización continúa en las sociedades de bienestar con la llamada “*segunda revolución familiar*”, en la que se impone la privatización de la vida cotidiana de los individuos. Los síntomas más evidentes de este nuevo avance del proceso de cambio radical de la familia son la diversificación de las formas de convivencia, y el paso de la familia patriarcal a la llamada familia simétrica. El resultado es una mayor libertad individual en la conformación de los proyectos de

vida y en la organización de la vida en pareja y familiar. Se alude a una decadencia del carácter institucional de la familia, con la desaparición de normas codificadas que regulan el comportamiento y organización familiar. Se habla de una redefinición de la familia, en tanto que aparecen desviaciones susceptibles de ser reinterpretadas como portadoras de nuevas normas, lo que supondría una ampliación del abanico de conductas permisibles, y una creciente diversidad institucional. En cualquier caso, el momento actual se revela como un periodo en el que el desvanecimiento de las normas rígidas que regían la familia tradicional potencia la coexistencia de diversos tipos de organización y comportamientos familiares.

Bourdieu, como hemos visto, hace hincapié en que se mantienen una serie de valores asociados a la familia -"el espíritu de la familia"-, que continúa condicionando los comportamientos familiares, y que deriva en ciertas expectativas recíprocas en relación a la posición que se ocupa en la familia: así, por ejemplo, los padres son los responsables del cuidado de los hijos y, aunque la familia comparte con otras instituciones la preparación de los hijos para su inserción en la vida adulta, los primeros siguen cumpliendo un importante papel en la socialización de los niños.

La flexibilización normativa y el igualitarismo familiar hacen que las relaciones familiares se desarrollen en un clima de diálogo -las esposas dialogan con sus maridos, los hijos dialogan con sus padres-, y esto favorece la visibilidad del conflicto entre los valores individuales de sus miembros y los valores de solidaridad familiar. Este conflicto se agudiza especialmente durante la adolescencia de los hijos, cuando éstos se están preparando psicológicamente para formar su propio proyecto de vida, independientemente de sus padres. Esta nueva realidad social nos lleva a ver la familia cada vez más, no sólo desde la perspectiva de la unidad del sistema familiar, sino también como un grupo de individuos en interacción, que despliegan los recursos disponibles para defender sus intereses particulares, teniendo en cuenta la posición que según sexo y edad ocupan en la familia y en los diferentes subsistemas de relaciones que la conforman: relaciones conyugales, paterno-filiales o fraternales.

En este proceso de transformación familiar que se inicia en la segunda mitad del siglo XX, la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral aparece como un factor esencial de cambio. El acceso de la mujer al mundo público del trabajo así como su permanencia en el sistema educativo llevará a las mujeres no sólo a reclamar un mayor protagonismo en la esfera pública, sino también a cuestionar las desigualdades que perviven en el interior de la familia. La primera en demandar una posición de igualdad con el hombre será la mujer trabajadora, pero posteriormente, esta reclamación se irá extendiendo al conjunto de las mujeres. Lentamente, el ideal de familia democrática se extiende al conjunto de la sociedad, donde el valor de la democracia ha alcanzado un alto valor. Sin embargo, la integración de la mujer en el mundo público introduce importantes vías de conflicto familiar, como consecuencia del choque de viejos y nuevos valores. Con la extensión de la presencia femenina en la esfera laboral, las formas de organización familiar se verán crecientemente

costreñidas por la intromisión del mundo público en el mundo privado de la familia, con “la creciente influencia de la ley y el mercado en este ámbito” (Flaquer). En el modelo de familia simétrica, en el que ambos cónyuges trabajan tanto dentro como fuera del hogar, se observa cada vez más una interpenetración entre el mundo público y privado, resultando más difícil reconciliar ambas esferas, y dificultándose a su vez el acoplamiento. La influencia del mundo público en la esfera privada se configura como una tendencia contraria al proceso de privatización, que viene caracterizando la modernización de la familia.

II. Repercusiones del proceso de ‘desinstitucionalización’ en la pastoral familiar

Hemos de partir manifestando el interés de la Iglesia por la familia, sobre todo cuando atraviesa momentos difíciles. El beato Juan Pablo II lo expresaba muy bien cuando escribía: “La familia es la célula fundamental de la sociedad, cuna de la vida y del amor en la que el hombre nace y crece. Se ha de reservar a esta comunidad una solicitud privilegiada sobre todo cada vez que el egoísmo humano, las campañas antinatalistas, las políticas totalitarias y también las situaciones de pobreza y miseria física, cultural y moral, además de la mentalidad hedonista y consumista, hacen cegar las fuentes de la vida, mientras las ideologías y los diversos sistemas, junto a las formas de desinterés y desamor, atentan contra la función educativa propia de la familia”.

Ni siquiera ante una situación como ésta, la pastoral de la Iglesia respecto a la familia puede renunciar al anuncio de la grandeza y belleza del amor humano, del matrimonio y de la familia. Las familias cristianas no esperan de la Iglesia soluciones técnicas, económicas o políticas a los numerosos problemas que padecen. Lo que ellas esperan de la Iglesia y, en concreto de sus Pastores, es una palabra portadora de vida y esperanza, que no es otra que la palabra de Jesús. La Iglesia está llamada a proclamar el ‘evangelio de la familia’. “El primer servicio de la Iglesia a los esposos cristianos, proclamaba el Papa de la familia, es invitarlos y acompañarlos a redescubrir, con sorpresa gozosa y grata, el sacramento grande (Ef. 5,32), el [don] que les ha sido hecho por el Espíritu de Jesús muerto y resucitado”.

El mensaje que trasmite la Iglesia a las familias debería rebosar ánimos, comprensión, estímulo, aliento. Debería ser más positivo y articularse en servicios cercanos que presten apoyo ante las dificultades cotidianas. Hay que promover espacios donde las familias puedan rezar unidas, compartir experiencias, etc...

Está todavía lejos de llevarse a la práctica en muchos ambientes el principio de que la pastoral familiar no es un sector de la pastoral, sino que se trata de una dimensión que atraviesa toda la pastoral de la Iglesia tanto en sus contenidos como en sus modos de evangelización.

A la hora de describir las repercusiones de la desinstitucionalización de la familia en la pastoral familiar vamos a detenernos, para hacerlo un poco ordenadamente: 1º) en las repercusiones en el modo de entender el amor conyugal y la preparación al matrimonio; 2º) en las repercusiones en el modo de entender el matrimonio y, especialmente su sacramentalidad e indisolubilidad y 3º) en las repercusiones en el modo de plantear la procreación y la convivencia familiar.

1. Repercusiones en el modo de entender el amor conyugal y la preparación al matrimonio

En la actualidad los jóvenes que se preparan para celebrar el matrimonio cristiano tienen cada vez más edad, debido a la incertidumbre económica y a la inestabilidad laboral. No es nada raro encontrarse con parejas casadas por lo civil o, lo que es más frecuente aún, con una convivencia previa. Los novios entienden muchas veces el amor como algo puramente emotivo e instantáneo, que no concierne a toda la persona en su realidad profunda, y, en lo que ahora más nos interesa, al margen de toda institución. Pero el verdadero amor humano no es simplemente emotividad, sino también capacidad de entregarse totalmente a otra persona. El amor es sentimiento y es, a la vez, decisión de la voluntad. Esta decisión integra los afectos y los encauza en una elección de vida, capaz de construir el proyecto de vida en común. La fragilidad que afecta al amor es típica de nuestra sociedad individualista. Vivimos en una sociedad donde las personas están dominadas por una emotividad que las desborda o que reprime, pero que desde luego no saben integrar. Es necesaria, pues, una buena educación en el amor.

Sin percibir y vivir la dimensión trascendente del sacramento es difícil que sobreviva el matrimonio cristiano. Si no se tienen raíces profundas, pronto los vientos se llevan el enamoramiento inicial, casi siempre efímero. Hace falta madurez, un genuino deseo de entrega y de responsabilidad hacia el otro y con el otro, donde deberes y derechos se conjuguen convenientemente y con un sentido de trascendencia del matrimonio como camino de salvación y santificación para afrontar las vicisitudes del matrimonio y de la familia. Tirar la toalla, por más que sea una tentación que siempre acecha, no es una alternativa; siempre hay que poner por delante la decisión de ir hacia el otro, de no pensar exclusivamente en uno mismo. No hay que quedarse sólo con la imagen idílica e irreal del amor. El amor implica compromiso, sacrificio... Hay momentos de oscuridad. El amor es un acto de fidelidad que requiere ser custodiado también cuando es más difícil. Pero, al final de todo esto, se encuentra algo muy grande, muy bello. El amor verdadero, el amor de un matrimonio cristiano, no es tanto el de los primeros momentos, sino aquel que se verifica al final de una vida. El amor no se agota en el momento inicial. El amor es lo que se construye y crece donando toda la vida y habiendo visto los frutos del sacrificio de la fidelidad.

La privatización del amor, separándolo de la sexualidad, invade prácticamente todo Occidente. En esta privatización, no se cree posible que haya una libertad que pueda albergar la vida familiar como centro. En este sentido, nace también la ideología individualista que va contra la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, la familia fiel, la familia abierta a la generación de los hijos, que vela por la educación y la formación de la persona. Se trata, sobre todo, de un hecho cultural. Es necesario, pues, restablecer el sistema educativo, la misión específica de las familias, de la Iglesia, de las comunidades... Que puedan formar a las personas por este camino y después exigir, como es justo, que el Estado respete este camino y la verdad del hombre.

Los novios que se preparan al matrimonio en las parroquias o arciprestazgos suelen llegar con una idea preconcebida de la Iglesia, muy parcial y sesgada, aunque frecuentemente terminan reconociendo que son más creyentes de lo que pensaban. Hoy se dan dentro de la Iglesia muchas posibilidades de preparación al matrimonio: encuentros diarios o semanales, cursos intensivos de fin de semana y hasta cursos por correspondencia. En general, los que participan en estas modalidades de preparación al matrimonio las valoran positivamente: porque les han servido para plantearse cuestiones importantes, para compartir criterios con otras parejas. La mayoría se sorprenden y disfrutan de la oportunidad que se les ofrece de interioridad, reflexión y espiritualidad, manifestando que han oído algo que nadie les había contado. Pero la realidad es que pocos, muy pocos, acaban participando en la vida comunitaria de la Iglesia. Falla estrepitosamente el acompañamiento posterior a la boda. También es verdad que algunas parejas que optan hoy por el matrimonio católico saben muy bien lo que hacen, lo que implica y lo que significa. En general se lo piensan mucho. Se puede afirmar que lo que se ha perdido en cantidad se ha ganado en calidad.

En definitiva, no podemos hacer del sacramento del matrimonio un 'ghetto' para selectos, pero tampoco un paso intrascendente en la vida de los cristianos. Más que insistir en los contenidos, se ha de crear un clima de acogida donde se puedan compartir vivencias, insertando todo en un contexto de evangelización y, cada vez más, de primer anuncio.

2. Repercusiones en el modo de entender el matrimonio y, especialmente, su sacramentalidad e indisolubilidad

Para comprender de algún modo la sacramentalidad del matrimonio es necesario partir de lo más profundo de la experiencia humana y cristiana. El amor humano es siempre una respuesta a un amor que precede. En el ámbito de la fe hay que partir de la realidad del amor de Dios, que nos ha encontrado y que nos ha enseñado a amar. El amor conyugal es una respuesta al amor del Creador, que precede y acompaña. Cuando un hombre y una mujer se encuentran y se enamoran, sienten la necesidad de agradecer. ¿A quién? Agradecer a aquel Amor originario que nos acompaña y nos

hace esperar algo grande en la vida. Para el cristiano, este Amor originario se encarna en la persona de Jesucristo. Cristo nos ha revelado el amor de Dios y lo hace permanentemente presente en los sacramentos de la Iglesia. Cuando se vive en la intimidad con el amor de Cristo, se comprende que también el amor humano es parte de un camino que esposa en el amor de Dios. Y este es precisamente el camino de la santidad. El camino en el que la caridad se nos da con la humildad de Cristo. En el fondo es el sustento que permite también que florezca el amor esponsal. De modo que, el camino de los esposos se convierte verdaderamente en un camino de santidad.

Es importante valorar el quererse, el 'te quiero', de los novios. Esa voluntad de querer al otro fundamenta el sentido profundo del sacramento que subraya que el amor conyugal es imagen del amor de Dios y de la entrega hasta el extremo de Jesucristo. Por eso la Iglesia lo bendice y la comunidad de creyentes lo apoya. ¿Por qué se casa la gente por la Iglesia? Por la esperanza de que el amor primero pueda perdurar durante toda la vida, porque algunos han ido madurando su compromiso cristiano y quieren celebrar el paso de formar una familia ante Dios y ante la comunidad cristiana, porque han ido aprendiendo de antemano a compartir proyectos y vida.

La permanencia en la unión matrimonial no va con el mundo de hoy, obsesionado por el cambio y seducido por lo novedoso. Todo envejece rápidamente. Cada vez más pronto hay que cambiar de coche, de ordenador o de teléfono móvil... Pero cuando encontramos a alguien que vemos que es la persona de nuestra vida la preocupación es no perderla jamás. Lo más novedoso no es cambiar y cambiar, sino profundizar en la belleza de quien nos ha cautivado de un modo tan singular. La permanencia en el amor matrimonial cura la volubilidad y el desasosiego que busca la evasión por encima de todo. Ninguna fragilidad humana o cultural logrará quitar al amor humano su predisposición al 'para siempre'. La fidelidad entre el hombre y la mujer no es una fijación anacrónica de los cristianos, sino que es un ingrediente del mismo amor. "Donde hay una infidelidad, advierte H. U. Von Baltasar, no había amor alguno. Donde hay fidelidad puede que no haya amor. El corazón puede decir: "Aunque no puedo amarte, al menos quiero serte fiel". Pero el vínculo de la fidelidad lleva siempre al amor o, al menos, contiene en su fondo, de forma inconsciente para el corazón y para el sentimiento, el lazo de amor que es anudado más allá del tiempo".

Los jóvenes tienen miedo a comprometerse en el matrimonio para toda la vida. El "miedo" hace que el compromiso de por vida se vea como un gran ideal, pero, dada la propia debilidad, se encuentran incapaces de comprometerse y de arriesgar la propia libertad por un proyecto que parece demasiado grande. Es preciso reencontrar el valor para esta grandeza. Hay que devolver a la libertad todas las dimensiones de la esperanza de toda persona que comienza el camino del amor. Un joven cuando empieza a amar a una chica, la quiere amar para siempre y la quiere amar, construyendo algo en la vida. No se resigna a una experiencia corta o de pocos días,

sin ninguna perspectiva en el futuro. Quiere un amor para toda la vida. Esto precisa un camino que, a menudo, en nuestra sociedad no es fácil de recorrer, pero que es posible.

El matrimonio se revela como el precioso “ámbito que engloba y supera todos los deseos de evasión del individuo, cuando es esa relación indisoluble que evita inexorablemente las tendencias desintegradoras de la existencia y obliga a los vacilantes a trascenderse a sí mismos, en el amor auténtico. En la promesa matrimonial, los esposos no confían su fidelidad a sí mismos, a las arenas movedizas de su libertad, sino a la forma que, elegida, los elige. Por ella se deciden en un acto de toda su persona, que se entrega no sólo al tú querido, a la ley biológica de la fecundidad y de la familia, sino a una forma con la que se identifican en lo más íntimo de su personalidad, de suerte que, partiendo de las raíces biológicas, penetre todos los estratos del ser y llegue a alcanzar las alturas de la gracia y del Espíritu Santo”.

Se observa hoy en los jóvenes una especie de alergia a proyectar sus vidas a largo plazo y, por tanto, la unión para toda la vida que defiende la Iglesia choca frontalmente con sus esquemas mentales. Vivimos en la sociedad de la inmediatez, la fugacidad y la rapidez. El índice de nupcialidad ha bajado notablemente desde que vivimos en una sociedad secularizada donde abunda la increencia. En consecuencia también ha descendido notablemente el matrimonio canónico. Las estadísticas dicen que 6 de cada 10 matrimonios son civiles y sólo 4 de cada 10 matrimonios que se contraen en España lo hacen por la Iglesia. En poco más de una década, la situación ha dado un vuelco radical. ¿Se debe sólo a que la familia ha dejado de ejercer presiones en los que se casan? ¿O influye el miedo al futuro en medio de una situación económica marcada por la incertidumbre? ¿Se trata más bien del reflejo de una sociedad que huye del compromiso? ¿Cómo afrontar este reto desde la Iglesia?

Por otra parte, es un fenómeno frecuente que, al poco tiempo de haberse casado, muchas parejas rompen su convivencia ante las primeras dificultades. El contexto social ha pasado de impulsar a veces demasiado fuertemente a mantener la convivencia matrimonial a la situación diametralmente opuesta de facilitar la ruptura matrimonial. Es urgente, pues, transmitir a los novios y a los matrimonios jóvenes que el amor, además de un sentimiento, es en sí una decisión que hay que reforzar día a día. No se puede concebir la relación hombre y mujer en el matrimonio de una manera intimista y emotiva; el vínculo matrimonial no es algo privado entre dos, dejado absolutamente a sus decisiones. Defender la relación de pareja sin permitir ninguna ingerencia de fuera es debilitarla. Un amor matrimonial que no se hace público resulta precario e inseguro y, por tanto, inmaduro. Prolongar en la edad adulta el secreto adolescente de los primeros enamoramientos es frenar de modo alarmante la maduración de la relación afectiva entre hombre y mujer. El camino del amor necesita una maduración. Ahora bien, no es simplemente una maduración de cada individuo, sino de la relación de pareja: novio y novia, marido y mujer... Esto implica el crecimiento de ciertas disposiciones interiores. Tenemos delante el reto

de redescubrir el atractivo de las virtudes. La virtud siempre ha estado ligada a una belleza intuita. De la maduración interior de una persona depende que se plasme a sí misma y se vuelva capaz de tareas grandes en la vida, no simplemente de cosas mediocres. El camino del amor es necesariamente un camino de virtud.

Por su especial valor como resumen de la problemática actual, transcribo esta larga cita de Benedicto XVI: “La cultura contemporánea, marcada por un acentuado subjetivismo y relativismo ético y religioso, pone a la persona y a la familia frente a urgentes desafíos. En primer lugar, ante la cuestión sobre la capacidad misma del ser humano de vincularse, y si un vínculo que dure para toda la vida es verdaderamente posible y corresponde a la naturaleza del hombre, o, más bien, no es en cambio contrario a su libertad y autorrealización. Forma parte de una mentalidad difundida, en efecto, pensar que la persona llega a ser tal permaneciendo ‘autónoma’ y entrando en contacto con el otro solo mediante relaciones que se pueden interrumpir en cualquier momento. A nadie se le escapa cómo, en la elección del ser humano de ligarse con un vínculo que dure toda la vida, influye la perspectiva de base de cada uno, dependiendo de que esté anclada a un plano meramente humano o de que se entreabra a la luz de la fe en el Señor. Solo abriéndose a la verdad de Dios, de hecho, es posible comprender, y realizar en la concreción de la vida también conyugal y familiar, la verdad del hombre como su hijo, regenerado por el Bautismo. «El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5): así enseñaba Jesús a sus discípulos, recordándoles la sustancial incapacidad del ser humano de llevar a cabo por sí solo lo que es necesario para la consecución del verdadero bien. El rechazo de la propuesta divina, en efecto, conduce a un desequilibrio profundo en todas las relaciones humanas, incluida la matrimonial, y facilita una comprensión errada de la libertad y de la autorrealización, que, unida a la fuga ante la paciente tolerancia del sufrimiento, condena al hombre a encerrarse en su egoísmo y egocentrismo. Al contrario, la acogida de la fe hace al hombre capaz del don de sí, y sólo «abriéndose al otro, a los otros, a los hijos, a la familia; solo dejándose plasmar en el sufrimiento, descubre la amplitud de ser persona humana”. La fe en Dios, sostenida por la gracia divina, es por lo tanto un elemento muy importante para vivir la entrega mutua y la fidelidad conyugal. No se pretende afirmar con ello que la fidelidad, como las otras propiedades, no sean posibles en el matrimonio natural, contraído entre no bautizados. Este, en efecto, no está privado de los bienes «que provienen de Dios Creador y se introducen de modo incoativo en el amor esponsal que une a Cristo y a la Iglesia». Pero ciertamente, cerrarse a Dios o rechazar la dimensión sagrada de la unión conyugal y de su valor en el orden de la gracia hace ardua la encarnación concreta del modelo altísimo de matrimonio concebido por la Iglesia según el plan de Dios, pudiendo llegar a minar la validez misma del pacto en caso de que, como asume la consolidada jurisprudencia de este Tribunal, se traduzca en un rechazo de principio de la propia obligación conyugal de fidelidad o de los otros elementos o propiedades esenciales del matrimonio.

Tertuliano, en la célebre *Carta a la esposa*, hablando de la vida conyugal caracterizada por la fe, escribe que los cónyuges cristianos «son verdaderamente dos en una sola carne, y donde la carne es única, único es el espíritu. Juntos oran, juntos se postran y juntos ayunan; el uno instruye al otro, el uno honra al otro, el uno sostiene al otro» (*Ad uxorem libri duo*, II, IX: PL 1, 1415b-1417a). En términos similares se expresa san Clemente Alejandrino: «Si para ambos uno solo es Dios, entonces para ambos uno solo es el Pedagogo —Cristo—, una es la Iglesia, una la sabiduría, uno el pudor, en común tenemos el alimento, el matrimonio nos une... Y si común es la vida, común es también la gracia, la salvación, la virtud, la moral» (*Pædagogus*, I, IV, 10.1: p. 8, 259b). Los santos que vivieron la unión matrimonial y familiar en la perspectiva cristiana, consiguieron superar hasta las situaciones más adversas, logrando entonces la santificación del cónyuge y de los hijos con un amor fortalecido siempre por una sólida confianza en Dios, por una sincera piedad religiosa y por una intensa vida sacramental.

Justamente estas experiencias, caracterizadas por la fe, permiten comprender cómo, todavía hoy, es precioso el sacrificio ofrecido por el cónyuge abandonado o que haya sufrido el divorcio, si —reconociendo la indisolubilidad del vínculo matrimonial válido— consigue no dejarse «involucrar en una nueva unión... En tal caso su ejemplo de fidelidad y de coherencia cristiana asume un particular valor de testimonio ante el mundo y la Iglesia» (Juan Pablo II, *FC* 83)”

El papa Francisco insiste, sobre todo a los jóvenes, en no dejarse atrapar por la cultura de lo provisional y embarcarse en opciones definitivas. Esto es ser revolucionarios y caminar contracorriente. En Brasil les decía: “Dios nos llama a todos a la santidad, a vivir su vida, pero tiene un camino para cada uno. Algunos son llamados a santificarse construyendo una familia mediante el sacramento del Matrimonio. Hay quien dice que hoy el matrimonio está pasado de moda. ¿Está pasado de moda? No. En la cultura de lo provisional, de lo relativo, muchos predicán que lo importante es disfrutar el momento, que no vale la pena comprometerse para toda la vida, hacer opciones definitivas, para siempre, porque no se sabe lo que pasará mañana. Yo en cambio os pido que seáis revolucionarios, os pido que vayáis contracorriente: sí, en esto os pido que os rebeléis contra esta cultura de lo provisional, que, en el fondo, cree que vosotros no sois capaces de asumir responsabilidades, cree que vosotros no sois capaces de amar verdaderamente. Yo tengo confianza en vosotros, jóvenes, y pido por vosotros. Atreveos a ir contracorriente. Y atreveos a ser felices”.

3. Repercusiones en el modo de plantear la procreación y la convivencia familiar

En una cultura como la nuestra que padece el llamado ‘eclipse de la paternidad’, la Iglesia está llamada a poner de relieve el valor de la paternidad y de la maternidad.

Es difícil encontrar un rechazo de la figura del padre en la vida de la persona como el que hace Jean Paul Sartre: “No existen padres buenos, es la norma; no acusemos a los hombres, sino al vínculo de paternidad que está podrido. No hay nada mejor que “hacer” hijos; en cambio, ¡qué iniquidad “tenerlos”! Si hubiese vivido mi padre se habría impuesto en mi vida y me habría aplastado. Afortunadamente ha muerto joven”.

Sin embargo, como recuerda el cardenal A. Scola, “la experiencia humana elemental muestra que ser hijo, es decir, ser originado, es uno de los contenidos originales de la autoconciencia del yo. El hombre no puede concebirse fuera de un tejido de relaciones originarias que, de hecho, se identifican con la familia, la cual, a su vez, es la célula del pueblo–sociedad. No considerar este dato constituye siempre una violencia, porque contradice la misma naturaleza humana pero, como hemos dicho antes, la filiación no conlleva sólo el hecho de ser originado, sino, sobre todo, el hecho de ser originado como otro, es decir, en cuanto persona libre y singular, distinta respecto a los mismos padres. En extrema síntesis, por tanto, podríamos decir que el contenido de ser hijo se muestra en la experiencia personal de una libertad donada (en relación con el origen). En la relación con el padre y con la madre, el hijo aprende la consistencia de su identidad personal porque es introducido en la aventura del encuentro entre su propia libertad y la realidad distinta de sí”.

Vivir el nacimiento del hijo es experimentar la fecundidad del amor. Cuando un matrimonio no puede biológicamente tener hijos lo considera, por lo general, como una desgracia grande y busca por todos los medios tener el hijo deseado, incluida la adopción. “Engendrar un hijo, experimentar que el amor da fruto, puede ser para el hombre y para la mujer la confirmación más normal de esa característica del amor que llevó ya a los antiguos a definirlo como ‘diffusivus sui’. En efecto, aunque la procreación pueda darse sin una oblación consciente o incluso pueda ser el resultado no deseado de la unión sexual, ella no pierde su capacidad objetiva de indicar en la fecundidad del amor la realización plena de la reciprocidad asimétrica constitutiva de la sexualidad humana”.

Por otra parte: “¿Qué se pierde al perder al padre?, se ha preguntado el papa Francisco. Es imposible responder a esta pregunta sin reconocer ante todo, que existe un lazo indisoluble entre paternidad y libertad. Por tanto, al golpear a uno se golpea necesariamente al otro. Oscurecer la presencia del padre hasta el punto de negarla significa, para el hijo, renegar de su propio origen, desfigurando profundamente la percepción de la realidad y, en último término, extinguiendo la energía del deseo (primer plano de la libertad) que es despertado por la realidad misma. Pero perder la memoria del propio origen significa también bloquear el camino y el sentido del propio destino. Allí donde debería darse el cotidiano intercambio de amor en el que el padre transmite al hijo una visión de la vida y el hijo elige (segundo plano de la libertad) porque es capaz de juzgar, encontramos, en cambio, la incertidumbre y la ausencia. Y resulta inalcanzable el destino, la

realización plena de sí mismo (tercer plano de la libertad). Ésta es la razón por la que la enfermedad de la libertad y la ausencia de paternidad siguen el mismo camino. Si el sujeto humano no se concibe como ‘recibido de’ y ‘orientado a’, su libertad, se desorienta y se desvanece. Para ser padres es preciso seguir teniendo hijos.

El ‘deseo de la paternidad’ está inscrito en las fibras más profundas de un hombre. Cuando un hombre no tiene esta voluntad, algo falta en este hombre. Algo no funciona. Todos nosotros, para ser, para ser plenos, para ser maduros, debemos sentir la alegría de la paternidad. La paternidad es dar vida a los demás, dar vida, dar vida... “.

Dentro de este apartado en que comentamos la repercusión de la desinstitucionalización de la familia en la convivencia familiar hemos de prestar especial atención a las uniones de hecho porque proliferan cada vez más. La cohabitación no es un fenómeno novedoso en cuanto a su existencia pero sí por su amplitud cuantitativa y por su significado cultural. Se trata de consorcios sexuales no institucionalizados y es difícil señalar los contornos de su estructura. F. Gazzoni ha propugnado denominar a este tipo de convivencia ‘familia de hecho’ que reuniría estas características:

En primer lugar es necesario que exista, como *elemento objetivo*, una convivencia ‘a modo de matrimonio’ de un hombre y una mujer. Convivencia en la que debe estar ausente cualquier formalización, debe ser singular y debe tener una cierta continuidad, una seriedad y un comportamiento tendencialmente fiel. En segundo lugar debe existir un *elemento subjetivo*: la ‘*affectio*’ entre ambas personas. En tercer lugar, una cierta estabilidad o duración que la distingue de las relaciones sexuales pasajeras o intermitentes.

Lo que subyace en este tipo de uniones es una actitud individualista frente a toda constricción privada o pública. Se quiere convivir en una relación de tal libertad que se pueda interrumpir en el momento que lo deseen alguno de los dos o los dos que la mantienen.

La Iglesia ha reflexionado profundamente sobre esta nueva situación y ya no habla de ‘concubinato’ sino de ‘uniones de hecho’. Pero no considera moralmente aceptables este tipo de uniones por muy serias razones: Primera, este tipo de uniones no respeta la fidelidad y perpetua unidad de la pareja humana como base y fundamento necesario de la realidad profunda de la persona humana y de su aspiración al verdadero amor. Segunda, las uniones de hecho son contrarias a la institución matrimonial natural y, por tanto, perjudiciales para el bien fundamental de las personas en cuestión y desintegradora de la misma sociedad. Para la Iglesia católica la familia está fundada sobre el matrimonio, íntima comunidad de vida y amor entre un hombre y una mujer, abierta a la transmisión de la vida. Por tanto, los que están viviendo en tales uniones no están en la plena comunión eclesial y, en consecuencia, “mientras los conviventes permanezcan en esta situación de vida no pueden recibir los sacramentos; carecen, en efecto, de la ‘conversión’ fundamental

que es necesaria para obtener la gracia del Señor”. Tampoco a nivel civil se pueden equiparar las uniones de hecho al matrimonio legítimamente contraído.

Cierto que por motivos humanos y espirituales, la Iglesia acoge con solicitud pastoral a los que viven en tales situaciones. Porque es maestra y madre a la vez. Como maestra tiene que mostrar la verdad y como madre no puede olvidar la misericordia. “Las enseñanzas de la Iglesia, ha dicho el papa Francisco, sean dogmáticas o morales, no son todas equivalentes. Una pastoral misionera no se obsesiona por transmitir de modo desestructurado un conjunto de doctrinas para imponerlas insistentemente. El anuncio misionero se concentra en lo esencial, en lo necesario, que, por otra parte es lo que más apasiona y atrae, es lo que hace arder el corazón, como a los discípulos de Emaús. Tenemos, por tanto, que encontrar un nuevo equilibrio, porque de otra manera el edificio moral de la Iglesia corre peligro de caer como un castillo de naipes, de perder la frescura y el perfume del Evangelio. La propuesta evangélica debe ser más sencilla, más profunda e irradiante. Solo de esta propuesta surgen luego las consecuencias morales”.

III. Desafíos para la Iglesia hoy

“Desafío” es una palabra que alude a experiencias humanas primordiales que implican fortaleza y valor de ánimo ante amenazas o inminencias de males graves, a los que es preciso y bueno enfrentarse con la esperanza de que puedan ser superados y vencidos. Concretamente, desafío indica la acción de *”contender, competir con uno en cosas que requieren fuerza, agilidad o destreza”*. Pues bien, las circunstancias en las que se encuentran el matrimonio y la familia hoy, lejos de llevarnos al desánimo y a la pasividad, nos han de llevar a actuar con fuerza, con agilidad y con destreza para que se conviertan en ocasiones de acercarnos más decididamente al sentido cristiano de matrimonio y de familia.

a. Respeto a la manera de comprender el ser humano

La pastoral familiar se basa en una concepción del ser humano. Esto importa mucho porque para la Iglesia la estructura de la familia no es socio-cultural, sino antropológica. Es decir, no sólo se debe a factores sociales y culturas, que pueden cambiar, sino que echa sus raíces en el mismo ser del hombre y la mujer.

En el caso del ser humano, su dignidad reside en el hecho de que es, no un qué, sino un quién, un ser único, insustituible, dotado de intimidad, de inteligencia, voluntad, libertad y capacidad de amar a los demás. Es un absoluto en sí mismo, es decir que es algo único que no se puede reducir a ningún otra cosa y además no puede intercambiarse con nada ni con nadie. Sin embargo, el ser humano es de los seres más desprotegidos al nacer, pues carece de los medios para que, por sí mismo, pueda

subsistir y desarrollarse. Es seguramente el ser vivo que ocupa mayor tiempo en llegar a satisfacer por él mismo sus necesidades vitales. Y, por tratarse de un ser con inteligencia, voluntad y libertad, no sólo es lo biológico lo que se debe cuidar, sino también proporcionarle los elementos que le permitan desarrollar su conocimiento y ejercer plenamente su libertad. Considerando lo anterior vemos que naturalmente los encargados de proporcionar tanto lo biológico para su supervivencia como los elementos educativos que le permitan desarrollar sus potencialidades son por naturaleza sus padres y esta conjunción de funciones y actores nacida de la naturaleza misma del ser humano es la familia.

De aquí la gran importancia de la familia en el proceso de “humanización”, socialización e inculturación que no solo genera seres humanos autónomos, sino que genera a la sociedad misma, pues no puede haber sociedad sin antes haber familia y para esto debe existir, anteriormente a la existencia del ser humano, la convivencia amorosa de un hombre y una mujer en lo que llamamos matrimonio.

b. Caminar hacia una valoración positiva de la institución

Muchos jóvenes se plantean las cosas así: El amor es por naturaleza una decisión libre; nadie puede obligar a amar. Ahora bien, mientras la pareja se ama, nada puede añadir la institución matrimonial. Y si el amor llega a desaparecer, ¿qué puede hacer la institución para conservarlo? Esta postura es explicable como reacción a un tratamiento casi exclusivamente jurídico del matrimonio en tiempos no muy lejanos. Pero no tiene en cuenta, al menos, dos datos relevantes: a) El amor, por libre que sea, no concierne sólo al que ama. Implica un compañero o compañera con su libertad, su espontaneidad. El amor teje un haz de relaciones que no está ya al arbitrio de uno ni de otro, que escapa a la libertad de cada uno. La institución no es una superestructura añadida al amor, sino la relación interpersonal fiel y abierta que desafía el tiempo y perdura durante generaciones. La institución no es la degradación o enfriamiento del amor sino su realización y su verificación. La institución es el fruto del amor desinteresado que establece cuna para el hijo que nacerá; es la plusvalía de la creación gratuita frente al consumo inmediatista, por amor al que se espera, por apertura al futuro. b) La institución, ciertamente, es incapaz de suplir la decisión del corazón, pero le permite enraizarse, tomar cuerpo, y le protege. Es el lugar en que el amor se realiza según su dimensión de permanencia que le permite trascender el instinto y dominar el tiempo. Lo que Lorenzo Trujillo afirma de la comunión eclesial se puede aplicar, salvado lo que hay que salvar, a la comunión matrimonial: “La comunión no institucionalizada es narcisista y se agosta. La institución que no tiene dentro el espíritu de comunión acaba siendo pura estructura y oprime. Pero la confluencia de comunión y de institución es lo que hace la Iglesia. Para que la comunión sea comunión hay que salir de una concepción de las relaciones personales como relaciones de presente, emocionales y arbitrarias; en cuanto caigamos en un presentismo de la relación, no cabe hablar de institución. La

institución es al individuo como el bosque es a la ecología. La institución es el lugar donde el individuo encuentra acomodo, refugio y puede crear. Cuando se desforesta la sociedad de instituciones, el individuo queda, no individualizado, sino aislado, solitario, no tiene historia, no tiene antes ni después, sus encuentros son coyunturales, son encuentros de vaivén, de quita y pon, no hay creatividad continuada. Lo que ha hecho la historia son las relaciones personales que mueren, que se entregan, que se anonadan, para que nazca al relación personal de verdad". Porque el hombre, en definitiva, o se instituye o se prostituye.

Hablemos concretamente del valor de la institución familiar. La doble función personalizadora y socializadora de la familia constituyen el valor indeclinable de la institución familiar. "La familia constituye el lugar natural y el instrumento más eficaz de humanización y de personalización de la sociedad: colabora de manera original y profunda en la construcción del mundo, haciendo posible una vida propiamente humana, en particular custodiando y transmitiendo las virtudes y los 'valores'. Como dice el Vaticano II, en la familia "las distintas generaciones coinciden y se ayudan mutuamente a lograr una mayor sabiduría y a armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social".

El valor personalizador de la familia nos impulsa a afirmar que la institución familiar es el ámbito adecuado para la conformación del sujeto humano. Porque propicia la integración del 'yo' plasmando la personalidad integral del ser humano. Porque abre cauces para el desarrollo de la genuina relación interpersonal mediante la cual se consigue la estabilidad afectiva. Porque inicia a las personas en la sabiduría humana que conduce hacia el humanismo. La familia "es escuela del más rico humanismo", en bella expresión del Concilio Vaticano II.

Por otra parte, el personalismo familiar únicamente alcanza su sentido pleno en la fuerza socializadora de la institución familiar. "La promoción de una auténtica y madura comunión de personas en la familia se convierte en la primera e insustituible escuela de socialidad". La institución familiar pone de manifiesto "sus energías formidables capaces de sacar al hombre del anonimato, de mantenerlo consciente de su dignidad personal, de enriquecerlo con profunda humanidad y de insertarlo con su unidad e irrepitibilidad en el tejido de la sociedad". La familia propone muchas veces un proyecto de vida que, siendo crítico con las situaciones de injusticia social, dota a sus miembros de actitudes para la transformación social y representa un ejemplo y un estímulo para implantar un sistema de relaciones sociales basado en el respeto, la justicia, el diálogo y el amor... El valor de la institución familiar surge precisamente como reacción de contraste ante las perturbaciones a que se ve sometida: "Un hecho muestra bien el vigor y la solidez de la institución matrimonial y familiar: las profundas transformaciones de la sociedad contemporánea, a pesar de las dificultades a que han dado origen, con muchísima frecuencia manifiestan, de varios modos, la verdadera naturaleza de tal institución".

c. Educar en una nueva visión de la fidelidad y de la castidad

Hablar hoy de fidelidad —afirma Gustavo Villapalos— parece una cosa anticuada, una cosa demasiado solemne y moralizadora; no está demasiado de moda, efectivamente. [...] Pero la fidelidad sigue siendo una virtud angular. Porque ¿qué haremos cuando nadie pueda confiar en nadie, nadie pueda confiar en que, cuando las cosas vengan mal, la otra persona se va a mantener a nuestro lado? Se desvirtúa el presente, porque si no hay confianza, tampoco hay una relación verdadera. Por otro lado, está ese temor a los compromisos permanentes, para toda la vida: suscita incluso pánico. La gente se ha acostumbrado a la idea del cambio, de manera que ya nada satisface.

Se confunde “fidelidad” con ‘aguante’. Aguantar significa resistir el peso de una carga, y es condición propia de muros y columnas. La fidelidad supone algo mucho más elevado: “crear en cada momento lo que uno prometió en un momento de su vida”. Para cumplir, por ello, la promesa de crear un hogar con una persona, se requiere soberanía de espíritu, capacidad de ser fiel a lo prometido aunque cambien las circunstancias y los sentimientos que uno pueda tener en una situación determinada. Para una persona fiel, lo importante no es cambiar, sino realizar en la vida el ideal de la unidad en virtud del cual decidió casarse con una persona. Pero hoy se glorifica el cambio, término que ha adquirido últimamente condición de “talisman”, y que parece albergar tal riqueza que nadie osa ponerlo en tela de juicio.

Para Alfonso López Quintás, en cambio, exige menos esfuerzo entender el matrimonio como una forma de unión que podemos disolver en un momento determinado, que como un modo de unidad que merece un respeto incondicional por parte de los mismos que han contribuido a crearla. Este tipo de realidades pertenecen a un nivel de realidad muy distinto al de los objetos. Hoy día vivimos en una sociedad utilitarista, afanosa de dominar y poseer, y tendemos a pensar que podemos ‘disponer’ arbitrariamente de todos los seres que tratamos, como si fueran meros objetos. Esta actitud nos impide dar a los distintos aspectos de nuestra vida el valor que les corresponde. Nos hallamos ante un proceso de empobrecimiento alarmante de nuestra existencia. Por eso urge realizar una labor de análisis serio de los modos de realidad que, debido a su alto rango, no deben ser objeto de posesión y dominio, sino de participación. Para ser fieles a una persona o a una institución, debemos participar de su vida. Esta participación nos permite descubrir su riqueza interior y comprender; así, nuestra vida se enriquece cuando nos encontramos con ellas, y se empobrece cuando queremos dominarlas y servirnos de ellas, rebajándolas a condición de medios para un fin.

Las relaciones humanas, sean de pareja o de amistad están siempre asentadas sobre la confianza mutua y sobre la relación de quien puso la confianza en alguien que aceptó la confianza del otro y que debe guardarse, debe permanecer firme en un momento duro. La fidelidad hace que se pueda vencer al tiempo, a las circunstancias favorables y a las adversas. Es una virtud sencilla cuando las personas tienden a la

constancia en las relaciones personales, de trabajo o consigo mismos; en otras ocasiones, las personas deben adquirir esa virtud con esfuerzo; la fidelidad parte de la relación entre dos personas que no son piedras, que con el tiempo evolucionan, que incluso parece que ‘ya no las conozcas’. Hoy es más necesaria que nunca porque la fidelidad es indispensable para mantener una relación para siempre, que es hoy uno de los graves problemas de esta sociedad.

La fidelidad es el mayor ejercicio de libertad. Me comprometo con alguien para siempre cuando descubro en otra persona unos valores que me merecen la pena y, como sé por experiencia que en algunas circunstancias me puedo dejar llevar por una apetencia momentánea, me ligo a él por medio de una promesa para no fallarle y que no me falle. Ser fiel es la necesidad sentida por el que de veras ama y sabe que sólo en las diversas situaciones que la vida le depare, y no en un momento aislado, puede manifestarle al otro su amor más verdadero. La fidelidad es fruto del amor, pero el amor no es suficiente. Es necesario también controlar los propios instintos y afrontar las crisis y tentaciones de infidelidad. Ser fiel no es mantenerse aburrido y triste junto al esposo o al amigo, sino trabajar para encontrarse a niveles profundos y no contentarse con contactos superficiales. Es buscar y descubrir siempre nuevos aspectos atractivos en el compañero mientras trata cada uno de transformarse para ser ‘amable’.

El amor virginal y el amor conyugal, las dos formas en que se realiza la vocación de la persona al amor, requieren para su desarrollo el compromiso de vivir la castidad. La Iglesia no tiene un concepto negativo de la castidad ni recomienda reprimir la sexualidad, sino que concibe la sexualidad como un don precioso de Dios orientado al don de sí mismo que se realiza de modo diverso según la vocación de cada uno: “La virtud de la castidad, que se coloca en el interior de la templanza, -virtud cardinal que en el bautismo ha sido elevada y embellecida por la gracia-, no debe entenderse como una actitud represiva, sino al contrario, como la transparencia y, al mismo tiempo, la custodia de un don, precioso y rico, como el del amor, en vistas al don de sí que se realiza en la vocación específica de cada uno. La castidad es, en suma, aquella ‘energía espiritual que sabe defender el amor de los peligros del egoísmo y de la agresividad, y sabe promoverlo hacia su realización plena’(Juan Pablo II, *FC 21*)”.

La castidad libera al amor del egoísmo y de la agresividad, ayudándole a relacionarse con los demás respetando la propia dignidad y la de los demás: “La castidad –afirma M. Cuyás- es la energía espiritual que libera al amor del egoísmo y de la agresividad... La castidad es la afirmación gozosa de quien sabe vivir el don de sí, libre de toda esclavitud egoísta. Esto supone que la persona haya aprendido a descubrir a los otros, a relacionarse con ellos respetando su dignidad en la diversidad. La persona casta no está centrada en sí misma, ni en relaciones egoístas con las otras personas. La castidad torna armónica la personalidad, la hace madurar y la llena de paz interior. La pureza de mente y de cuerpo ayuda a desarrollar el verdadero respeto de sí y al mismo tiempo hace capaces de respetar a los otros,

porque ve en ellos personas, que se han venerar en cuanto creadas a imagen de Dios y, por la gracia, hijos de Dios recreados en Cristo quien ‘os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable’ (1 Pe 2,9)”. Por todo esto se puede hablar de la castidad como acción sanante del apetito sexual que, lejos de reprimirlo, lo perfecciona llegando a una espiritualización del mismo. La castidad posibilita una actividad concertada de todas las posibilidades espirituales, psicológicas y orgánicas del sexo, sintonizadas en una unidad de acción, sobre las líneas de fuerza en que cada una de ellas obtiene mayores posibilidades de actuación y de gozo.

d. Recrear la familia y recuperar su valor ético

La familia está llamada a ser el lugar donde los seres humanos conviven en relaciones de afecto, libertad, reciprocidad y solidaridad. La familia de lazos y redes amplias, “largas y estrechas” dice Inés Alberdi. La familia compleja donde cuentan los avatares de los itinerarios y biografías personales y familiares, en la que se dialoga, se decide y se negocia. Familias de hijos deseados, de amores cuidados, capaces de superar los conflictos de la pareja y las diferencias con los hijos. Familias en las que las personas se ven abocadas a inventar y revisar cada día nuevas formas de gestionar y ajustar tiempos, elecciones, gustos, aspiraciones, obligaciones individuales, unas veces convergentes y otras divergentes. Por ello, familias conscientes de la fragilidad y vulnerabilidad del amor. Familias queridas, ansiadas, donde los individuos fortalecen su identidad, se preocupan de los otros, cuidan y se sienten cuidados, se perpetúan dando y recibiendo.

Si la familia es importante por su funcionalidad social, bien conocida, y que reclama tomar conciencia de una acción política que fortalezca su papel social, también es importante por su valor ético. Su capacidad asombrosa de adaptación y su valor en la vida de los seres humanos y en las sociedades le confiere una dimensión dotadora de sentido que no asegura la felicidad y el amor pero, bastante es en los tiempos que corren, los mantiene como reto.

Crear una familia verdaderamente cristiana es un reto que tienen delante las jóvenes generaciones. Una familia que no se identifica con la familia tradicional ni con la familia moderna o postmoderna. Una familia que vive y transmite la fe. Una familia que tiene su propia originalidad y, además de fundarse en los valores de la persona, ayuda a descubrir el verdadero sentido de la institución familiar.

🎯 Lectio Divina

«Vosotros orad así...»

Preocuparse de lo necesario [tercera parte]

Juan José Bartolomé⁶⁶

Lectio sobre Mt 6,9b-10; Lc 11,2b

Con la alusión a la tierra, como lugar deseado de la realización de la voluntad divina (Mt 6,10b), se va a preparar el cambio a las peticiones «*nosotros*», es decir, las que tienen a los orantes como beneficiarios. Que se haga la voluntad del Padre en la tierra es preparación más idónea, la mejor garantía para que la comunidad orante encuentre el favor de Dios y cumplidas sus peticiones.

Lectura

Mt 6,11-13, la segunda parte del *Padrenuestro*, arranca con un nuevo motivo, bien marcado por la posición enfática del inicial «*el pan nuestro*» (Mt 6,10a). La integran tres súplicas, formuladas en activa, en modo imperativo y en 2ª persona del singular, que piden algo «*nuestro*», sea pan, perdón o superar la tentación. La segunda y la tercera petición, más elaboradas, quedan coordinadas por la conjunción «*y*»; mientras la petición de perdón va desarrollada con una comparación («*como nosotros...*»), la última, única formulada en negativo, ha sido explicitada con una antítesis («*no..., mas...*»); es la una única petición que se presenta reafirmada por la duplicación.

En esta segunda parte, la perspectiva que domina en la oración es el mundo del hombre («*la tierra*»): las peticiones tocan necesidades humanas, pocas pero fundamentales. El tiempo verbal dominante es el presente, tiempo de la continuidad. Las peticiones se centran en la existencia del orante, que ha de enfrentar verdaderos obstáculos para su vida, humana y creyente. Todas las peticiones son hechas, si no por una comunidad, sí en su nombre. El *Padrenuestro* es, básicamente, oración comunitaria; quien lo reza, aunque esté solo, se sabe miembro activo de una comunidad orante.

⁶⁶ Texto inédito para Forum.com.

«¹¹Danos hoy nuestro pan de cada día.»

Con la demanda del «*pan de cada día*» se inicia la segunda sección del *Padre nuestro*.⁶⁷ Atendido Dios y sus designios, pasa el orante a presentarle sus propias necesidades. Por lógico que aparezca el dato, no lo es del todo: Jesús, que volverá, más adelante, a estimular la confianza en un Dios que sustenta a los suyos (Mt 6,25-34), les ha señalado también que el Padre ya conoce nuestras carencias antes, incluso, de manifestárselas (Mt 6,8).

Digno de nota es que el pan sea lo primero que el orante desea obtener para sí de su Padre. Esta primacía del pan no sólo enfatiza lo que se quiere de Dios, sino cómo, a través de cuanto se le pide, se lo quiere: rogándole el propio pan se lo considera ya como padre propio. Dar pan es oficio de padre (Mt 7,9; Lc 11,11), regalo de Dios a sus amigos (Sal 127,2; Prov 30,8). Al hijo que se entregue a hacer la voluntad del Padre, nunca le faltará lo más necesario para subsistir. Dios, en efecto, «*da alimento a los que tienen hambre*» (Sal 146,7).

A diferencia de Mateo donde se pide el pan «*hoy*», Lucas prefiere rogar por el pan de «*cada día*», expresión de su preferencia (cf. Lc 9,23; 16,19; 19,47; 22,53; Hch 2,46.74; 3,2; 17,11; 19,9). La diferencia de matiz es innegable: en Mateo, Jesús enseña que hay que pedir el pan del día en el que se hace oración; de modo que siempre se tiene que rezar por el pan de un día. En Lucas, en cambio, el discípulo debe pedir pan para cada día; pide, pues, que, no solo hoy sino siempre, Dios le asegure el pan.

La dificultad, aún sin solución definitiva, la pone el adjetivo «*epiousios*», común a ambas versiones.⁶⁸ El sentido que preferir varía de acuerdo con el presunto origen etimológico del término. Lo más probable es que significara «*lo que se precisa*» para mantenerse en vida, «*lo necesario*» para existir. Responde a un motivo corriente en las oraciones judías, en las que la confianza en la providencia de Dios apoya el ruego por la satisfacción de las necesidades vitales (cf. Prov 30,8-9: «*no me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan; no sea que me sacie y reniegue de ti*»); un motivo esté que reaparece, confirmado, en el contexto inmediato (Mt 6,25-34). Cuando se puede pedir al Padre lo necesario para hoy no es legítimo sentirse preocupado ni por el presente ni por el porvenir; lo contrario sería un ejercicio de poca fe (Mt 6,30).

⁶⁷ Lucas ofrece una versión ligeramente diversa. Prefiere el presente al aoristo en el imperativo; el matiz es importante: en lugar de rogar que se comience a dar, se pide que se continúe dando; la continuidad en la donación va, además, subrayada por el «*diario*», «*de cada día*» que substituye al «*hoy*» de Mateo. No coincide, pues, la intención básica de la petición en los evangelistas: Lucas parece haberse acomodado a una situación en la que la petición se ha hecho habitual, aunque no tan urgente, mientras que en Mateo se refleja mejor quizá el contexto más primitivo, el pan que se pide es para el día en el que se reza.

⁶⁸ Se han llegado a numerar hasta 40 lecturas diversas del término, propuestas por los Padres de la Iglesia y por exegetas modernos. Y no sin razón: presente en ambas versiones evangélicas (Lc 11,3; Mt 6,11), es tan excepcional en el griego, helenístico o bíblico, que Orígenes llegó a pensar que tendría que haber sido inventado por los evangelistas: sólo ellos lo emplean.

La petición se centra en el pan, el alimento básico, esencial para «hoy» y, por ello, tan común como necesario. El orante vive una situación social donde el alimento concreto es escaso; no está seguro de tener alimento mañana; pide lo necesario para vivir hoy, no todo sino solo lo preciso (cf. Mt 6,30.34). Es ésta una petición que, por no liberar de la necesidad, alimenta hoy la dependencia de Dios Padre y del pan que se ha de recibir mañana. Enseñando a pedir el pan, lo necesario, para hoy Jesús quiso educar a los suyos a vivir con frugalidad, no deseándose de Dios el don de la autosuficiencia, mucho menos la sobreabundancia, un motivo bíblico de sobre conocido (cf. Éx 16,4.18-22).

Si se tiene en cuenta que Jesús está enseñando a discípulos que, como él, viven permanentemente como itinerantes y necesitan de provisiones para vivir al día (Mt 8,20; 10,9-14.40-42), la petición, sorprendente, es muy concreta: el orante ha de desearse lo imprescindible para sobrevivir hoy y tener que volver a confiar mañana la propia necesidad a Dios. El pedir el pan para hoy mantiene al orante en dependencia continua con Dios. Quien espera de su Dios hoy el alimento suficiente para llegar a mañana, lo hace Padre hoy y, por eso mismo, volverá a pedírselo mañana. Alimentado por Dios, el orante se sabe hijo bien cuidado. Pero solo hoy, así mañana no se podrá sentir liberado de su Padre, ni de su necesidad.

«¹² ***Y perdona nuestras ofensas,***

como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.»

Pedido para hoy «*el pan necesario*», epítome de los bienes naturales, se pasa al «*perdón*», bien espiritual básico. La petición de perdón era motivo habitual de la piedad bíblica, en especial los salmos, y judía (Bill I 421). Relevante es que sea ésta la única petición del *Padrenuestro* que no es absoluta, estando sujeta a reserva; lejos de ser pura súplica impone una concreta responsabilidad al orante, la de perdonar.

Lo cual concuerda bien con la orientación ética de la predicación de Jesús (cf. Mt 15,25-34; 25,14-30; Lc 7,41-43; 15,11-32; 16,1-7). Las exigencias que el reino de Dios impone a quien lo espera son la consecuencia de la voluntad de acercamiento de Dios y de su compromiso por establecer su reino. Por eso, el anuncio de su venida se realiza proclamando la conversión (Mc 1,14). En boca de Jesús la petición de perdón es, en definitiva, anuncio del Reino. En boca de sus discípulos, signo de conversión, garantía de la presencia eficaz del Reino.

Probablemente, la versión de Mateo conserva mejor el tenor original de la fuente. Lucas habla de pecados; Mateo, de deudas. Tanto «*pecado*» como «*deuda*» pueden retrotraerse al «*hoba*», el sustantivo arameo del presunto original;⁶⁹ de hecho, la comparación que sigue utiliza el verbo «*tener deudas, estar endeudado*» en ambas versiones (Lc 11,4b; Mt 6,12b). Y mientras Lucas, en esta segunda cláusula, sigue manteniendo el presente, Mateo continúa con el aoristo: el perdón, el que el orante

⁶⁹ J. JEREMIAS, *The New Testament Theology*, New York, 1971, 6 n15. 196.

pide a Dios y el que otorga al ofensor, es para Lucas una actuación repetida y habitual, continuada («*estamos perdonando*»); para Mateo, una acción puntual y única («*acabamos de perdonar*»).

La petición de perdón ha sido expresada, pues, como condonación de una deuda (Lc 11,4a: «*pecados*»). La terminología no es, propiamente, religiosa; alude a una relación comercial entre acreedor y deudor: la «*deuda/pecado*» es visto más como falta de respuesta, sea por incapacidad involuntaria sea por rechazo consciente, que como transgresión de una norma. Hay deuda donde ha habido don previo: la deuda contraída señala la existencia de un régimen de gracia.

Esta es - el dato es significativo - la única petición en la que lo que se pide a Dios depende de lo que se ha dado al prójimo. Tratándose del perdón, Dios no otorga su gracia 'gratuitamente', es decir, sin imponer nada a cambio. Y no menos revelador es que no se pida/dé la condonación de una deuda, sino el perdón al deudor. Objetivo del perdón no es saldar un débito, sino restaurar una relación personal; no es simple remisión o devolución de un préstamo, es el restablecimiento de una vinculación rota, su sanación.

Es, precisamente, por ello que no sorprende que haga depender el perdón pedido a Dios del perdón prometido al propio deudor, en la cláusula comparativa que añade (Mt 6,12b: «*como también*»; Lc 11,4b: «*porque también*»). Con ello se va más allá del contenido de la petición, pues se propone como motivo del perdón deseado el perdón concedido, del perdón divino por llegar el perdón humano ya dado. Típico de Mateo es que haga anteceder la deuda saldada por el orante a la petición de condonación de la propia por parte de Dios: «*perdonamos*», aoristo de indicativo, da por consumado el perdón de la deuda y obliga al orante a haber perdonado antes de buscar ser él perdonado (cf. Mt 5,23-24 donde Jesús exige pedir perdón antes de encontrarse con Dios). No es que se pida el perdón a Dios a imitación del perdón por nosotros dado; es que no puede desear ser perdonado quien no ha perdonado ya a su ofensor. No se obliga a Dios a perdonarnos, porque hayamos perdonado nosotros; pero no sería sincero nuestro ruego de ser perdonados, si no hubiéramos perdonado antes. Pedir perdón a Dios puede hacerlo quien ha perdonado a su hermano.

Mateo, que insiste en esta orientación escatológica cuando exhorta a no mantener deuda de perdón con ninguno para verse perdonado en el día decisivo (Mt 18,34-35), conoce la capacidad de perdón y, por ende, el deber de perdonar que tiene la comunidad cristiana. Quien ha gozado del perdón no sólo tendrá que perdonar (Mt 18, 32), tiene que haber perdonado. Pero no perdona para merecer el perdón, ¡perdona para no perderlo! Más que de ganarse el perdón de Dios se trata de hacerse capaz de recibirlo y hacerlo eficaz (Mt 18,18-19; 26,28).

Quien reza así presenta su capacidad de perdón a otros como fundamento de su ruego de perdón propio⁷⁰: el perdón, otorgado ya, soporta el ruego de perdón (cf. Mt 18,32-

⁷⁰ Anota con acierto AGUSTÍN, *Sermón* 2,11,39: PL 34 1287; BAC 121 933: "En ninguna otra fórmula

35). Se confía en el perdón de Dios, porque se ha perdonado al hermano. Siempre que rece el discípulo de Jesús tendrá que haberse “librado” de sus deudores, pero mantendrá sin saldar su deuda con Dios. No mantener deudores será la mejor recomendación para librarse de su deuda con Dios.

Aunque no es raro encontrar vinculado el perdón del hermano con el perdón de Dios en las oraciones judías (cf. Eclo 28,2-5; Bill I 425), es excepcional hacer depender el perdón de Dios del perdón humano.⁷¹ Hay aquí una comprensión de la oración cristiana que va más allá de los buenos sentimientos. Quien busca el perdón de Dios ha de venir de haber perdonado al hermano: la buena oración no prepara sólo para el bien obrar, se prepara uno para hacerla con el bien realizado.

No estará de más observar cómo la comunidad cristiana, por rezar como Jesús le ha enseñado, debe recordar su necesidad de ser perdonada, y por tanto aceptar su propio fracaso, al no haber podido vivir a la altura de la gracia recibida y de la responsabilidad contraída. Al mismo tiempo, tendrá que recordar la obligación de perdonar a quien le haya faltado o no le haya correspondido. Necesitar del perdón no exime del deber perdonar.

Quien reza el Padre Nuestro se sabe siempre en deuda permanente con su Dios y saldadas todas las deudas que el prójimo haya podido contraer con él. La comunidad que así reza perdona a sus ofensores, y por ello puede confiar en ser perdonada por Dios, su Padre cuando se lo pide. Y cuanto más perdona, cuando perdona siempre, más seguro tendrá de ser perdonada para siempre.

«¹³ y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal(igno).»

La última petición es, formalmente, doble. La primera parte, formulada en negativo, expresa con fuerza el deseo de verse libre de caer en tentación. La segunda, en positivo, que Mateo ha añadido a su fuente (cf. Lc 11,4c), desarrolla y aclara la anterior.

La mejor manera de no tener que ser perdonado es evitar la caída y verse libre del mal. El ruego tiene sentido en una comunidad que se sabe amenazada y teme por su fidelidad en un futuro. Tal es el sentido del inicial «no nos lleves o conduzcas, no nos introduzcas» (cf. Mt 26,41; Lc 22,40). La tentación es vista, pues, como un espacio al que, llevado, uno puede penetrar.

Cambia la comprensión de la súplica según se entienda la temida prueba como casual y repetida o definitiva y única. «Tentación», aquí usado genéricamente, no es término técnico en la apocalíptica judía (pero Ap 3,10); en oraciones judías designa las pruebas

oramos así, como si pactáramos con Dios”.

⁷¹ No habría que entender, con todo, el perdón concedido como condición de la petición de perdón, como si Dios tuviera que perdonar al que ha perdonado; Mt 6,12b presenta el perdón como base de la propia petición, como el motivo de que lleva a esperar un perdón deseado.

ordinarias de la vida (Bill I 422).⁷² No se puede negar que la oración, más aún el ministerio de Jesús, tenía una clara orientación escatológica (cf. Mc 13,4). La proclamación del reino y su expectativa personal no se entenderían sin ella (Mc 1,14-15). Pero no parece que aquí se pida verse libre de las tribulaciones que se esperan al fin de los tiempos (Mt 24,4-9.21-24): esa crisis final aún no ha llegado. No se trata, pues, de la prueba definitiva, sino de contratiempos habituales, más cotidianos. La petición se refiere a esas dificultades que amenazan la fidelidad del discípulo cada día, quien, de caer en ellas, le harían renegar de Dios. Y, si superadas, lo situarían bajo su soberanía (Mt 5,11-12; 26,41; cf. Lc 8,13; Heb 4,15). Tentaciones, que no por ser normales, obligan a definirse ante Dios, como su hijo o su alternativa (cf. Mt 4,1-11).

Cierto es que la súplica se apoya en la presunción de un Dios que pone a prueba a sus fieles (cf. Gén 22,1; Éx 15,25; Sal 26,2; 139,23-24; Eclo 2,1-18, 4,17; Sab 3,5-6), y no ya solo en que la permita (cf. Job 1,6-12). Que los justos fueran probados era, más que opinión común, una convicción nacida de la experiencia (Sant 1,2.12; cf. Bill I 135); pero no se aceptaba que fuera Dios quien causara la tentación.⁷³ De hecho, el NT se niega a imaginar a Dios como tentador (Sant 1,13; 1 Cor 10,13; cf. Eclo. 15,11-20), aunque cuenta con que pone a prueba a los suyos, Hijo incluido (Mt 4,1-11).

Es incuestionable que el orante da por descontado el poder omnipotente de Dios y que no cuestione la posibilidad de ser realmente tentado. Pero no afirma el origen divino de la prueba y le reconoce a Dios, además, la potestad de salvar de la amenaza. La tentación no es, de por sí, algo negativo; no necesariamente conduce a la caída. Y de hecho, eso es cuanto, precisamente, se pide. Pero prueba la propia debilidad, de ahí su peligrosidad. Es una situación arriesgada que experimentar y su superación, una opción posible: “no me conduzcas bajo el poder del pecado, de la culpa, de la tentación, del menosprecio” (bBer 60b; cf. 1QPs 12,11-12).

Quien así reza no duda de su Dios, como si el orante tentado temiera que Dios no le fuera fiel (cf. Éx 17,1-7; Dt 6,16); más bien, desconfía de su propia fidelidad personal, pues conoce su fragilidad. Y pide no llegar a ser víctima de su debilidad. No pudiendo poner en duda la realidad de la tentación, pide a Dios que se la ahorre (cf. Mc 14,36). Puesto que caer en la tentación – dejar de ser hijo – es siempre una posibilidad, se pide al Padre que no nos lleve a ella, que nos dispense de tener que afrontarla: tan inseguros nos hace nuestra impotencia, que solo Dios puede salvarnos de ella.

Mateo añade otra petición que funciona aquí como comentario de la anterior.⁷⁴ Formulada en paralelo y en positivo, alarga el texto de la oración dominical con un

⁷² Sin que se llegue a identificar, como hizo ORÍGENES, *De Orat.* 29,2, la vida misma como una tentación.

⁷³ TERTULIANO, *De Orat.* 8,1-3 PL 1, 1266: “Y no nos dejes caer en la tentación, es decir, no permitas que seamos puestos a prueba por el tentador. Lejos de nosotros el pensar que el Señor nos tienta, como si desconociera la fe de cada uno de nosotros o, menos todavía, que la derribara”. HILARIO, PL 9 510: “No nos dejes en la tentación que no podamos soportar.”

⁷⁴ Ya ORÍGENES, *De Orat.* 30,1, creía que por estar contenida en la petición anterior que Lc la habría omitido.

tono más esperanzador. Aquí la dificultad la pone la expresión «*apo tou ponerou*» que permite entender la deseada liberación del *mal* o del *Maligno*.⁷⁵ En el judaísmo contemporáneo a Jesús no se hubiera identificado el Maligno con Satanás, sino con el diablo o el tentador (cf. Mt 4,3.5.8.11;13,19.39). Que Mt 6,13b esté en paralelismo antitético con Mt 6,13a, hace probable, además, que deba ser entendido como neutro: el mal hace más amenazadora la tentación, porque descubre la debilidad del creyente con mayor fuerza.

Reconocer la propia impotencia frente al mal hace más sincera la petición de ayuda a Dios. El Dios de Jesús es un Dios que libra de toda esclavitud o dependencia (cf. Éx 6,6; 12,27; 14,30), que nos auxilia para no sucumbir a nuestra impotencia. Jesús hace que, orando, el discípulo reconozca su fragilidad y la imperiosa necesidad que siente de la ayuda de Dios. No enseña a pedir que no seamos tentados, pero advierte que podemos ser fácilmente derrotados. La experiencia cotidiana del poder del mal da realismo y crudeza a la tentación temida; hace tanto más deseable la gracia de su superación. Y vuelve sincera la petición de protección a Dios: solo Él puede liberarnos del poder del mal.

Meditación

Durante los primeros siglos, en la Iglesia no se solía enseñar a los catecúmenos el Padrenuestro, oración del cristiano por excelencia: quien aún no tenía a Dios como Padre, no podía rezar como el Hijo. Rezar como Jesús es ejercicio filial, que surge natural al conocer a Dios Padre y se alimenta de experimentar su paterna bondad. Al mismo tiempo, descubre qué son y cómo deben ser sus hijos: miembros de una comunidad orante que desea ardientemente el reconocimiento del nombre de Dios, la llegada inmediata de su reino y el cabal cumplimiento de su voluntad. La comunidad que reza el Padrenuestro es, antes que nada, una comunidad en la que priman los intereses del Padre sobre las propias necesidades o los más invencibles temores. Que no es poco. Y que habría que recuperar con urgencia en nuestra vida de oración.

Lo primero que uno desea de Dios es pan, el alimento básico, cada día. Satisfacer el hambre es urgencia humana, vital e inderogable. Y oficio de padre es asegurar el pan para sus hijos: nos 'debe' sustentar quien nos ha dado la vida. Jesús nos enseña, pues, a esperar de Dios que ejerza de padre nuestro, procurándonos el alimento, sencillo e imprescindible, solo pan. Pero no es el pan que tanto necesitamos lo que deseamos, sino que Dios muestre

⁷⁵ Ambos extremos son posibles en Mateo, que usa el neutro en Mt 4,11, cf. Lc 6,22; 5,37 y el masculino en Mt 13,19.38; 5,39. También el uso en la primitiva iglesia es ambivalente (neutro: 1 Tim 4,18; Did 10,5; masculino: *Hom. Clem III* 55,1-2). Desde Agustín, la interpretación tradicional latina ha preferido no personalizar el mal (CIPRIANO, *De Orat. Dom.* 27: *PL* 4, 537; AGUSTÍN, *De Sermo Domini II*, 9, 35: *PL* 34 1284-1285) sin que falten quienes lo identificaron con Satán (TERTULIANO, *De Orat* 8: *PL* 1,1164; BEDA, *In Mt I*, 6: *PL* 92, 33). Los padres griegos (ORÍGENES, *De Orat.* 30: *PG* 11, 545-550; CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis* 23, 18: *PG* 33 1124; GREGORIO DE NISA, *De Orat. Dom.* 5: *PG* 44 1192; CRISÓSTOMO, *Hom.* 19 6: *PG* 57, 282), a los que siguió la Reforma optaron por el masculino.

que quiere sernos padre ocupándose de nuestra manutención. El pan concedido a diario es prueba de la solicitud paterna de Dios. ¿Por qué no mostrarnos más agradecidos con Dios cuando podemos comer? ¿Por qué descubrir la paternidad de Dios mientras nos alimentamos?

No habrá que olvidar que el pan que se pide al Padre no es, en exclusiva, para quien lo pide. Se desea, siempre y solo, un pan «nuestro». El alimento que Dios nos otorga, no nos lo da para que nos adueñemos de él, sino para que lo compartamos. Mientras haya hijos de Dios que pasan hambre, habrá razón para rezar que Dios siga siendo padre nuestro. Y no porque quien ora tenga ya qué comer, podrá dejar de desear ese pan, y ese Padre, para el hambriento. No disponer de pan que comer hoy supone no tener la certeza de contar con un Padre providente. Pero no por ello le han de faltar a quien no coma el pan del hermano que pide, cada día, «nuestro pan».

Sea que tengamos que pedir solo el pan de «hoy», sea que lo repitamos «cada día», nuestra necesidad de ser alimentados ha de alimentar nuestra confianza filial en Dios más, y antes que, nuestro cuerpo. Pidamos pan para el día que rezamos - ¿y no será ya ésta una buena razón para rezar más a menudo? - o lo pidamos cada vez que recemos, Dios Padre, y no nuestro ingenio o competencia, será quien nos asegure la subsistencia. Haciéndonos pasar necesidad, Dios nos ha amarrado a Él, dispuesto como está a satisfacerla. Quien alimentado hoy volverá a sentir hambre mañana, no se libera de Quien ha de esperar, solo porque es su Padre, suficiente pan. Dios nos ha dado una insaciable hambre de pan y de vida, para cuidarse de nosotros y sentirse Padre nuestro.

Si el pan concedido nos sostiene en vida, el perdón otorgado la llena de paz y alegría. Después de pedir alimento para el cuerpo, Jesús nos enseña a pensar en sanar nuestro corazón. Vivimos tan necesitados de perdón, no solo, ni sobre todo, porque hemos delinquido mucho, sino porque Dios nos ha dado tanto, que no logramos responsabilizarnos de cuanto hemos recibido. Agraciados hasta el exceso, no conseguimos mantener los dones ni, mucho menos, sabernos agradecidos. Y ofendemos al Donante porque, además de menospreciar, e incluso dilapidar, sus dones, nos creemos dueños de cuanto se nos ha concedido: pésimos administradores nos creemos señores absolutos de lo que no nos pertenece, de cuanto nos fue confiado.

Y resulta, en verdad, paradójico que no baste con desearse ser perdonado por el Padre para serlo, que sea condición indispensable haber ya perdonado a los que nos ofendieron. Jesús ha hecho del perdón al hermano ofensor la condición, previa y necesaria, del perdón del Padre: nadie que no se haya reconciliado con su ofensor puede siquiera desear que Dios lo reconcilie; si no restituimos al que nos ha agraviado su condición de hermano, Dios no nos verá como hijos suyos. Enseñándonos a pedir perdón a Dios, Jesús nos ha obligado a perdonar a quien nos maltrató. Y como Dios ve nuestro corazón, no podemos, mientras rezamos, disimular ni ocultarle nuestros sentimientos. Que el Padre esté siempre dispuesto a perdonarnos, que su perdón sea siempre don gratuito, no significa que nos exima de parecernos a Él; más aún, sólo nos perdonará «así como» hemos ya perdonado: el perdón que hemos concedido es la medida, y la razón, del perdón que anhelamos. Por eso, con

harta frecuencia, no obtenemos del Padre ese perdón que tanto necesitamos: solo los que han perdonado son perdonados.

El perdón previo que el Padre exige para ponerse Él a perdonar no consiste simplemente en olvidar una ofensa recibida ni es condonación de una deuda, por enorme que fuere. No consiste tanto en restablecer el derecho conculcado con la restauración del honor o la restitución del bien usurpado; implica, más bien, rehabilitar, gratuitamente y para siempre, la relación personal que la ofensa había dañado. El perdón que Dios concede, y el que espera que haya sido dado, sana de raíz el corazón del ofensor y del ofendido. Dios Padre, y el hijo que le pide perdón, no salen igual que entraron, después de haber perdonado. Se han hecho más buenos, porque han hecho un bien mayor. En realidad, solo Dios Padre es capaz perdonar de verdad, y para siempre. Y solo quien se le asemeja perdonando se hace digno de ser su hijo (cf. Lc 23,34).

La vía para obviar el tener que ser perdonado, sea por Dios sea por el hermano, es, sin duda, no caer en tentación, librarse del mal. La tercera súplica nace, pues, de quien se siente débil ante las pruebas, pero quiere preservar su fidelidad; consciente de su fragilidad, no está seguro de sus fuerzas y clama a Dios no que lo exima de pecar sino que no lo ponga en ese peligro. Tendríamos que temer más el mal que anida en nuestro corazón y el que nos acecha por fuera, para que nuestra petición de liberación fuera más sincera. Solo quien es capaz de traicionar, conoce el precio de la fidelidad.

Y llama poderosamente la atención que Jesús, en cierto modo, atribuya a Dios Padre la responsabilidad de una posible caída del orante. Da por sentado que puede introducirlo donde reina el mal o dejarlo solo ante el Maligno. Jesús habla a sabiendas, por propia experiencia: fue lo que el Espíritu hizo con él, en los inicios de su ministerio, cuando lo condujo al desierto para ser tentado (cf. Mc 1,12; Mt 4,1; Lc 4,1-2); y así fue también como se comportó su Padre en Getsemaní, guardando silencio mientras él agonizaba mientras buscaba librarse de la muerte (Mc 14,32-42; Mt 26,36-46; Lc 22,39-46). Sentirse tentado es volverse consciente de la propia debilidad, percatarse con mayor lucidez de la necesidad de ayuda y cercanía; cuanto mayor sea el peligro, tanto más imperiosa se volverá nuestra indigencia. Desear verse libre de tentación no es propio de hijos de Dios; pueden – ¡deben! – pedir no ser un día vencidos por ella, pero no podrán zafarse de ella. Quien quiera convertirse en hijo tendrá que poner a prueba su fidelidad a Dios, cueste lo que cueste, como Jesús.

Jesús nos ha enseñado a desconfiar de nosotros, de nuestras buenas intenciones y deseos. Quien teme no serle fiel a Dios, no ha de temer que Dios le sea infiel. La tentación a la que nos enfrentamos, a la que Él nos conduce, no es una trampa ni, mucho menos, traición; es la ocasión que nos brinda para volvernos hijos suyos, más experimentados, mejor probados. Y, precisamente como hijos, lo que más tendríamos que temer no es al Dios que prueba solo a quien se merece su confianza (cf. Job 1,6-12), sino a nuestra propia fragilidad. Jesús quiere que pidamos vernos libres del mal, no de la tentación; confía, pues, en nosotros, siempre que no cesemos de orar (cf. Mc 14,38; Mt 26,41; Lc 22,40.46).

Puesto que, al ser tentados, pudiéramos llegar a ser víctimas de nuestra impotencia, pedimos al Padre que, mientras dure la tentación, no deje de cuidarnos, que no se permita perdernos, que siga confiando en nosotros, por muy evidente que sea nuestra inconsistencia. Ya que deseamos, como Jesús, ser acreditados como hijos suyos, sufridos sí pero no vencidos, hemos de mantenernos en oración constante; cuanto más débiles y tentados nos sintamos, más lo necesitaremos. La petición se nutre, pues, de nuestra reconocida impotencia tanto cuanto de la confianza que Él nos merece: su fidelidad es la base en que asentar la nuestra.

Pide ser liberado del mal quien ha conocido su poder. Para orar como Jesús espera de los suyos es preciso haber sido víctima del mal o, al menos, su rehén. De lo contrario, no sería sincera la súplica. Y cuanto mayor sea la temida victoria del Maligno, tanto más veraz la petición. Constatar cómo el mal impera en nuestro mundo, y no solo en nuestro corazón, debería llenarnos de motivos para mantenernos en constante oración. ¿No será porque nos creemos seguros, confiados en nosotros mismos, que abandonamos la oración? ¿Y no será por esta incuria que nos sentimos desatendidos, indefensos? Pedir protección al Padre nos autentifica como hijos suyos.

Por último, habrá que reparar en que las peticiones contenidas en el Padrenuestro no abarcan todos los posibles motivos de la oración, ni siquiera el que Jesús, poco antes, ha recomendado explícitamente: «rezad por los que os persiguen» (Mt 5,44). El Padrenuestro no es la única oración posible, pero es el modelo por antonomasia, en la formulación de las peticiones y en su ordenación: las que tienen como beneficiario a la comunidad de orantes siguen a la aclamaciones doxológicas; si no secundarias, no son las primeras. Emerge así claramente un esquema básico: doxología – súplica. Y una orientación diversa: concentración teológica y horizonte escatológico dominan la primera parte, mientras en la segunda prevalece el interés por comunitario y la atención por las necesidades más urgentes del orante. Antes de pedirle a Dios que satisfaga sus deseos, el orante desea y ruega que Dios cumpla su designio salvífico.

Oración

Te quedo agradecido, Señor Jesús, por haberme enseñado a orar con escasas palabras y un cierto orden guardando. Tiene poco que decir a Dios quien mucho en Él confía, quien sabe que conoce las propias necesidades mejor que uno mismo. Pero no había caído en la cuenta de que, cuando converso con nuestro Padre, no es de mis urgencias sino de las tuyas, de lo que me debo ocupar primero. En presencia del Padre, su persona y sus intereses han de habitarme el corazón; todo lo demás, es secundario, por importante o urgente que sea. He de reconocer que no siempre, más bien casi nunca, ha sido así. Por mucho que me falte, por más que necesite, tengo a Dios como Padre, y eso me debería bastar. Perdona, Señor, mi poco juicio: teniéndote a Ti, puedo soportar mi pobreza; si me ves como a tu Hijo, ¿qué más puedo desearme?

Lo primero que Jesús ha querido te pidiera, Padre, es alimento para el cuerpo, lo que precise para pasar el día y librarme del tener que desvivirme para sobrevivir. Confiando en que Tú me procuras el pan cotidiano, pongo en tus manos mi vida y dejo que ejerzas conmigo como todo un padre. No sé muy bien por qué me angustia tanto mi bienestar, si Tú estás pendiente de mí cada día y me cuidas como a un hijo. Lo olvido, y me pesa. Desde ahora en adelante, todo lo que me des para conservarme vivo, lo voy a considerar, te lo prometo, como prueba de tu amor paterno. Me da pena por haber perdido tantas oportunidades de reconocerte Padre nuestro: siempre que me das de comer, me haces un poco más hijo tuyo. Ya que me has enseñado a pedir al Padre pan cada día, dame la gracia, Jesús, de saberme hijo suyo siempre que me alimento: que el pan de cada día sostenga mi cuerpo y robustezca mi filiación divina.

No he caído en la cuenta de que mi hambre, la necesidad de ser sustentado, es un modo, si la hago materia de deseo en tu presencia, de proclamar la necesidad de Ti en la que vivo. Me has hecho hambriento y pedigüeño, incapaz de vivir satisfecho conmigo mismo, necesitado de más bienes de los que me consigo, y todo, para que no me libere de Ti. Me amarraste a Ti, haciéndome escaso en bienes que preciso para sobrevivir. ¿Temías que te abandonase, si lograra procurarme lo que necesito? ¿O es que apagas mi hambre solo hoy, momentáneamente, para que tenga que regresar a Ti, de nuevo, mañana? Haz, Padre, que descubra y acepte que en cuanto me falta para vivir al día, aunque sea algo tan esencial como el pan, eres Tú lo que, en realidad, me falta. ¡Qué bien soportaría cualquier hambre, mi pobreza personal, la insatisfacción radical que me constituye, si me hablaran de Ti y a Ti me llevaran!

Atendida nuestra necesidad de sustento corporal, Jesús quiere, Padre, que aquietes la urgencia más radical de mi corazón. Y es que tanto, o mucho más, que de pan vivo necesitado de perdón. Necesito que me perdones, no solo, ni sobre todo, porque te he desobedecido tanto, primando casi siempre mis proyectos sobre tu voluntad, sino porque, en especial, no consigo descubrir tus dones en mi vida y en la historia de tu pueblo. Y me siento abandonado o mal tratado, solo porque no reconozco que estás presente en mí a través de tu dones. Necesito, Señor, tu perdón, que me haga saber, primero, cuánto de Ti hay en mí y pueda, luego, vivir de tus dones.

No me preocupa tanto haberte ofendido mucho, demasiado, cuanto seguir ignorando cuánto me has amado. Suelo menospreciar tu bondad y eso me duele más que haber hecho el mal que aborreces; mi afán de transgredir confirma y ratifica mi debilidad, que suscita tu piedad y el perdón. Pero mi incapacidad para ver y cuidar de los dones que me has dado, me alejan de Ti. Ya que me has dado tantas gracias, haz que me sienta agraciado y te sea agradecido. Así, solo así, sabré que me has per-donado.

Tengo que reconocer, Padre, que si has sido pródigo en tus dones, eres demasiado exigente en tu perdón. ¡He de pedirte perdón, solo cuando yo vengo de perdonar a quien me ha ofendido! Jesús, tu Hijo, me lo ha advertido repetidas veces (cf. Mt 6,14; Mc 11,25). ¡Podría yo aspirar a ser perdonado por Ti, si ya he perdonado a mi

ofensor! ¿O es que quieres que, cuando te pida yo perdón, sepa ya, por propia experiencia, cuánto cuesta y valore así mejor tu magnanimidad para perdonar? ¿Por qué me exiges que me presente ante Ti para que me condones mi deuda, solo tras haber dejado saldada la de mi deudor? ¿Acaso soy como Tú, «lento a la ira y rico en piedad, que perdona la culpa y el delito» (Núm 14,18; Sal 145,8 ; cf. Éx 34,6-7)? ¿Por qué, entonces, exígmelo? ¿No es un precio muy alto el que has puesto a tu perdón? Probablemente sea esta la razón por la que no me siento del todo perdonado por Ti, ya que no logro perdonar como tu deseas. Dame lo que deseas de mí y pídemelo lo que deseas.

No tengo derecho alguno a pedirte que no ser por Ti inducido a la tentación, porque eso es lo que hiciste, y repetidas veces, con tu Hijo (Mc 1,12; Mt 4,1; Lc 4,1-2). Pones a prueba a quien te sirve (Eclo 2,1; 44,20), tanteas a tus fieles (Job 5,17; Heb 12,7): «corrige a los que amas, como un padre al hijo preferido» (Prov 3,12). Lo sé, pero Tú bien conoces mi fragilidad. ¿Cómo podré mostrarte mi fidelidad, si no la pones a prueba? ¿Y cómo lograría saber que confías en mí (Job 1,8; 2,3), si no me sondeas? Temo perderme, porque me sucumbo a mi impotencia; en la tentación me confiaré a Ti, aferrándome a tu Palabra, como hizo tu Hijo (Mt 4,4.7.10) y refugiándome en Ti, como me recomendó tu Hijo (Mc 14,38; Mt 26,41; Lc 22,40.46).

No me libres, pues, de la tentación, que me hace sentirme querido por Ti, saberte orgulloso de mí, y que me da la oportunidad de mostrarte, en medio de mis flaquezas, mi voluntad de serte fiel. Librame, eso sí, del mal y del Maligno. Y no porque me pongan a prueba, cuando se disfrazan de buenos para engañarme, sino porque no vienen de Ti y no quieren ser tuyos. Libérame de todo lo que de Ti me aparte, por bueno que sea: que me adhiera a todo lo que de Ti me hable, a Ti me conduzca, en Ti se haga descansar. Eres mi único Bien, Padre nuestro. Hazme uno de tus hijos buenos.

🎯 El anaquel

“Las redes sociales son una trampa”⁷⁶

Zygmunt Bauman

Acaba de cumplir 90 años y de enlazar dos vuelos para llegar desde Inglaterra al debate en que participa en Burgos. Está cansado, lo admite nada más empezar la entrevista, pero se expresa con tanta calma como claridad. Se extiende en cada explicación porque detesta dar respuestas simples a cuestiones complejas. Desde que planteó, en 1999, su idea de la “modernidad líquida” —una etapa en la cual todo lo que era sólido se ha licuado, en la cual “nuestros acuerdos son temporales, pasajeros, válidos solo hasta nuevo aviso”—, Zygmunt Bauman es una figura de referencia de la sociología. Su denuncia de la desigualdad creciente, su análisis del descrédito de la política o su visión nada idealista de lo que ha traído la revolución digital lo han convertido también en un faro para el movimiento global de los indignados, a pesar de que no duda en señalarles las debilidades.

Este polaco (Poznan, 1925) era niño cuando su familia, judía, escapó del nazismo a la URSS, y en 1968 tuvo que abandonar su propio país, desposeído de su puesto de profesor y expulsado del Partido Comunista en una purga marcada por el antisemitismo tras la guerra árabe-israelí. Renunció a su nacionalidad, emigró a Tel Aviv y se instaló después en la Universidad de Leeds, que ha acogido la mayor parte de su carrera. Su obra, que arranca en los años sesenta, ha sido reconocida con premios como el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades de 2010, junto a su colega Alain Touraine.

Se le considera un pesimista. Su diagnóstico de la realidad en sus últimos libros es sumamente crítico. En *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* (2014) explica el alto precio que se paga hoy por el neoliberalismo triunfal de los ochenta y la “treintena opulenta” que siguió. Su conclusión: que la promesa de que la riqueza de los de arriba se filtraría a los de abajo ha resultado una gran mentira. En *Ceguera moral* (2015), escrito junto a Leonidas Donskis, alerta de la pérdida del sentido de comunidad en un mundo individualista. En su nuevo ensayo vuelve a las cuatro

⁷⁶ Entrevista de Ricardo de Querol publicada en “El País” (9-1-2016) al autor de *Estado de crisis*. Paidós. Barcelona, 2016. 157 págs.

manos, en diálogo con el sociólogo italiano Carlo Bordoni. Se llama *Estado de crisis* y trata de arrojar luz sobre un momento histórico de gran incertidumbre.

Bauman vuelve a su hotel junto al filósofo español Javier Gomá, con quien ha debatido en el marco del Foro de la Cultura, un ciclo que celebrará su segunda edición en noviembre y trata de convocar en Burgos a los grandes pensadores mundiales. Él es uno de ellos.

PREGUNTA. Usted ve la desigualdad como una “metástasis”. ¿Está en peligro la democracia?

RESPUESTA. Lo que está pasando ahora, lo que podemos llamar la crisis de la democracia, es el colapso de la confianza. La creencia de que los líderes no solo son corruptos o estúpidos, sino que son incapaces. Para actuar se necesita poder: ser capaz de hacer cosas; y se necesita política: la habilidad de decidir qué cosas tienen que hacerse. La cuestión es que ese matrimonio entre poder y política en manos del Estado-nación se ha terminado. El poder se ha globalizado pero las políticas son tan locales como antes. La política tiene las manos cortadas. La gente ya no cree en el sistema democrático porque no cumple sus promesas. Es lo que está poniendo de manifiesto, por ejemplo, la crisis de la migración. El fenómeno es global, pero actuamos en términos parroquianos. Las instituciones democráticas no fueron diseñadas para manejar situaciones de interdependencia. La crisis contemporánea de la democracia es una crisis de las instituciones democráticas.

P. El péndulo que describe entre libertad y seguridad ¿hacia qué lado está oscilando?

R. Son dos valores tremendamente difíciles de conciliar. Si tienes más seguridad tienes que renunciar a cierta libertad, si quieres más libertad tienes que renunciar a seguridad. Ese dilema va a continuar para siempre. Hace 40 años creímos que había triunfado la libertad y estábamos en una orgía consumista. Todo parecía posible mediante el crédito: que quieres una casa, un coche... ya lo pagarás después. Ha sido un despertar muy amargo el de 2008, cuando se acabó el crédito fácil. La catástrofe que vino, el colapso social, fue para la clase media, que fue arrastrada rápidamente a lo que llamamos *precariado*. La categoría de los que viven en una precariedad continuada: no saber si su empresa se va a fusionar o la va a comprar otra y se van a ir al paro, no saber si lo que ha costado tanto esfuerzo les pertenece... El conflicto, el antagonismo, ya no es entre clases, sino el de cada persona con la sociedad. No es solo una falta de seguridad, también es una falta de libertad.

P. Afirma que la idea del progreso es un mito. Porque en el pasado la gente confiaba en que el futuro sería mejor y ya no.

R. Estamos en un estado de interregno, entre una etapa en que teníamos certezas y otra en que la vieja forma de actuar ya no funciona. No sabemos qué va a reemplazar esto. Las certezas han sido abolidas. No soy capaz de hacer de profeta. Estamos experimentando con nuevas formas de hacer cosas. España ha sido un ejemplo en aquella famosa iniciativa de mayo (el 15-M), en que esa gente tomó las plazas, discutiendo, tratando de sustituir los procedimientos parlamentarios por algún tipo de democracia directa. Eso probó tener una corta vida. Las políticas de austeridad van a continuar, no las podían parar, pero pueden ser relativamente efectivos en introducir nuevas formas de hacer las cosas.

P. Usted sostiene que el movimiento de los indignados “sabe cómo despejar el terreno pero no cómo construir algo sólido”.

R. La gente suspendió sus diferencias por un tiempo en la plaza por un propósito común. Si el propósito es negativo, enfadarse con alguien, hay más altas posibilidades de éxito. En cierto sentido pudo ser una explosión de solidaridad, pero las explosiones son muy potentes y muy breves.

P. Y lamenta que, por su naturaleza “arco iris”, no cabe un liderazgo sólido.

R. Los líderes son tipos duros, que tienen ideas e ideologías, y la visibilidad y la ilusión de unidad desaparecería. Precisamente porque no tienen líderes el movimiento puede sobrevivir. Pero precisamente porque no tienen líderes no pueden convertir su unidad en una acción práctica.

P. En España las consecuencias del 15-M sí han llegado a la política. Han emergido con fuerza nuevos partidos.

R. El cambio de un partido por otro partido no va a resolver el problema. El problema hoy no es que los partidos sean los equivocados, sino que no controlan los instrumentos. Los problemas de los españoles no están confinados al territorio español, sino al globo. La presunción de que se puede resolver la situación desde dentro es errónea.

P. Usted analiza la crisis del Estado-nación. ¿Qué opina de las aspiraciones independentistas de Cataluña?

R. Pienso que seguimos en los principios de Versalles, cuando se estableció el derecho de cada nación a la autodeterminación. Pero eso hoy es una ficción porque no existen territorios homogéneos. Hoy toda sociedad es una colección de diásporas. La gente se une a una sociedad a la que es leal, y paga impuestos, pero al mismo tiempo no quieren rendir su identidad. La conexión entre lo local y la identidad se ha roto. La situación en Cataluña, como en Escocia o Lombardía, es una contradicción entre la identidad tribal y la ciudadanía de un país. Ellos son europeos, pero no quieren ir a Bruselas vía Madrid, sino desde Barcelona. La misma lógica está emergiendo en casi todos los países. Seguimos en los principios establecidos al final de la Primera Guerra Mundial, pero ha habido muchos cambios en el mundo.

P. Las redes sociales han cambiado la forma en que la gente protesta, o la exigencia de transparencia. Usted es escéptico sobre ese “activismo de sofá” y subraya que Internet también nos adormece con entretenimiento barato. En vez de un instrumento revolucionario como las ven algunos, ¿las redes son el nuevo opio del pueblo?

R. La cuestión de la identidad ha sido transformada de algo que viene dado a una tarea: tú tienes que crear tu propia comunidad. Pero no se crea una comunidad, la tienes o no; lo que las redes sociales pueden crear es un sustituto. La diferencia entre la comunidad y la red es que tú perteneces a la comunidad pero la red te pertenece a ti. Puedes añadir amigos y puedes borrarlos, controlas a la gente con la que te relacionas. La gente se siente un poco mejor porque la soledad es la gran amenaza en estos tiempos de individualización. Pero en las redes es tan fácil añadir amigos o borrarlos que no necesitas habilidades sociales. Estas las desarrollas cuando estás en la calle, o vas a tu centro de trabajo, y te encuentras con gente con la que tienes que tener una interacción razonable. Ahí tienes que enfrentarte a las dificultades, involucrarte en un diálogo. El papa Francisco, que es un gran hombre, al ser elegido dio su primera entrevista a Eugenio Scalfari, un periodista italiano que es un autoproclamado ateo. Fue una señal: el diálogo real no es hablar con gente que piensa lo mismo que tú. Las redes sociales no enseñan a dialogar porque es tan fácil evitar la controversia... Mucha gente usa las redes sociales no para unir, no para ampliar sus horizontes, sino al contrario, para encerrarse en lo que llamo zonas de confort, donde el único sonido que oyen es el eco de su voz, donde lo único que ven son los reflejos de su propia cara. Las redes son muy útiles, dan servicios muy placenteros, pero son una trampa.



La levedad de los días

11 de octubre de 2016

Primavera en otoño

Soplan vientos de otoño, esa estación donde la madurez da origen a una sementera que inicia los ciclos de la vida. Pero en este casi mediado mes de octubre, hoy, vengo sorprendido, admirado, lleno de interrogantes que superan mis conocimientos de botánica. Un experto, a quien he consultado, ha pretendido resolver mi problema con un “sorpresas de la naturaleza”.

¿Y cuál es mi problema o su sorpresa? He encontrado un árbol en plena floración, como si de una primavera eterna se tratase. Y he pensado en el cambio climático, en la revolución de los genes, en la supervivencia de algunas especies..., y hasta en la eternidad. Pero no acaba aquí la sorpresa. Al lado mismo, a unos cuatro metros, hay otro árbol de la misma especie que, fiel a la costumbre, sigue perdiendo la hoja en este sorprendente otoño. Y mis interrogantes continúan. He vuelto a preguntar al experto no sea que se trate de una especie dioica, una variedad diversa según sean masculina o femenina. Y mi amigo dice que este no es precisamente de esos... Con lo que sigue, por un lado, mi desconcierto y, por otro, mi alegría...

Un aire de primavera, pues, ha entrado por las ventanas de mi vida y he regresado a casa cantando y con ganas de abrir los balcones a ver si en algún sitio de mi entorno los árboles se han rebelado y empiezan a sorprendernos con gestos inesperados y primaverales. Espero que no suceda lo mismo cuando llegue el final del invierno que nos encontremos con algún rododendro que se niega florecer. Hoy acontece un triunfo de la primavera y de todo lo que ella simboliza.

Y sin querer pienso que el hombre está llamado a vivir siempre en primavera, aunque se atisben los vendavales del otoño y las heladas del invierno crujan sobre nuestras cabezas. Y, como la sorpresa continúa, se lo he contado a todo el que me he encontrado por el camino. Las reacciones han sido de extrañeza, de alegría, de indiferencia, de incredulidad... “Los rosales florecen siempre que los miras con cariño”, ha dicho un niño citando a su mamá. Y una arboleda llena de flores ha pasado por delante de mis ojos situándome en un mundo que, reacio a los cambios, ha amanecido, en octubre, con síntomas de primavera.

¡Un gesto de primavera en otoño! Como el poeta también he apuntado su gracia blanquecina en mi cartera. Tal vez mi corazón también espera el milagro de la primavera en otoño... Porque la luz y la vida siempre son una sorpresa y un canto a la esperanza. No sé mañana y pasado..., pero hoy mi corazón es, hacia a la luz y a la vida, el milagro de una inesperada primavera.

Isidro Lozano⁷⁷

⁷⁷ Texto inédito para Forum.com.



 **salesianos**
SANTIAGO EL MAYOR

¡mi Vida!

#NuevaTemporada

